This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

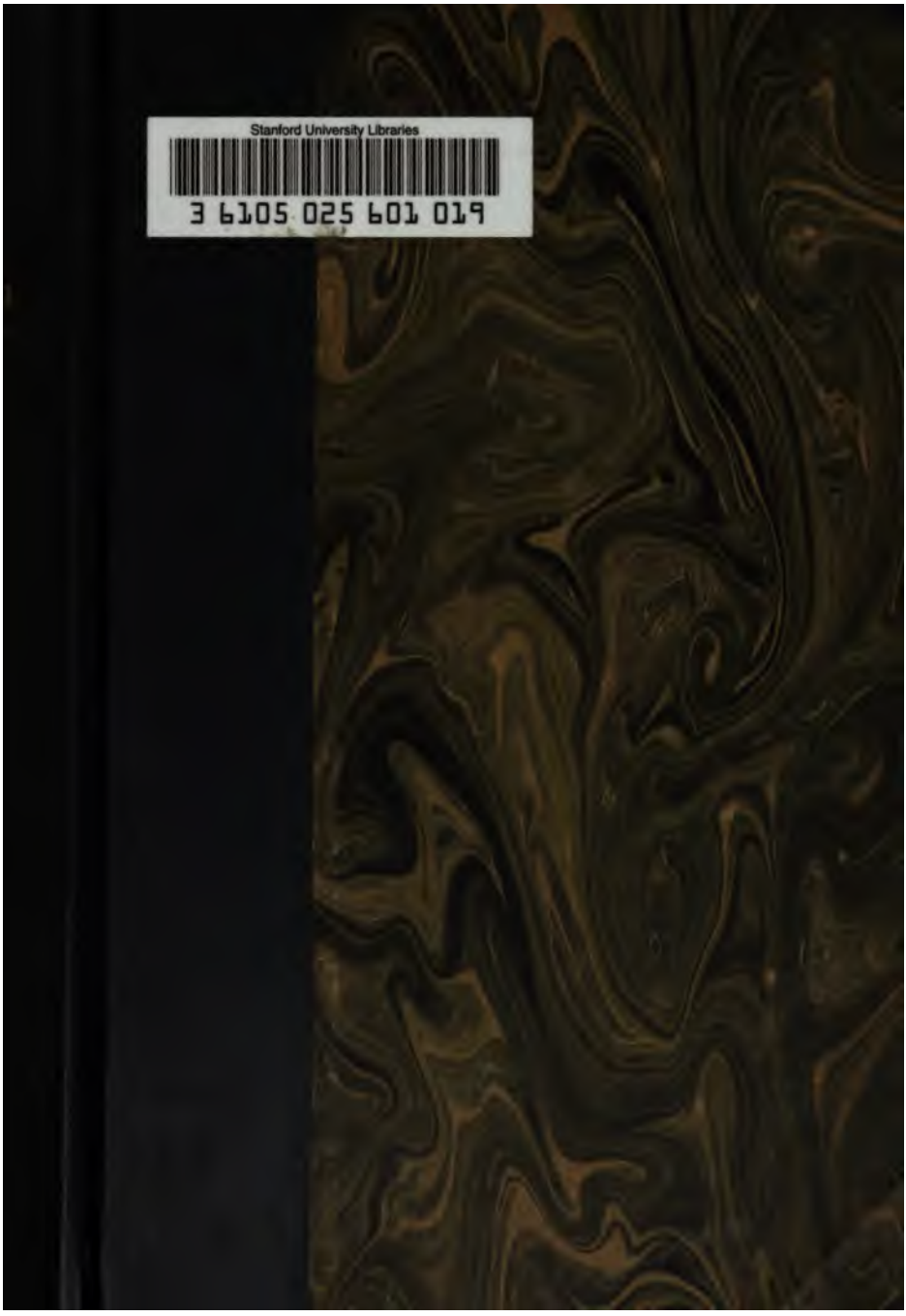
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

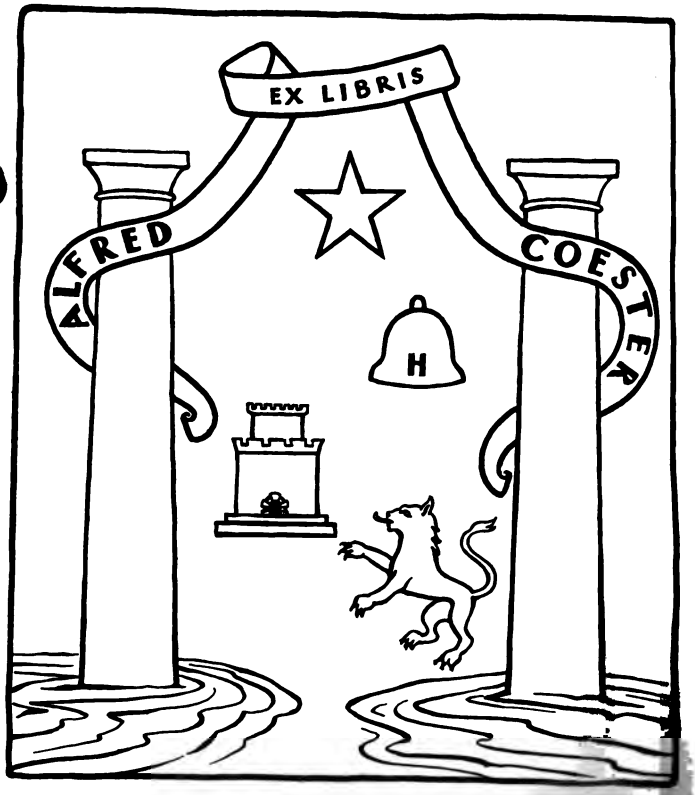
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


Stanford University Libraries
3 6105 025 601 019


EX LIBRIS
ALFRED
COESTER
H

918.2
S182

MEMORIAS DE UN VIEJO

Imprenta de Pablo E. Coni é Hijos, calle Perú, 334

VICTOR GALVEZ

MEMORIAS

DE UN VIEJO

ESCENAS DE COSTUMBRES DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

TOMO PRIMERO

TERCERA EDICION AUMENTADA CON VARIOS CAPÍTULOS INÉDITOS

BUENOS AIRES

JACOBO PEUSER, EDITOR

1888

458104

STANFORD LIBRARY

ADVERTENCIA

Con motivo de la edicion hecha en esta capital hace algun tiempo por el señor Chaves Paz de los escritos de Victor Gálvez, publicados anteriormente en la NUEVA REVISTA DE BUENOS AIRES, *creimos oportuno ponernos en contacto con el señor Gálvez, cuyo domicilio nos fué indicado.*

Le pedíamos autorizacion para hacer una tercera edicion de sus estudios de costumbres, bajo su direccion, adjuntándole un ejemplar del tomo publicado en la BIBLIOTECA LATINO AMERICANA.

El señor Gálvez, como el mismo lo

refiere en su INTRODUCCION, *aceptó esa tarea, prometiéndonos algunos capítulos inéditos, sean de los que quedaron escritos al suspender su publicacion la* NUEVA REVISTA, *sean otros nuevos que escribiera para esta edicion. Al mismo tiempo deseaba que se restableciese el órden cronológico en que fueron sucesivamente apareciendo aquellos escritos, precediéndolos con los inéditos que mandaba* [1].

[1] Los artículos inéditos qne contiene esta edicion son los siguientes:

1° Introducion; 2° Mi retrato; 3° Los ancianos; 4° El zapatero remendon; 5° Antes y ahora. Ademas el Sr Gálvez ha hecho agregar los dos artículos que publicó bajo el pseudónimo de Miss Lucy Dowling y que son: 1° El teatro de Colon; 2° La ciudad de Buenos Aires.

Los demás capítulos del libro son la reproduccion de la série de artículos que bajo su firma publicó en la *Nueva Revista de Buenos Aires*, en los tomos X, XI y XII, y que se detallan en el índice que va al final del volúmen.

De manera que esta tercera edicion se puede afirmar que es la única completa y revisada por el autor, si bien por el hecho de residir el señor Gálvez en la provincia de Córdoba, no ha sido posible enviarle las pruebas de impresion definitiva, y si en el texto se notan algunos errores ó deficiencias, deben explicarse por esa causa.

No nos corresponde abrir opinion acerca del mérito del libro, pero si nuestra larga práctica de editor argentino no nos engaña, podemos asegurar que debido al interés que despierta y á la voluntad del autor de que el tiraje sea limitado, pronto este volúmen será una verdadera curiosidad literaria y bibliográfica.

Octubre de 1888.

EL EDITOR

MEMORIAS DE UN VIEJO

INTRODUCCION

Azul estaba el cielo: transparente la atmósfera y fresca la brisa de la mañana. Me ocupaba en cojer flores en mi jardin — las amo tanto! Mi criado tenia por la brida mi caballo para que diese mi paseo matinal.

En la plácida tranquilidad que disfruto, confieso que nada me preocupaba, y aún, por decirlo con franqueza, creo que en aquel momento no pensaba.

La naturaleza aparecia revestida de sus galas, y en las soledades cercanas de Piedra Blanca nadie me perturba, aunque frecuento muy poco los moradores del lugar. Qué paz profunda!

La sirvienta, al intentar poner mi pié en el estribo, me entregó una carta que, por vía de Córdoba, condujo el correo. La tomé y rasgué el sobre, porque la letra era para mí afectuosamente conocida.

Se me decía que el señor Chaves Paz habia publicado el volúmen primero de su *Biblioteca latino-americana*. En este tomo, se agregaba, están publicados algunos artículos que yo habia escrito para *La Nueva Revista de Buenos Aires*.

Mi primera impresion fué de disgusto. ¡Válgame Dios, me dije, nuevamente en letra de molde! Declaro que me creia muerto para la prensa, y tal edicion era un motivo tal vez de sinsabores, cuando no aspiro sinó á esperar tranquilamente la evolucion inevitable de la muerte.

Continué leyendo. Se me prevenia que el Sr Peuser deseaba hacer una tercera edicion de mis artículos; edicion esmerada como él

sabe hacerlas. Esta oferta inesperada fué una tentacion!

Hasta entónces no habia llegado á mis manos el aludido tomo, y en vez de cabalgar entré á mi escritorio.

Sobre mi mesa estaban los diarios é impresos llegados por el mismo correo: eran varios paquetes. No los abrí y contesté la carta.

Sin mucho meditar, respondí que aceptaba gustoso la oferta del Sr Peuser, que escribiría una *Introduccion* y le enviaría mi retrato, que haría hacer en un viajecillo ultracordillera, precisamente para enviarlo á mi mejor amigo, hoy tan lejos!... tan lejos!

Se concibe sin esfuerzo que tenia curiosidad, mucha curiosidad, de ver la edicion anunciada.

Abrí, en efecto, los paquetes y leí: *Recuerdos de Antaño. Hombres y cosas de la República Argentina, por Victor Gálvez, con un pró-*

logo del general D. Bartolomé Mitre, tomo I, Buenos Aires, Chaves Paz, editor, 1888. Pequeño en 8°, de 118 páginas.

Nada quiero decir del aspecto tipográfico. ¡ Pero aquel título !

Ciertamentamente que yo no había bautizado con tal nombre mis artículos, puesto que fueron escritos sin plan y solo por deferencia por uno de los fundadores de *La Nueva Revista.*

¿Qué significa este título? Pues así está impreso, sea. No lo prohijo, y puesto que es bautismo ageno, cargue su autor con la responsabilidad del bautizo; en cuanto á la cosa misma, es decir, á los articulillos allí publicados, como quien colecciona en una tienda de *bric-à-brac* trastos viejos y retratos antiguos, eso es harina de otro costal.

Cada cual tiene derecho de amueblar su casa á su gusto; pero estos mueblecillos deben quedar tal cual fueron saliendo del

caletre del carpintero, es decir, del autor. En otros términos, en el órden cronológico en que yo los publiqué, porque no habiendo plan ni propósito, deseo que si se reunen, sea como yo los fuí escribiendo y no barajados como naipes de jugadores.

Buena voluntad hubo, lo supongo, en quien de tal manera los ordenó á su placer; pero usando de mi derecho, puesto que aún vivo, quiero que en la presente edicion vayan por órden cronológico segun se publicaron.

¡Prólogo por el General Mitre! Pues no es nada lo del ojo, y lo tenia en la mano. ¡Cuánta honra! El Sr Mitre ha escrito un prólogo para editar mis baratijas!

Me senté con toda calma á leer aquel tomo pequeñito y por tanto fácil para tenerlo en la mano. Abrí con toda tranquilidad las hojas, y estendiéndome en mi sillon ¿oyen ustedes? no en ordinaria silla sinó en cómodo sillon, tal cual conviene al que va á leer sus propios

escritos, anunciados con una portada tan deslumbrante... el prólogo por un hombre célebre!

Leí el prólogo, y protesto sériamente, no es tal el prólogo de mis articulillos. Será prólogo de la *Biblioteca latino-americana*, pero no lo es, absolutamente no, de los trabajos del escritorzuelo servidor de ustedes.

Para mí no se sirvió aquel manjar.

De manera, señor editor Chaves Paz, que me ha de permitir que le diga que el título de este tomo no es la espresion de la verdad. ¡No se amostace usted!

Repito, tal prólogo no es para la obrilla de Victor Gálvez. Lo ha puesto usted antes de mis articulillos, de la misma manera que pudo usted ponerlo á la postre.

El autor del prólogo no se ocupa ni quiere ocuparse, apreciar, juzgar ni criticar á quien no conoce y cuyos escritos jamás tuvo la paciencia de leer. Ignora que existo.

Así, sírvase usted poner, señor editor, cada cosa en su lugar, pues en materia de anuncios se hacen muchas maulerías.

Se anuncian como buenos cocineros, antes de la huelga, se entiende, los que jamás supieron ni cocer papas. El crédito está en decir la verdad: aquí se vende pan, cuando es pan lo que se vende. No ofrezca usted mis trabajillos de escritorzuelo de á cuarto, precedido por un prólogo escrito por el General Bartolomé Mitre. No los anuncie, señor mio, con una salsa que no tienen, porque con ello embauca usted la gente inocente, que siempre la hay en todas partes.

Quede bien establecido en honor de la verdad, que el tal prólogo no es el prólogo hecho para la edicion de mis escritos; y tan persuadido estoy yo que nadie se tomaría la pena de escribirlo, que espontáneamente me he ofrecido á redactarlo yo mismo, ¿entiende usted?

Así, prólogo y articulillos, todo será de mi cocina. El Sr Peuser anunciará la verdad de lo que vende, y este prólogo es necesario porque tengo que arreglar algunas cuentecitas con el señor editor Chaves Paz, y con otros caballeros de la prensa periódica, todo en bien de mi conciencia y en homenaje á la verdad, tan poco apreciada y tan frecuentemente vapuleada.

Seguí leyendo. Dice el señor editor Chaves Paz:

«Ha sido imposible al editor de esta *Biblioteca* levantar el velo misterioso que encubre el popular pseudónimo de Victor Gálvez, con cuyos artículos de costumbres empieza esta coleccion. El autor vive, segun las más probables congeturas, en el fondo de una de nuestras provincias mediterráneas, entregado á la explotacion de una magnífica posesion, á la cual llegan á pesar de la distancia las producciones del movi-

miento intelectual contemporáneo. Nos ha hecho recordar la famosa descripcion de Sir George Gray y su isla, frente á Aukland, que há dado á conocer el eminente escritor inglés Froude en su reciente libro *Oceana.* »

Mil gracias por los cumplimientos y sobre todo por la noticia que soy popular; pero mil veces protesto contra la suposicion que mi nombre no sea legítimo y real, sinó un pseudónimo.

¡Por las Once Mil Vírgenes! he repetido en cuanto artículo he escrito que soy de carne y hueso, y la prueba la tenía usted mismo en el primero de los publicados con este título: ¿Quién soy yo?

¿De qué manera quiere usted, señor mio, que le pruebe la identidad de mi persona? ¿Quiere usted mi partida de bautismo? ¿Se dará por convencido con mi retrato? ¿Qué quiere usted que yo haga, si se están engañando con la verdad?

Declaro á usted que yo no oculto mi modesta humanidad con velo alguno, ni menos con velo misterioso. ¿Cree por ventura, que soy alguna pudorosa doncella? Si usted lo supone, me hace aparecer como una vieja que ha llegado al último término de su vida.

¡Qué crueldad! ¿tiene usted mal corazon? ¡El último tercio! ¡Me parece que oigo la campana del villorío tocar á muertos! ¡Si me estaré muriendo sin saberlo!

Persuádase usted que no me cubre un velo. Cabalgo, caballero, en brioso corcel, y me ven todos los que habitan donde yo vivo y tengo mi domicilio.

No es culpa mía no tener el honor de conocer á usted personalmente, mi distinguido editor. Placer grande fuera para mí mostrarle que no hay tal magnífica posesion de que tan fantásticamente habla usted, y por ende que nada podría recordarle, si la viera, á la famosa cuya descripcion usted refiere.

¿Se ha propuesto usted embaucar á los pobres de espíritu, con cuentos inventados por su galana pluma?

Le ruego que no me tome por tema de sus invenciones, pues habito donde tengo mi domicilio, con el mismísimo nombre que me pusieron al bautizarme. La duda que usted y otros fomentan, es un ataque indebido á mi propiedad individual, puesto que soy dueño de mi nombre y nadie debe ponerlo en duda. ¿Le gustaría á usted que yo sostenga que no se llama Chaves Paz y que ese nombre es un pseudónimo? Póngase en mi pellejo y respóndame con claridad.

¡Usar yo de pseudónimo! ¿A quién le viene usted con tales cosas?

¿Ignora usted acaso que yo comencé mis garabatos en la prensa usando un pseudónimo?

De cierto que lo ignora. Lo mas chistoso de la historia es que cuando usé el pseu-

dónimo nadie lo sospechó y hubo periodista que citó uno de mis articulillos, creyendo á piés juntos en la mistificacion por mí usada.

¡Y ahora que firmo mi nombre propio el señor editor Chaves Paz y otros se han propuesto convencer al público que es un pseudónimo! ¿Quién engaña á quién?

Creo á veces que se proponen hacerme perder el juicio y encerrarme en una casa de locos, pues es para perder la chaveta que me nieguen como me llamo, ¿y quieren convencer que tal nombre no es un nombre propio sinó un pseudónimo?

Venga usted acá, mi buen señor, voy á contarle como quedé desencantado de las mistificaciones, cuando veo que diciendo la verdad es como mejor se engaña.

¡No sea usted inocente! Tenga fé alguna vez y déjese de pensar que me oculto con misterioso velo.

Suponga que tuviera el placer de recibirle

en mi casa, de ofrecerle un buen tabaco y de pedirle me escuchara con paciencia.

Voy á referir mi historia que no es cuento. Es verdad verdadera, como lo es que tengo ante mi vista la consabida edicion del Sr Chaves Paz.

Sírvase usted leer en el tomo quinto de *La Nueva Revista de Buenos Aires* el artículo cuyo epígrafe es « *El Teatro Colon. Impresiones de una viajera*». Ese artículo firmado por Lucy Dowling es de su servidor de usted. ¡Ese pseudónimo ocultaba mi verdadero nombre y nadie lo sospechó!

Como saliera bien de esa tentativa, publiqué en el mismo tomo: « *La Ciudad de Buenos Aires. Apuntes de una viajera*». Lo firmé con el mismo pseudónimo y cuando el Sr Sarmiento, en *El Nacional*, citó las opiniones de la escritora norte americana Lucy Dowling, me convencí que nadie había sospechado fuese una mistificacion.

Confieso ahora mi pecado, yo quería que lo supiesen, y mi vanidad quedó herida porque creyeron en la mentira y yo quería que buscasen el nombre verdadero del autor. Entónces dije, firmaré mas adelante con mí mismísimo nombre de pila, tal cual.

¡Cosa singular! Cuando dije la verdad no me creyeron. *El Diario* dió el grito de alarma, diciendo que Victor Gálvez era un pseudónimo que ocultaba no sé á quién, y se echaron á buscar. Ese diario es el culpable de todas mis cuitas: el orígen de las tribulaciones que he sufrido.

Fuí así doblemente castigado, quedé profundamente ofendido, pues cuando mentí me creyeron y cuando dije la verdad dudaron. ¿Es ó nó esto para enloquecer á un cuerdo, si yo no mirase las cosas con la resignacion estóica con que las miro?

Llegué á convencerme con la esperiencia, que la manera de engañar es con la verdad,

aún cuando se pueda deducir que todos son unos mentirosos. Sea como fuere, pongo como juez del caso al primero que pase. ¿Qué debo hacer yo para probar que soy yo mismo?

Preciso es reconocer que esto es innoble, es para volverse loco, pero una vez que le descubro á usted que el único pseudónimo que usé es el de Lucy Dowling, ahora irán esos artículos en la presente edicion. Y viva la verdad.

Si un crítico penetrante y analítico compara el estilo y el giro de las frases verá que es evidente, y que Lucy Dowling es igual á Victor Gálvez.

Declaro solemnemente que renuncié al pseudónimo, porque me convencí que lo mejor es usar mi nombre de pila que fué un verdadero pseudónimo, porque sirve de rótulo á una humanidad desconocida, y lo es porque francamente no me gusta la gente

incrédula, y no estoy para servir yo mismo como si fuera anuncio.

Me persuadí que la opinion pública es como la carabina de Ambrosio, que no dá fuego cuando se necesita. En una palabra, pensé que no hay tal opinion pública, sinó la confabulacion de los periódicos y á veces, de simples gacetilleros, tanto más terribles ahora que han formado una compañía de la prensa asociada, como quien dice, oficina para hacer celebridades.

¡Opinion pública! No existe!

Las medianías pasan por talentos: verdaderos talentos por medianías; el mérito queda oscurecido, mientras la audacia triunfante, favorecida por el éxito, llega á las alturas.

Verdad es que trepan muchas veces de rodillas mendigando los puestos públicos en nombre de las exigencias del estómago... pero una vez arriba ¡qué insolencia! En vez

de ser los servidores del pueblo, parece que fueran sus amos.

¡No hay opinion pública! No la forman los periodistas, que solo representan y tienen el derecho de representar la opinion y los intereses de las empresas.

No la representan en los parlamentos ni legislaturas de provincia, los que raras veces fueron popularmente elegidos.

Cada uno de ellos representa... el sueldo que le paga el presupuesto.

Menos existe en los partidos políticos disueltos y sin bandera de principios, no la hay en parte alguna de la sociedad arrastrada por la vertiginosa carrera del progreso, y la prueba es que suben algunos, muchos, á los puestos oficiales con las manos y los bolsillos vacíos, y bajan con las manos y los bolsillos chicos para contener los tesoros de los nuevos Cresos. ¿Qué dice la opinion pública? ¿Qué la prensa? ¿Qué los electores?

¿Qué el pueblo que paga las contribuciones?

¡Indiferencia y silencio! No hay opinion pública, repito.

¡Y quieren que yo me tome la pena de ocultar mi verdadero nombre con un pseudónimo!

Nó:—firmo mi nombre porque quiero decir lo que pienso sin contener la lengua, porque hablo á mis paisanos, hombres libres, y quiero hacerlo cuando no tengo gana de dormir, y escribir cuando no quiera callar, y cuando me plazca meteré violin en bolsa, y se acabó. Quiero hacer mi soberana voluntad: nada pido y por tanto nada quiero.

Conozco cuerdos que la opinion pública tiene por locos, y locos que se respetan como si fueran cuerdos.

Paseaba por las calles de Buenos Aires, no sé si vive aún, un hombre de andar indeciso, de paso largo, súcios sus vestidos, á veces rotos, desgreñada la negra barba como

su larga cabellera. Llevaba siempre en la mano un largo palo á guisa de baston y estaba rodeado por perros, por muchos perros de diversas razas y colores. Su nombre era Grajera.

Pues bien, su mirada era tranquila y triste, pero si se le observaba tenía relámpagos de desdeñosa ira, no era ni tenía el brillo de la mirada de un toro. Ese infeliz había perdido su fortuna, y desengañado de la lealtad de los hombres, se rodeaba de perros, porque solo creía en la fidelidad de los perros. A tal hombre la opinion pública lo designa como un loco! Tenía la apariencia, es verdad, pero quizá era un filósofo estóico.

Mientras tanto, conozco otro, enfermo de la monomanía de las persecuciones y las grandezas, creyéndose condenado por la sabiduría de sus escritos, refiriendo y publicando en diario sério las más degradantes suciedades pornográficas. Pues bien, de tal hom-

bre, dicen los gacetilleros que es una ilustracion argentina! ¡Es un loco!

Y fiése de lo que dicen los diarios!

¿Dónde y cómo buscan y encuentran la opinion pública?

En el buen sentido popular, se dirá; pero el pueblo no piensa!

Si me ocurriera frecuentar el Club del Progreso, si me vieran por la calle de la Florida, si cabalgase caballero en el Parque de Palermo, si fuese á los teatros, sobre todo á *Colon*, si mis carruajes y mis caballos cruzaran la Avenida Alvear, la de Montes de Oca ó la del Callao, se ocuparían de Victor Gálvez. Sí, si daba comidas y fiestas: nó, si viviese en solitaria independencia y solo para mis amigos íntimos.

Si no formo parte de las asociaciones políticas ni contribuyo para los arreglos y truhanerías electorales, si viviese alejado de la política, de cierto que ningun gacetillero se

ocuparía de mi individuo ni menos de mis escritos. Cierto es que no hay crítica literaria, sinó aplaudidores por interés ó amistad, ó adversarios é insultadores por envidia. No hay la sancion de la opinion pública, ni hay público que pague el verdadero mérito. Hay confabulaciones ó compadrazgos.

El Sr Chaves Paz, empero, dice que mis artículos publicados en *La Nueva Revista de Buenos Aires*, fueron reproducidos «por nuestros diarios y han recorrido la América entera».

¡Qué noticion! ¡Mis artículos, mis articulillos reproducidos en la prensa de la Nacion y en la de América! Nunca pude ni sospecharlo, y vivía en la cándida ignorancia de aquella publicidad.

¿Dígame, señor Chaves Paz, está usted hablando en sério? ¿Quiere usted envanecerme, aquí donde con tan poco todos se creen celebridades?

Hable usted y cante claro.

Pero todavía dice más, el mismo Sr Chaves Paz agrega: «El interés que despertaron entónces justifica suficientemente nuestro propósito de hacer conocer en volúmen aquellos trabajos».

Todos estos elogios huelen á interés de empresario. Dígamelo en poridad y se acabará así la gresca.

Aseguro que no podía imaginar ni sospechar que entre la buena gente impresora de mis queridos compatriotas, hubiese un *criollo*, uno solo, que tuviese la benevolencia de espresar en letra de molde semejante bondadoso juicio. Jamás oí otros que los de mis íntimos amigos, pero para estos son buenas mis gansadas, no porque ellos sean gansos, ¡Dios mio! nó, sinó porque son tan buenos! Y como no forman ellos la opinion pública, todo lo que me dijeron me bastaba; porque frecuentemente no me preocupé del juicio de los otros.

Me importa un bledo!

Pienso sin embargo, que si fuese cierto lo que ha impreso el editor, la esplicacion está no en el verdadero mérito de los artículos, sinó en la picardía de *El Diario* de haber dicho en broma que mi nombre era un pseudónimo que ocultaba no sé que persona ó personaje. Es ese misterio el que les dió interés: es la curiosidad no satisfecha la que hace que se hayan reimpreso. ¡Así es la pobre humanidad! ¡Y lo es más aquí, donde abunda la envidia y sobra la bilis de los periodistas mal conocidos!

Por mi mal no soy de esas naturalezas simpáticas, de esos benditos de Dios para los cuales todas las puertas están abiertas, y por ende pensé como pienso todavía, que debía reconcentrar toda la fuerza de mi voluntad para vivir tranquilo en paz con mi conciencia y sin meterme con nadie, pues á ser cierto cuanto dice mi editor, he entrado en

el último tercio de la vida. Profundamente creyente, no me ha dominado el fanatismo religioso; pero permanezco fiel á todas las santas tradiciones del hogar de mi niñez. Veo así acercarse el ocaso, sin inquietudes y sin zozobras. Me resigno á vivir sin afecciones presentes y cercanas, y trato de levantar con fé profunda mi espíritu hácia el Creador.

Y lo digo para que conste.

El Diario, que fué siempre mi cabrion, dice ahora con galantería esquisita, que : « soy galano escritor, cuya modestia oculto bajo el pseudónimo de Victor Gálvez ».

Está visto, tiene una monomanía, quiere y se ha propuesto condenarme á que adultere mi partida de bautismo.

Créame el amable crítico, yo no soy modesto, es una cualidad contraria á mi carácter. ¡Soy meramente desdeñoso!

¿Entiende Vd.?

Este excelente señor, tanto más excelente

cuanto es más bondadoso en sus elogios conmigo, reiteradamente recomienda mi modestia como rasgo característico; pero si ese es á su juicio mi mayor mérito, equivale el hecho á negarme todos, porque yo no soy modesto.

Elogia lo que llama «mi estilo amenísimo». Muchas gracias, señor mio. Estoy tan poco acostumbrado á los cumplimientos que me suben los colores á la mejilla. Es usted muy indulgente cuando dice: «que ha devorado la lectura de mis artículos», llamándome « agradable escritor argentino » y todavía como si ese no bastase; agrega usted: «que hay algunos de mano maestra».

Profunda sorpresa me causan tantas amabilidades, elogios, cumplimientos y calificativos: me llegan como si fuese en ultratumba, y ¿por qué no decirlo? me han dado nueva vida, han sido un bálsamo que ha alborotado á la loca de la casa y no me deja dormir.

En estas soledades donde vivo, aunque no como ermitaño puesto que tengo mis criados, esta impresion ha sido más peligrosa; porque el dolor no mata pero mata la alegría. Aquí no hay médicos y si me enfermo, me muero. Por ello doy á ustedes las gracias por los elogios para no morirme hinchado de vanidad.

Como solo tengo criados cerca, les he cojido cariño, porque no se puede vivir sin afectos. No tengo perros como Grajera, ni pájaros; solo cultivo las flores, de manera que un atracon de elogios es cosa nueva y desconocida en la casa del servidor de ustedes.

Pero como se empeñan en decir que mi nombre es una careta, un velo intenso, y qué sé yo, creerán que estoy en perpétuo carnaval.

El mundo es ciertamente una comedia, pero yo no tengo papel que me obligue al fingimiento y por ello no necesito careta. Soy un desconocido personalmente, pero el nombre

con que firmo mis artículos es mi verdadero nombre, mi único nombre. Si persisten en que es un pseudónimo querría me dijesen cómo puedo convercerles de la verdad.

Yo no puedo olvidar á *El Diario* por todo lo bueno y lo malo que ha dicho de mí, y por ende recuerdo que en 1883 decía á propósito de mis artículos: « despertaron la curiosidad con justo motivo, porque eran chispeantes y entretenidos ».

Agregaba el mismísimo *Diario:*

« Es el caso que Victor Galvez, despues de haber sentado bien el pié estudiando la sociedad, las letras y los tipos de Buenos Aires, ha resbalado imprudentemente, mojando la pluma en aquel charco viejo de donde sacaban lodo algunos argentinos estraviados para arrojarlo sobre la pobre Buenos Aires. Y sépase, ante todo, que el tal Victor Gálvez es hijo de Buenos Aires. »

Aseguraba, además, que sabía quien sea Victor Gálvez.

Pues bien, tan pronto han supuesto que no hay tal Victor Gálvez, como que nací allí y aquí, solo porque no quieren reconocer que la verdad verdadera es que mi nombre no es un pseudónimo, ni careta, ni cosa que lo valga.

Con la franqueza con que acostumbro á pensar, escribí y escribiré siempre que me dé la regalada gana.

Juzgo las cosas y los hombres sin pedir permiso á enemigos inesplicables, y si hice historia contando lo que había visto sobre los hombres del Paraná, fué porque la Constitucion de Santa Fé de 1853 y el Congreso del Paraná, como lo prueba la coleccion de leyes y decretos impresa por órden del Sr Mitre, son la base de la organizacion federal de la República Argentina.

Nunca fuí político profesional, ni escritor;

pero jamás aprendí á ocultar épocas ó acontecimientos. Si algun mérito tienen mis artículos es la verdad y la franqueza con que están escritos, sin adulacion ni cobardía. He dicho la verdad histórica, porque detesto la falsificacion aún en la historia.

No sería ahora que, segun el Sr Chaves Paz, vivo gozando de la contemplacion de la naturaleza y del comercio con los libros, que vendría á prostituir mi pluma poniéndola al servicio de la mentira histórica. Alzo la frente y acepto la responsabilidad.

¿Pero en que se queda? ¿Soy ó no soy? ¿Llevo ó nó mi verdadero nombre? ¿Dónde suponen que nací y me bautizaron? ¿Quieren mi autobiografía y mi retrato? ¿Qué quieren?

En el citado artículo de diario, escrito no con pluma sinó con estileto que mata y no derrama sangre, como decía el asesino italiano, el autor quiere condenar á las iras de las pasiones vulgares á un inocente!

Sin más criterio que su bílis irritada, se pasó de listo. Creyó descubrir el autor en un caballero, entónces en el extranjero, y en vez de hacer alta crítica con espíritu sereno é imparcial para fundar su creencia, juzgó mas fácil penetrar hasta en las intimidades de la intencion, suponiendo que aquel distinguido caballero había escrito un capítulo laudatorio de su autobiografía, y le arrojó dardos envenenados. Repito, se pasó de listo!

Tenía ante sus ojos al verdadero autor, veía el artículo firmado con mi nombre y apellido, y creyó más hábil, más donoso, cerrar los ojos á la verdad para meterse en el fango asqueroso de la calumnia.

Voy á demostrar, ahora, cómo fué injusto en tal acusacion y cuán peligroso es dejarse llevar por las lijerezas de impresiones y sospechar, entregando á las iras populares una víctima solo por satisfacer la vanidad propia.

No aman la libertad, no conocen las prácticas del gobierno libre y el respeto que se debe á las opiniones ajenas, los liberales del garrote, los aterradores de la prensa, los que solo aman la libertad para cerrar la boca á todo disidente en nombre de la misma libertad que profanan.

Quiero ahora decirlo todo, y voy á decirlo porque me dá la regalada gana, denunciando por ende lo peligroso que es poner la pluma del periodista en mano de los que no están preparados para el sacerdocio de la prensa, que es servir siempre á la verdad.

El escritor que escribió en 1883 en *El Diario* el referido artículo señaló encopetadamente una víctima, dejándome á mí, si culpa hubiera, exento de cargo y pena: procedió mal.

Para escribir algunos de mis artículos, entre otros *La juventud en tiempo de Rosas* y *Los hombres del Paraná*, mi amigo, hoy ausente, y señalado por *El Diario* como su autor,

puso en mis manos toda su correspondencia, un grueso volúmen manuscrito que es el diario escrito dia á dia de los sucesos de la época, y la *Memoria* escrita sobre su conducta pública, en la cual había este membrete: *para publicarse despues de mi muerte.* Pidió y me prestó la coleccion del periódico *El Padre Castañeta* y muchos otros libros, y con estos antecedentes y mis recuerdos personales, escribí esos artículos sin pasion, sin propósito de favorecer á tal ó cual partido político, sinó de ser fiel á la verdad tal cual mi humilde caletre puede concebirla.

He releido ahora la galería de retratos de los hombres públicos del Paraná, y no tengo nada, absolutamente nada que quitar ni poner á esos retratos: son tomados al natural tal como los conocí física y moralmente. Tengo la conciencia de haber trazado sus perfiles con imparcial verdad.

Me causó pena entónces la acusacion de *El*

Diario, por la ligereza irreflexiva en denunciar á un inocente, caballero respetable y respetado, y quien probablemente ignora todavía el falso testimonio levantado por su detractor. Si hubiese sido en tiempo de Rosas, le cortan la cabeza; si en la revolucion francesa, lo guillotinan; y si en los tiempos de la Inquisicion, lo queman! La calumnia es un veneno, y el periodista no debe abusar de los tipos de molde.

No creí prudente promover polémica en el acto, porque sé que de la calumnia algo queda, y procedí sin violencia ni cólera y con tranquilidad á publicar los elementos para la prueba indirecta de la inocencia del acusado. Defendía á mi amigo inocente, y lo hacía sin que él lo sospechase.

Escribí *Los recuerdos personales del Colegio de Monserrat y de la Universidad de Córdoba*, nombrando los condiscípulos que entónces vivían, más aún, dediqué mis artículos al

al Dr D. Emiliano Garcia, juez de comercio á la sazon; es decir, indiqué y nombré multitud de testigos para que pudiesen ser interrogados si había quien dudase que me llamo Victor Gálvez.

Por ese medio quedó demostrado el error de la aseveracion de *El Diario*, porque es de pública notoriedad que el caballero aludido no se educó en el Colegio de Monserrat ni frecuentó las aulas de la Universidad de Córdoba. Creí haber conseguido mi objeto: la prueba era abundante, los testigos numerosos y los hechos evidentes. Aquellos recuerdos íntimos solo los tiene el que ha vivido la vida del colegio.

Supongo que esta prueba fué convincente hasta para el mismo escritor en *El Diario*, puesto que ahora pregunta nuevamente, ¿quién es Victor Gálvez? Luego no *era* aquel á quien denunció ó los furores de los gacetilleros de su credo político.

Más todavia: el Sr Chaves Paz declara ahora, en el año actual, que segun las más probables conjeturas, vivo en el fondo de una de nuestras mediterráneas provincias. Luego si este es el hecho, es claro que el autor de mis artículos no es el caballero que hace muchísimos años vive en el extranjero, sinó yo mismo, como lo he dicho desde el dia en que los publiqué.

Queda demostrado, además de mi afirmacion, que yo vivo, que mi nombre es el mismísimo con que he firmado y firmaré, si así me ocurre, lo que pueda escribir, y por último, cuál es mi domicilio.

Pero los periodistas que suponen que ellos tienen el derecho de pensar y de juzgar á los demás, me han de permitir que les cuente un cuento, por via de apólogo, sobre el liberalismo y la tolerancia en Hispano-América.

Hay una república en el continente en la cual no solo se ha separado la Iglesia del

Estado, sinó que muchos templos católicos se han dado ó vendido á los cultos disidentes, ó se han convertido en museos, bibliotecas ó establecimientos industriales. En ese país de libertad de cultos, no pueden los sacerdotes católicos usar en la calle traje talar ni ningun distintivo exterior sacerdotal. Hay libertad de cultos, pero no de trajes.

Bien pues, arribó al puerto de Vera Cruz un vapor y á bordo venia el Secretario del Cardenal Maning, celebridad británica éste y respetabilísimo caballero aquel.

A la vista de las cúpulas y torres desde á bordo, la belleza del cielo y lo lindo del paisaje, el viajero curioso quiere desembarcar y visitar la ciudad. Bajó vestido como se viste en la libre Inglaterra: los sacerdotes de la Iglesia Romana usan levita larga de paño negro y el collarin sacerdotal. Los ingleses ignoran la libertad de cultos á la moda mejicana.

Mi buen sacerdote paseaba la ciudad,

cuando le vieron algunos polizontes y le tomaron preso por infraccion á las leyes del país. Calcule cualquiera la confusion de aquel extranjero ante tan brutal procedimiento. No hubo excepciones ni defensas, y fué llevado preso ante el comisario de Policía.

Por más liberal que sea cualquiera, esto pasa de castaño oscuro.

Ante el Juez, preguntó el extranjero cuál era la causa de su prision y preguntó por el abuso, como se debe suponer. El pobre empleado, ruborizado del liberalismo mejicano, le dijo que las leyes prohibian usar en la calle traje sacerdotal. — Pero este es el que se lleva en la Gran Bretaña, contestó. — Aquí no se permite la levita larga — replicó el comisario. — Si tal es mi falta, señor comisario, sírvase darme unas tijeras. — Allí mismo cortó su levita lo más corto que le fué posible, dejando los faldones en homenaje del liberalismo en Vera Cruz.

La libertad impone como deber el respeto á la libertad ajena: libertad de conciencia, de palabra y de imprenta, significa el derecho de tener y sostener sus ideas y creencias, sin incurrir en los anatemas ni las persecuciones de sus contrarios.

¿Querría, por ventura, el crítico de *El Diario* en 1883, corregir mis artículos ó someterlos á la censura prévia de sus amigos liberales?

Así abusan algunos periodistas, llamándose representantes de la opinion pública.

Y ¡cosa singular! El mismo escritor de 1883 había dicho que le constaba que el autor de mis artículos era el Dr D. José Maria Grimau. Se fundaba para decirlo en que la madre del referido buen señor tenía mi apellido. Con datos de la misma especie decía que mi amigo era el autor. ¡Qué criterio crítico!

El Sr Dr Grimau rectificó el aserto y aún hizo críticas, solapadas y picarezcamente es-

pirituales, de mis escritillos; pero mi amigo ausente, que probablemente ignora la calumnia, no ha podido hacer cablegrama del extranjero para imitar al Sr Dr Grimau.

No hay que pasarse de listo.

Con la misma ligereza con que un cronista de diario afirma una inexactitud, compromete una reputacion, quita y pone, alaba ó injuria, con la misma juzga del mérito literario y de la influencia política de las personas. Todo pasa por su pluma voraz y á él le importa un pito del carácter y de la honestidad de los demás. Por llenar papel es capaz de asegurar que vió un milagro! A veces son vengativos, y solo por hacer mal son capaces de mentir.

Les ocurre sostener que mi nombre no es mi nombre, que yo no me llamo así, y no calculan que perjudican mi crédito mercantil, mi personalidad legal y social.

Cuando se convenzan de mi existencia,

dirán que firmo lo que no escribo, que vendo, alquilo ó presto mi nombre, para cubrir responsabilidades ajenas. No hay peor sordo que el que no quiere oir. Al fin he de decirles: —con su pan se lo coman.

Sin embargo, creo conveniente declarar que no soy pariente del Sr Gobernador de Santa Fé, á quien solo conozco por su buen gobierno.

Juzgué útil, entretanto, escribir esta *Introduccion*, porque no me pareció que fuese equitativo que un nuevo editor hiciese la edicion suprimiendo, como debe y yo lo pido, la escrita para *La Biblioteca latino-americana*, y no me introdujese al lector presentado por cualquiera, tanto más cuanto que dicen que detrás de *mi nombre hay otro nombre*, como quien dice, detras de la cruz el diablo.

No quiero cuentos con la vecindad; si ha de haber tercera edicion, lo mejor de lo me-

jor es presentarme yo mismo en casa de mis lectores, pidiéndoles permiso para decirles quien soy, de donde vengo, y qué es lo que ando buscando. Así lo resolví.

No se si esto fué pretesto que yo mismo me busqué, para disculpar el deseo que me vino de volver á borronear papel. El hecho es que ni cabalgué, ni salí y se ocultaba el sol, cuando por falta de luz natural, suspendí de escribir lo que será la *Introduccion* de la presente edicion de mis artículos... me viene tentacion de decir, mi libro.

Al grano. Tengo el honor de saludar á ustedes, señores lectores, rogándoles que si no están dispuestos á escuchar la verdad, cierren el libro. Si son verdaderos liberales, indiferentes ó extranjeros, sírvanse hacer la tentativa de hojear sus páginas, descoloridas, escritas sin plan, cuadros y pasajes al natural, y en las cuales no se encuentra realismo pornográfico.

Si hay mérito en ellas, si son divertidas, eso no lo diré yo. Solo puedo asegurar que yo me divertí cuando escribía, y en cuanto á mérito, de veras, he leido peores!

Soy franco, porque no quiero que se crea que soy modesto y que me oculto con misterioso velo. Si fueran lectoras, á pesar de mis años y mi retiro, me honraré en presentarles mi respetuoso homenaje, y si me lo permiten cogeré la mano y la besaré á la francesa.

La oferta empero tiene sus condiciones, á saber: mano blanca y limpia y que no sea vieja la que se digne ofrecerla.

No hay nada de atrevido en la galante oferta de besarles la mano, puesto que el libro, es decir, yo mismo, he de estar entre las manos de las lectoras. Si el autor y el libro es la misma cosa, claro me parece que bien se puede conceder que al entregarlo, lo haga con respetuoso beso en blanca mano. Es además legal y acostumbrado, desde que

se usa en las cartas terminarlas B. S. M., y como precaucion suprimo la otra antigua fórmula de B. S. P. de V. por cuanto no aceptaría convertirlo en hecho. Beso sus piés! No me place el cumplimiento. Opto por besar las manos... pero los piés! Desde que visité la zapatería de un italiano remendon de calzado, protesto contra el cumplimiento anticuado.

Si tal sistema incomoda, no insistiré, porque no quiero perjudicar á mi editor. Se suscribirán por lo tanto con opcion al beso, las que así lo espresen, y el editor me llamará por telégrafo. Oportunamente se anunciará en los diarios el sitio y la hora en que su humilde servidor de ustedes estará al servicio de las suscritoras. ¿Les conviene la indicacion? Respondan por correo á la casa editora.

Creo, pues, que he sido franco y no modesto, como lo suponía el otro editor, y si

la franqueza tiene alguna gracia, dígnense ustedes demostrarlo en provecho del editor. En cuanto á mí, me bastará saber que alguna linda compatriota, de grandes ojos negros ó azules, porque en esta materia el color me es indiferente, me bastará iba diciendo, saber que en ellas nació alguna simpatía por el autor, aunque sea como tributo á lo desconocido.

Cuando sepan que Victor Gálvez ha muerto, les suplico rezen una oracion por la paz de su alma y por el perdon de sus pecadillos. *Amen.*

Villa Olvido, Piedra-Blanca, Setiembre 1888.

LOS ANCIANOS

El dia que el general Sarmiento cumplió setenta y siete años fué objeto de una manifestacion popular calurosa, en la que tomaron parte numerosos ciudadanos y algunos extranjeros. Honraban al anciano envejecido en las luchas de la tribuna y de la prensa, al ex-gobernador, ex-ministro, ex-diplomático, ex-senador y ex-presidente de la República.

Este homenaje á los ancianos es un culto digno de un pueblo libre.

No me ocupo del político sinó del anciano que encuentra la recompensa de sus trabajos

en esas pruebas de afectos y de respeto, últimas flores que perfuman el camino de su larga peregrinacion en la tierra, y la harán así mas dulce y grata. El ejemplo es noble y ojalá no sea olvidado.

Fué con ese motivo que supe que tenía setenta y siete años; entónces me dije ¿qué entenderá el Sr Chaves Paz cuando ha dicho que yo he entrado en el último período de la vida? ¿En cuántas etapas la divide? Si habla del último tercio, es porque los otros dos ya se han pasado.

Me intriga esta afirmacion. ¿ Ha visto mi partida de bautismo? Divide acaso la vida en jornadas de veinte ó veinte y cinco años? Si así fuere, pretende, sin probarlo, que yo estoy en el tercero; pero quién le ha autorizado para sostener que sea el último ?

Para demostrar que en ello es arbitrario, basta que le cite á un hombre ilustre, criollo, de setenta y siete años cumplidos, y todavía

escribiendo en la prensa, probablemente con la voluntad de vivir algunos años más, como yo se lo deseo.

No quiero ocurrir á ejemplos de extranjeros para probar al Sr Chaves Paz, mi editor, que no es correcto decir que una persona esté en el último tercio de la vida, puesto que eso es incierto, reservado de Dios y él no es profeta que yo sepa. Aún cuando divida los términos en veinte y cinco años, hay quien pasa los setenta y cinco. Creo que así queda comprobada mi protesta.

Ultimo, en su genuina acepcion en el presente caso, es la calificacion de la época en que termina una sucesion de tiempos.

Equivale así á fin, luego quiere ó pretende fijar mi fin, es decir, señalar el término de mi vida: mi muerte, en una palabra. Hablando en serio, mi editor no me hace un cumplimiento con tal aviso publicado con letra de molde, porque, si fuese cierto que he entrado

en el último tercio de la vida, la noticia por medio de la prensa es cruel, hay perversidad en hacerlo.

Estoy, segun él, como quien dice en capilla en las últimas horas, como si fuese condenado á muerte, y yo le niego el derecho de condenarme sin juicio prévio, sin oir mi defensa y privándome del recurso de apelacion por un fallo arbitrario.

Pudiera haber dicho que estoy en el último período de la vida, pero por ¡piedad! no decir á voces que sea el último, privándome de la esperanza y condenándome á morir aún en buena salud, cuando yo he visto y el mundo entero lo sabe, que el Emperador Guillermo ha muerto despues de largamente pasar el tercer término de la vida; el Mariscal Moltke tiene ochenta años y es una gran figura histórica. En Europa como en los Estados Unidos, los viejos tienen abiertas las puertas y se les vé en los altos destinos de la política y del gobierno.

¿Por qué, pues, se le ha antojado á mi editor, que yo, pobre diablo, sin meterme con nadie ni estorbar á nadie, sin otro cuidado con el público que mis artículos de costumbres, que él ha coleccionado con admirable libertad como *res nullius,* deba morir á los...? Por lejos que esté ó pueda estar esta diabólica cifra, me causa una pesadilla sempiterna. Sueño con un número más grande que la persona misma de mi editor, que es cuanto puede decirse, y este número se me imagina que tiene patas y garras, que marcha impasible hacia mí, como si fuese cazador furtivo, y yo no tenga donde huir. Ya he vivido, segun lo ha impreso, los dos primeros tercios, por tanto me encuentro dentro del período en que aquel número me caerá encima como loza funeraria.

¿Quién le ha dado el don de la clarovidencia para predecirme el porvenir? ¿Es por ventura espiritista? Se lo ha contado acaso una

tiradora de cartas? Cante claro y véngase al grano: aquella *Noticia de la Biblioteca Latino Americana* me está envenenando la existencia, casi no duermo, solo por darle el gusto de que no quede como embustero, saltando yo en buena salud sobre el tercer período de Marras, para comenzar el cuarto como el general Sarmiento, y entónces si que puede decirse que es el último.

Observo que no debería discutir con mi editor, porque no me cuenta cuál sea el número de años de que se compongan y formen los períodos de la vida; pero puesto que dice con sorprendente aplomo, á pesar de no ser en ello muy cortés, que yo he vivido dos y que por ello estoy ya dentro del último, su dicho me produce escozor. Si este último fuese para mi el mejor, el más tranquilo, sin sufrimientos morales ni físicos, es claro que no tendré ganas de morir, á pesar de la noticia impresa, por la cual pro-

testo cuantas veces por derecho haya lugar.

No creo que tenga malos sentimientos, ni tampoco que tenga mala voluntad, cuando publica mis artículos y me dice algunos piropos para hacerme tragar la gorda, nada menos que la fijacion del límite de mi pobrecita vida!

Voy á hacerle una confidencia, para que se arrepienta de dar malas noticias y se persuada de la crueldad con que intenta recortar mi inofensiva existencia, como si fuera figura de papel pintado, cuando dice en otra parte que vivo tranquilo en el fondo de una provincia mediterránea, de la que deseo huir solo para burlar el pronóstico de la noticia impresa.

Sirvase señor editor escucharme, es un secreto que le confio bajo condicion de que no le repita, en precaucion de lo cual se lo digo impreso.

No le quiero decir dónde pasan los acon-

tecimientos, porque es muy curioso y sería darle la punta del ovillo.

Me encontraba en gárrulo festin: hermosa mesa, abundantes flores, luces y damas. A mi izquierda la dueña de la casa, picante y atractiva extranjera, en cuyo idioma era preciso conversar. A mi derecha sentóse una hispano-americana, no criolla sinó colombiana, negro el cabello y los ojos: la tez morena, no tenía blancos sinó los dientes, que eran de color de nieve. Hablaban como hablan las mujeres de nuestra raza que están en el primer período de la vida, ¡ qué ganga para mí que me tengo vivido dos! Hablaba, decía, con esa locuacidad vertiginosa que marea como el vino, y tanto habló, que yo estaba embriagado.

Vá mal esta descripcion, porque se puede suponer que la mesa se componía de tres personas: no señor, eramos diez y ocho, divididos con matemática exactitud, por sexos,

pero armoniosamente entremezclados. Así ya queda usted al tanto.

Estaba mareado, como le iba diciendo, con aquel torbellino de palabras, que si no embriagaban por el encanto y armonía, trastornaban por la monotonía del sonsonete.

De pronto me dice: — Muéstreme usted la mano izquierda.

Me lo dijo de modo tan imperativo, que temí que tuviera las uñas con ribetes negros, y prévio exámen de mi susodicha mano izquierda, que encontré limpia, la obedecí y se la presenté.

— Quiero ver la palma de su mano, dijo.

Volví á obedecer como cordero á la voz de la pastora.

Miró y, como usted, sin consentimiento mio, me dice:

—La línea de la vida es esa, me señaló no sé qué, está cortada. Vea usted.

Miré y no ví nada. Ella continuó.

— Esto quiere decir que usted no vivirá mas de sesenta y cinco años.

— Señorita! esclamé, brincando como si hubiera sentido el diente... del animal que se le antoje á usted. ¿Por qué me dice eso durante la comida? ¿No teme usted que sea supersticioso y que su prediccion me haga daño?

— Pues qué, dijo. Eso lo leo yo clarito!

— Lea usted más, lea todo, puesto que mi mano es para usted como libro. Lea y dígame lo que lea, porque yo miro hace tantos años mis manos, y nunca pude leer nada. ¡Si seré estúpido, y ella lista!

Lo que dijo que había leído, no se lo quiero decir; pero aquella gitanilla, me lo parecía por lo perverso, ¡me espetó unas cosas!.. ¡qué cosas!

Pasaron dias y yo no sé si años, que yo no cuento el tiempo, cuando me llega su primer tomo de la *Biblioteca Latino Americana*, y

¡trás! usted remacha el clavo diciendo con el mayor aplomo, que ya me he vivido dos períodos y que estoy viviendo el último.

Ahora, atando cabos, su dicho y el de la gitanilla, que así quiero llamarla á esa alma negra, se robustecen, se confirman y á tales testimonios ¿qué se quiere que yo oponga?

Mi buena, mi excelente salud. Y reirme de ambos, con perdon de usted. Sin embargo, por qué no decir la verdad, la purísima verdad. Yo soy supersticioso. Esas profecías, que mi menguada razon no pueda esplicar, las creo á pesar mío.

Resulta así, que usted inocentemente, y ella, por espíritu de broma y de jaleo, me han metido un susto que no me deja dormir, que me quita el apetito, y que la contemplacion de la naturaleza de que usted habló, es ahora para mí pura bobería. Lo que veo, lo encuentro mil veces visto, no siento conscientemente sinó el viento y el polvo, que

me ponen rojos los ojos, que me incomoda: toco las plantas y todas están llenas de espinas, las flores silvestres son las de los *cactus* que ni huelen ni las puedo coger. ¿Qué quiere usted que contemple en la naturaleza? ¡La tierra! Pero si ya la tengo tan vista.

He hecho una cuenta que usted nada le importa, pero que se la quiero referir. Si ya estoy en el último tercio de la vida, mejor es que me eche á correr tierras, puede ser que, no sabiendo allá en qué período de la vida me encuentro, pueda hacer alguna engañifa con la muerte, ¡hay por allá tantos sábios! y entre así de rondon en el cuarto término, solo para publicar que no deben creer palabra de lo que usted imprima en sus *Noticias*. Ya vé que le interesaba saber cuál era mi cuento, pues que en ello vá su crédito de profeta.

Pudiera suponerse que usted es de aquellos que no aman á los viejos, solo porque es jóven, porque es hombre nuevecito, aun-

que no crea sea como los que á veces salen de las escuelas hinchados como odres de vino, solo porque Calandrelli les untó un poco de griego como quien restrega un diente de ajo sobre rebanada de pan; y salen bebiéndose los vientos, creyéndose sábios, que todos los viejos son inservibles, inútiles, retrógrados, llevándose todo por delante. Creen, los cuitados! en la incompetencia de los que han envejecido en el estudio, solo porque estos, por esperiencia, saben que saben poco, porque la vida humana, aún viviendo los tres períodos de Marras, es corta para saberlo todo, para profundizar algo las cosas y para conocer al más difícil de los animales creados, al hombre mismo.

Esa juventud á manera de invasion todo lo inunda, impaciente y pretenciosa porque dice que los ancianos, los consejeros naturales, aquellos que han encanecido en el servicio de la patria, son detentadores de los em-

pleos, que ellos, casi imberbes, quieren ocupar y gozar, sin más razon que ignorar que ignoran mucho.

Pues he visto ese tropel, y con ojo algo esperimentado he descubierto ó creido descubrir que muchos llevan el gérmen de la monomanía de las grandezas. Unos porque los gacetilleros de los diarios les dieron patentes de literatos, se creen que han otorgado fama y fortuna, solo porque sirvieron, como uno de tantos, para aumentar el número en una votacion parroquial ó alguna cámara de provincia: otros, porque se huelen á drogas de boticas, ó á trastienda de almacen, ó á cuarto de remendon de zapatero, al verse vestidos de nuevo, hacen como los intrusos, los advenedizos, quieren echar á los que han conquistado sus posiciones elevadas. Los hay que sueñan en el famoso hidalgo de la Mancha, y miran con desden las reputaciones consagradas: aquel famoso personaje nace

espontáneo aquí, como el hongo, y con frecuencia me parece que es plaga.

Con razon decía *El Diario*, « estos tiempos de reputaciones literarias usurpadas, de tanta presuncion y de tanto afeite con que se cubren los modernos *eruditos á la aguada* », no es para que consideren y estimen á los viejos.

Esos que viven ensimismados juzgando las reputaciones ajenas desde los rincones de las gacetillas, muestran su juvenil ignorancia: dan y quitan fama, y los viejos son para los tales como ropa usada, que es necesario reemplazar con ellos, sábios en la escuela, ilustraciones en gérmen, que podrán ser ó no ser, porque eso depende de lo futuro.

Esos llaman al padre *el viejo!* y á la madre *la vieja!* Son seres superiores que piensan que es vulgar y anticuado el cariño respetuoso, el homenaje que se debe á los que les dieron el ser, los cuidaron en la infancia,

limpiándoles los que ellos no podían limpiarse.

Es grosería, escúseme la franqueza, es rasgo de ignorancia petulante.

¡El viejo! creen desusado y vergonzoso decir ¡mi padre! ¡La vieja! así designan los que no creen ni en Dios ni el diablo, á la madre. Designan á los autores de sus dias con el epiteto sarcástico de *los viejos!* Es decir, los inútiles, los estorbos, los retrógrados!

He sentido una impresion de disgusto cuando he oido esos calificativos. Me parecía que el *corazon* como el vestido de los que así designan á sus padres, estaba manchado, enlodado, emporcado. Algo como el olor del vino derramado sobre viandas trasnochadas, siento al oir ese desparpajo indecoroso de llamar *viejos!* á sus mismos padres.

Que dirían si no hubieran sido nunca, si en la memoria no guardasen la profunda ternura de esta frase: ¡hijo mio!

No saben que nunca será antiguo el amor paterno! No saben que las ternuras del hogar, las afectuosas caricias de los padres, no serán jamás! jamás! reemplazadas en la vida, aunque suban á la silla presidencial.

Los que tienen el corazon vacío, falto del amor filial, serán siempre el sepulcro blanqueado de la leyenda bíblica.

¡Los viejos! llaman generalmente esos cursis del cigarrillo colorado, fumadores de sombrerito al lado, eternos paseantes de la calle Florida, perpétuos guardianes de las puertas de las confiterías ó fotografías en la misma calle, para pasar despues la noche con un naipe y las copas, levantarse despues de medio dia; ¡los viejos! esos almuerzan temprano, y sin cuidarse de ganar el pan, recurrir al viejo bolsillo paterno, siempre abierto con cariño, para mantener estos parásitos de las principales calles, de los cafes, de los garitos.

Hay, es verdad, viejos ridículos como hay jóvenes contrahechos, raquíticos, imperfectos.

Encuéntranse viejos verdes, generalmente con los bigotes teñidos y los fundillos caidos, sí, por prosáico que sea, el hecho es cierto. Viejos que viven en perpétua mascarada, creyendo engañar á los otros cuando solo se engañan á sí mismos. Se hacen la ilusion de que las arrugas, los ojos lacrimosos, las manos temblorosás y la calvicie se pueden disimular. La tez, quemada por las tinturas químicas, aparece de color irritado como cútis de enfermo, y resulta un contraste inarmonioso y repugnante. Por más arte que empleen, pierden en la consideracion ajena lo que ganan en su propia bobería.

Tales viejos debieron ser jóvenes calaveras: lo uno vale lo otro.

Los que vencidos por la edad no la ocultan ni la disfrazan, que conservan limpia la conciencia como la persona, reconociendo que

no es culto ni permitido ser galante, que ha terminado la época del galanteador, esos son dignos de respeto, porque al fin los años no desdeñan y desgraciados los que no pueden llegar á viejos.

No quisiera nombrar personas, pero necesito señalar ejemplos.

Cuando se entra en la gran biblioteca americana del general Mitre, y se encuentra allí aquel ilustre patricio, amable con las visitas, pero absorbido en el estudio, y escribiendo la historia patria, no es posible dejar de sentir el respecto que inspira.

Solo el trabajo moraliza y cada edad tiene sus placeres y sus encantos.

Si se visita al general Sarmiento, se le encuentra ó en su gabinete de estudio escribiendo ó leyendo, ó rodeado de amigos á los cuales entretiene su palabra fácil y lo pintorezco de su lenguaje, á pesar de las genialidades de su edad avanzada.

En la suntuosa casa del Dr Gorostiaga se halla siempre ó frecuentemente á aquel anciano de cabello y la barba blanca en el tranquilo comercio de los libros. Es tal vez el último de los miembros del Congreso Constituyente reunido en Santa Fé en 1853, y vé los frutos de la obra que contribuyó á levantar. Dejó la presidencia de la Suprema Corte para gozar de la placidez de su hogar en sus últimos años.

El anciano Dr Vicente Fidel Lopez se ocupa todavía en escribir con brillo la historia argentina.

Largo fuera citar nombres propios para mostrar que la ancianidad tiene su aureola, sus prestigios y sus placeres.

No es la vejez ociosa é inútil, sinó que alejada de la política, consagra sus postrimeros dias para ilustrar la patria, que á veces la desdeña.

¿Quién ha podido olvidar al Dr Velez Sarsfield?

En el país más positivo que se conoce, en la nacion del becerro de oro, los diarios refieren el homenaje respetuoso que se tributa al anciano historiador Bancrofft, quien á pesar de estar cerca de los ochenta, se le vé caballero en su caballo, ó en las comidas y en la sociedad que frecuenta.

El príncipe de Bismark lleva el peso de la direccion de la política europea, como canciller del Imperio Aleman, y ha cumplido setenta y tres.

Gladstone, anciano venerable, es todavía un leader en Gran Bretaña.

Cánovas del Castillo, en España, es otro anciano que hace poco no escusó contraer matrimonio.

D. Juan Valera muestra la brilllante chispa de su ingenio en sus *Cartas Americanas* que publica semanalmente.

En aquellas sociedades conservadoras la ancianidad no es causa de ostracismo político,

pero en estas sociedades de inquietas precipitaciones, todo quiere renovarse, se supone que la edad de la razon tranquila, de la calma de las pasiones, de la larga esperiencia, es ya la del reposo, y los viejos servidores del país se ven forzados á asilarse en el estudio de su gabinete, para continuar todavía sirviendo en sus escritos al país que los olvida.

Amo la juventud porque es porvenir. ¿Por qué la juventud no amaría y respetaría la ancianidad?

No sé francamente cual sea la edad de la incapacidad legal. Los miembros de la Corte Suprema se retiran á los setenta años, mientras que en los Estados Unidos, mayores de esa edad continúan todavía en el servicio activo, segun he leido con motivo de la muerte del Presidente de la Corte Suprema, Waite. Tendrían derecho de ser jubilados á esa edad; pero no se les considera inhábiles.

Para los ancianos que han llevado vida honesta y formado una familia, quedan los nietos, dulcísima cadena formada de afectos que los retiene en la tierra, en las santas alegrías del hogar.

He visto siempre con placer inefable al abuelo rodeado de sus nietecitos, refiriéndoles en sencillas narraciones y cuentos infantiles, todo lo que puede despertar la curiosidad de los niños. Ese cuadro de ternura me ha causado impresion y conmovido: ahí están la verdad y la virtud positivas.

Cada vez que el buen abuelo llega, se oyen las carreras y el alegre vocerío infantil diciendo: gran papá! viene gran papá! Le rodean, le cogen las manos, le piden el baston y llevan el sombrero, para que el padre de su padre se siente á descansar.

Los goces de esta edad no son los de la vida galanteadora, sinó los del hogar, aunque nada sea más simpático que el anciano socia-

ble, amigo de la cultura en las formas y en el pensamiento, mostrando con el ejemplo el culto que se debe al bello sexo.

Me son antipáticos los viejos súcios. Gusto de los que cuidan el traje como la inteligencia, que siguen las evoluciones de los tiempos nuevos en las formas esternas y en los libros modernos.

A veces, por desgracia, el cuerpo se inclina, como los árboles viejos se desgajan; es entónces la decrepitud y los achaques.

La ancianidad tiene sus fascinaciones. *Chaque âge a ses plaisirs.*

No es repelente el cabello blanco si se llevan las canas con dignidad. La vivacidad reflexiva y alegre da á la conversacion de los ancianos un sabor especial, porque se hace más picarezca y anecdótica.

He visto nacer, crecer y durar amistades entre señoritas y ancianos, y encontrar recíproco deleite en las largas veladas en que la

conversacion se hace graciosa, insinuante, espiritual, sin pretenciones galantes que la harían ridícula.

Conozco ancianos distinguidos, elegantes en sus maneras corteses y finas, cuidadosos y esmerados en su traje y limpios de espíritu y de cuerpo. Mientras otros, que abandonarían todo desde el cabello desgreñado hasta los zapatos sin lustre y el sombrero grasiento, muestran en su aspecto que solo pueden servir para estar en el rincon de sus cuartos.

Algunos son repetidores, fastidiosos en la conversacion, no leen, no saben sinó lo que su egoismo les recuerda, viven vegetando para ellos y por ellos: son intolerantes, regañones, cubiertos de rapé y con sus grandes pañuelos de algodon á cuadros, se hacen grotescos y mejor estarían en sus casas.

Conozco aún peores: los viejos avaros son verdadera plaga, dentro y fuera del hogar, desde el traje hasta las manos muestran que

economizan el cepillo y el agua: no solo quieren continuar acumulando pesos sobre pesos y quejándose de la carestía de la vida moderna y del lujo, sinó que pretenden que los suyos imiten su ejemplo. Todo placer que cuesta dinero les irrita; pero aceptan todos los que se procuran gratis, desde el chocolate en la casa del cura-párroco hasta el *mate* en casa de su comadre ó compadre, otro viejo regañon, servido por un negro en mangas de camisa.

Esos seres que no conocieron jamás las ternuras del amor paternal sinó el amor del oro, son la lepra de una familia honesta. Ojos que no ven corazon no siente, decía uno de esos tipos más acabados que haya conocido. Pero de tal palo tal astilla, no faltó dentro de su propio hogar quien le escamotease una herencia, que en este mundo, como decía mi tio Blas, donde las dan las toman.

Cuántos seres, secos el corazon por el egois-

mo, sin afectos y sin ternuras, se van acercando hácia la muerte, taciturnos y casi monomaniáticos, por el dolor de dejar la fortuna que acumularon sin pensar en las lágrimas de los necesitados.

Los viejos como los niños han menester del cariño para no agriar el carácter y vivir desgraciados. Si los hijos no dan el ejemplo del respeto y del amor filial, ¿que harán los nietos?

Recuerdo un dia que visité la casa de un rico hacendado casado con uno de esas pobres mujeres á las cuales el lujo ofusca, perturba, trastorna, y que no pudiendo disfrazar las formas vulgares de una gordura de verdulera, se remilgaba y se cargaba de joyas desde que salía de la cama. Apenas podía mover las manos cuyos dedos llevaban no sé cuantas sortijas. Esta era víctima del corset y de las explotaciones de la modista francesa, lista para cobrar las cuentas, la que la adoraba

como imágen de santa en pueblo de campo. Ella tenía su tertulia pues le sobraba la fortuna.

Cuando llegaba el anciano padre, antiguo vendedor de patatas en el Mercado Viejo, pero millonario y retirado del negocio, la hija, menguada en sentimientos pero no en carne, decía á sus hijos:

—Digan á mi padre que estoy con visitas, y conversen con él en el cuarto del fondo.

El pobre viejo, por rudo que fuera, por iletrado, comprendía sin embargo que lo desterraban del salon por órden de su hija, que era la que daba la sentencia. Las lágrimas surcaban las mejillas de aquel ricacho, pobre de afectos, y volvía á su casa para vivir solitario, porque sus descendientes lo consideraban como estorbo, aún cuando por el Código Civil debían heredar toda su fortuna.

Los niños no se acercan jamás á aquellos

que no les acaricien: los viejos huyen de los que los desdeñan. Solo el cariño une á estas generaciones que llegan á las que se ván, y por ello, lo he de decir con franqueza, la gente que vió desde la cuna el culto del deber, que nació y vivió amándose y saboreando las delicadezas de la buena educacion y del buen gusto, jamás desdeña ni repele á sus abuelos. Su familia tradicional por su posicion social, conserva el culto de la virtud y los sentimientos afectuosos: la que todo lo improvisa, lleva mal el traje y no conoce los sentimientos tiernos: son forasteros en las eminencias de la sociedad, desorientados todavía, su único Dios es el bolsillo, y son largos como pelo de huevo, en lo moral y en lo material. Hay una armonía providencial entre la inteligencia y el físico, que raras veces engaña.

Cuando los abuelos son amados, sus bendiciones suben al cielo y la paz reina en ese hogar.

No desdeñeis á los ancianos los que comenzais la vida.

Honrar la memoria de los antepasados es culto que se debe enseñar en la niñez, y son las madres que forman el corazon de los hijos las mejores maestras. Enseñad á amar y sereis siempre amadas.

No gusto de las viejas con olor á sacristía. Las exasperaciones del culto externo les hace vivir más para las hermandades y cofradías que para la familia. No faltan á sermones y novenas, sus ocupaciones y quehaceres son de la casa á la iglesia, de la sacristía á la morada.

Prefiero la ancianidad mundana, religiosa sin fanatismo, tolerante con las disidencias; pero me es antipática la que hace ostentacion de indiferentismo religioso, de filósofos incrédulos, cuando tienen un pié en el sepulcro.

La cordura está, paréceme, en seguir las evoluciones de la naturaleza humana, armo-

nizando lo moral con lo físico, porque en ello se revela respeto á sí mismo y á los demás.

Los sentimientos se concretan en la tarde de la vida en el amor inocente y puro de los nietos; porque los otros amores son flores que solo dán fragancia en la mañana. Violentar las leyes naturales es ponerse en ridículo. ¡ Qué lamentable y feo es el amor senil!

Quedan además los libros, esos amigos que no engañan ni traicionan, y así se puede llegar en plácida tranquilidad al ocaso del sol y á la venida de la eterna noche.

Profunda pena deberá ser morir sin fé; pero la ancianidad que ha sabido conciliar la propia esperiencia y las honestas tradiciones del hogar, bien puede dormir en paz el sueño de la muerte.

Los viejos no comprenden con frecuencia las rápidas y sorprendentes evoluciones sociales y mercantiles que se realizan en la República, y viven temerosos de la crísis

económica por las alteraciones de los premios del oro, por el desborde en las especulaciones, por el aumento vertiginoso del valor de la propiedad, por el espíritu de asociacion que se ha desenvuelto en proporciones extraordinarias, transformando el país de los tiempos pasados.

Sentados, puede decirse, al borde de la tumba, miran asustados esta evolucion del progreso.

El oro sube y quizá seguirá subiendo: una marea de papel moneda se divisa en todas direcciones al soplo de la ley de Bancos libres. Todo parece paradojal.

La situacion, dicen entre tanto los optimistas, es análoga á la de los Estados Unidos despues de la guerra de secesion. La inmigracion llega en proporciones crecientes; el país inculto ayer se convierte en ópimas producciones agrícolas: el desierto de los antiguos indios lo surcan ferrovías y telégrafos;

lo que fué en mis mocedades fronteras, está lleno de poblaciones y las empresas colonizadoras, dentro del propio país, atraen todos los dias nuevos brazos, nuevos productores, mas consumidores — riqueza.

Me decía no hace mucho un íntimo amigo mio: Hemos de ver fiebre de grandezas desconocidas antes, y en los tiempos futuros, no muy distantes, habrá fortunas colosales como en la América del Norte. No se puede juzgar estos países por el criterio europeo ni tampoco por el actual criterio yankee.

Los viejos dicen á media voz: ¡Se vá muy á prisa! *¡On va trop vite!* repite la prensa francesa.

¿Quién puede contener este desenvolvimiento que no se subordina á la rutina de las viejas sociedades de Europa?

Soy testigo de esta profunda evolucion económica. En 1856 las rentas de las trece provincias bajo la Constitucion Nacional, al-

canzaban apenas á dos millones y medio; hoy la sola renta de la Nacion unificada llega á cerca de setenta millones, y la poblacion casi se ha duplicado. ¿Puede subordinarse este progreso á las teorías económicas? La produccion ha seguido una progresion prodigiosa.

Para los hombres de la *vielle roche*, habituados á otras ideas y á otros tiempos, todo lo que se vé aparece como un cuento de las *Mil y una noche.*

Llegan todos los dias nuevos pobladores, desaparecen como por encanto llevados á todos los estremos de la República por las ferrovías, y de todas partes se oye este grito: ¡brazos! ¡mas brazos!

Se necesitan siete mil trabajadores para las construcciones de las nuevas ferrovías. Dos mil trabajadores solicita Clark para el ferro-carril inter-oceánico, y la voz sigue repitiendo: ¡brazos! ¡más brazos!

Trás los brazos llegan nuevos capitales, se establecen nuevas industrias, hombres de educacion científica y profesional entran en los negocios, y la actividad continúa, las producciones del país afluyen á los puertos, el tren rodante de las ferrovías no basta ya para servir el aumento de produccion; se hacen más activas y numerosas las comunicaciones marítimas, fluviales y terrestres: las mercaderías extranjeras se desembarcan en los puertos al Norte, al Sud, en los rios y los puertos de mar; hasta en el Chubut, en la antigua Patagonia, el ferro-carril conduce del puerto nuevo á la capital de aquella gobernacion las mercaderías que llegan y los productos que se exportan.

Es verdad, los viejos quedan deslumbrados: es preciso separarse de la ruta para no ser arrastrados por este movimiento que se asemeja á un torrente.

Cuando veo estas cosas en la imaginacion,

donde quiera que me encuentre, quítome el sombrero para saludar los tiempos nuevos.

Si cierto fuera que ya estoy, como lo asegura mi editor, en el último tercio de la vida, podré dormirme al ruido transformador del trabajo, y sin pesar dejaré la tierra en que abrí mis ojos. Bendita tierra de tan deslumbrantes perspectivas!...

Las Nubes, 1888.

MI RETRATO

No recuerdo la fecha, y no es necesario que la recuerde, porque no tiene importancia; puedo entretanto asegurar que me encontraba conversando con un amigo, cuando me trajeron una carta.

—Con su permiso, le dije. Abrí el sobre, que tenía letra desconocida para mí. La firma no hace al caso, pero sí el contenido de la carta. Me pedía mi retrato!

Me sonreí, y dije á mi amigo: ¿conoce usted la persona que firma esta carta?

Respondiome que no.

—Yo tampoco, añadí. Y sin embargo me pide mi retrato. Si habrá pensado que soy *Don Braulio el de las puntillas!* Sabido es que el modestísimo *D. Braulio* tiene su retrato hecho nada menos que por Sivori.

¡Mi retrato! me decia á mí mismo ¿Para qué diablos querrá mi retrato!

Supe despues de muchas averiguaciones que el interesado era un coleccionista, que se había propuesto reunir los retratos de todos los periodistas, nacionales y extranjeros, *reporters*, escribidores de libros,—intencionalmente no digo literatos, desde que se ha establecido por alta y competente autoridad, «que la literatura hispano-americana está aún en el período de formacion», y por ende «es todavía un embrion».

Este coleccionista que había leido la introduccion para la *Biblioteca Latino-Americana*, observó que allí se dice: «la creacion de las bellas artes así como la de las bellas letras,

es cuestion de aritmética » y juzgó patriótico reunir en una coleccion de albums, clasificados segun su propio criterio, las fotografías de todos los borroneadores de papel, desde el más modesto *reporter* hasta el más afamado redactor principal, incluyendo además todos aquellos que hubieran publicado un libro desde el almanaque hasta la historia, para saber luego si aritméticamente resolvía la cuestion. Es cuestion de cantidad, luego cuantos más sean, mejor.

El tal pedía con la susodicha mira los retratos que no encontraba en venta en las numerosísimas fotografías de la capital. Esta fué la causa impulsiva para pedirme mi retrato, solo porque vió mi nombre en letra de molde.

Convencido que, siendo cuestion de aritmética, podía sumando cantidades de retratos de escritores y de escritorzuelos, proporcionar la prueba de si hay ó no elementos de literatura argentina. El propósito es inofensivo

y la intencion patriótica. En cuanto al medio es lo que no me atrevo á discutir. Pero yo no tengo mi retrato, y lo que es más, no quiero tenerlo. Si necesita adicionar la suma, que ponga el nombre en una tarjeta en blanco.

Los coleccionistas creen que tienen el derecho de pedir, de solicitar, de importunar con la escusa que el objeto pedido es para completar la coleccion. Y á mí que se me dá! Que tenga ó no completa la suya, con su pan se la coma.

¡Coleccion de retratos! Ya se vé, se ha hecho, y eso oficialmente, la de todos los ladrones profesionales de la capital.

Tal ejemplo ha sido contagioso, puesto que ya se presenta ahora el coleccionista de retratos de todos los aficionados á la letra de molde.

Sostienen los que dicen saberlo, que hay un contagio nervioso ó instintivo en la criminalidad, y me ocurre suponer que ese conta-

gio instintivo va estendiéndose y diversificándose.

Científicamente sostienen los sabios, no yo por cierto, que ese fenómeno psíquico es la resultante de estos términos: sugestion, imitacion, contagio.

Si aplico esta teoría al caso del coleccionista, encuentro: la sugestion en los numerosísimos establecimientos fotográficos en toda la Capital, al estremo que no hay calle ni barrio hasta en estramuros en la que falte uno ó muchos, y en las puertas de los mismos, en perpétua y gratuita exhibicion, todo prójimo cualquiera que sea la edad y el sexo pero que se ha fotografiado allí mismo.

Bueno: aquí está probado el primer término, la sugestion.

Busqué el segundo. La imitacion se demuestra por el hecho de la coleccion fotográfica de los ladrones, formada por la administracion policial, puesto que no es original

sinó simple imitacion lo que ahora pretende el aludido coleccionista.

Creo por lo tanto que se puede resolver el problema, para demostrar que la peticion de la carta á que me referí es la pura y simple imitacion; sugerida por las exhibiciones de retratos en fotografía.

De manera que el tal coleccionista es una víctima del contagio, producido en él por la sugestion y agravado por la imitacion, sin que su voluntad tenga responsabilidad.

En efecto: hay contagio nervioso fotográfico aquí y fuera de aquí, doméstico, es decir, interno, nacional; y lo hay extranjero, que viene de fuera, importado en una palabra.

Ya se tiene la fotografía instantánea, invencion novísima que se lleva sin que la máquina sea ni pesada ni muy entera; y al pasar, rápidamente, basta con tirar un boton, y trás! el paseante queda fotografiado, sin

que se haya obtenido ni siquiera consultado su voluntad.

Tal invencion extranjera es un síntoma característico del contagio nervioso ó imitativo, que no se propaga por microbios, sinó por pitecoídes.

No hay remedio, el contagio está ya en la Capital, pronto se estenderá por todo el territorio de la Republica, porque el Consejo Nacional de Higiene no ha ordenado cuarentenas, ni aún de observacion, ni siquiera se aplica la fumigacion desinfectante.

Por las breves consideraciones que voy ensartando, como si fuesen cuentas, paréceme haber demostrado que existe el referido contagio nervioso. No estará demás, me digo, que de él me ocupe, y refiera lo que me han contado, lo que he visto y lo que he aprendido ó supongo en mi inocente candidez.

Inútil creo decir que en mis mocedades no hubo ni pudo haber tal contagio, porque fal-

tó la sugestion y por ende la imitacion. En aquellos buenos tiempos los pocos retratos que habían eran miniaturas en marfil, carísimas y por lo tanto escasas, tanto que no pudieron servir como sugestion por falta de numerario para realizar la imitacion. No se conoció entónces el fenómeno psíquico á que vengo refiriéndome. Los novios mismos que se permitían el gasto de una miniatura lo hacían de tapadillo.

¿Es grave este contagio? ¿Es grave á la salud ó al buen estado general?

A estas preguntas puede responder el padre de familia que paga las cuentas del fotógrafo, puesto que es de toda la familia. Desde el niño de tetas hasta la hija mayor de treinta otoños: ocho hijos, agréguese la esposa y la cuñada. Diez docenas de retratos á tanto la docena. Mi pobre hombre tuvo que rascarse los bolsillos contra el pelo.

Hágase la estadística para averiguar la

cantidad de retratos que se hacen en la Capital mensualmente, el número de personas empleadas en este comercio, y lo que cuesta al pobre padre de familia víctima del contagio nervioso fotográfico en perjuicio de las cajas de ahorros.

No hay empleado que no se haya hecho retratar. Los hombres públicos hacen los retratos en tamaños y en diferentes posiciones; los militares con uniforme y de civiles, los clérigos, los frailes, el Reverendo Señor Arzobispo, los curas, y en cada oficina desde el jefe superior hasta el portero.

Se vén retratos no solo en las vidrieras sinó hasta en las cajas de fósforos.

Los retratos se hacen por docenas, y los grandes políticos en tamaño tal que pronto será tamaño natural. Los unos de frac y corbata blanca, mientras otros quieren que se fotografíe el sombrero. Así una coleccion completa exije un ejemplar de las diversas

posiciones y de las distintas fotografías. Creo que la popularidad se cotiza segun el número de lugares donde se exhibe el retrato del personaje.

Dar y recibir el retrato ahora no es prueba de amor. Hoy los dan las niñas y lo reciben los caballeros, se cambian, se cambalachan, se compran, se completan y descompletan colecciones y en cada visita se puede observar las mudanzas que se han hecho en el álbum de la señorita, poniendo y quitando de los lugares favoritos á los que están en favor ó son cesantes, segun el caso.

Se hacen los trueques más sarcásticos y se forman consorcios los más grotescos ó picantes.

Recuerdo haber visto en el álbum de una preciosa criolla, inteligente y burlona como no conocí otra, los más intencionados embrollos. Habían colocado el retrato de la novia burlada al lado de su rival triunfante:

el del ex-novio en frente de la que debió ser suegra. Dos caballeros que seguian acalorado pleito por injurias, se hacian *vis á vis*.

Cada vez que se veia el tal álbum comenzaban los comentarios ya sobre las causas del rompimiento del noviazgo, ya sobre las injurias, y sacaban todos los cueritos al sol.

Con estos retratos hacía las danzas más burlescas. Se divertía en poner los del fin al principio y los del principio en el fin, los de arriba abajo y todo era confusion. Venian los interesados y quedaban desorientados, pues sus retratos no estaban donde estuvieron en la visita anterior. Era una diversion. Y hágase usted fotografiar!

Es ya tan grande, general y conocido el contagio nervioso fotográfico, que un amigo mio pretende coleccionar las fotografías de señoras y señoritas más lindas, para mostrarlas en el extranjero como medio de propa-

ganda en favor de la cultura y la elegancia de Buenos Aires.

Así la fotografía ha entrado de tal manera en los usos y costumbres, que á la tercera visita se pide el retrato del visitante, y este, si puede, trueca su fotografía con la del dueño de casa. No siempre basta dar un ejemplar, porque donde hay varias señoritas todas y cada una quiere un retrato para su álbum, y en este caso no es posible la permuta.

No se puede visitar en algunas casas, porque una vez que los dueños de la misma han hecho la razzia vienen los amigos y en la primera ocasion, el pedido del retrato. Así es que se consumen por docenas.

Ahora todo se colecciona, estampillas usadas, monogramas, invitaciones á comer, autógrafos aunque sean de palurdos con tal que tengan empleo de fuste. Se ha agravado todavía más el contagio nervioso, con la manía de coleccionar retratos de hombres públicos, de

las actrices, de los literatos, saltimbanquis, y como colmo, hasta de las bellezas femeninas.

Por ello pienso que esto es una plaga, y si así sigue, con contento de los fotógrafos, los empleados peticionarán al Congreso pidiendo aumento de sueldos por la carestía de la vida en la Capital. No hay que dudarlo, puesto que es preciso retratar el niñito, pobrecito! es tan lindo! y la otra, y en fin, no se puede hacer distinciones entre los hijos. Como si esto no bastara, fotografían los perros y los estancieros los caballos de raza. La marea sube, sube y por eso aumentan los establecimientos fotográficos.

Insisto en la conveniencia de recurrir á la estadística que debió formarse cuando se levantó el censo de la Capital.

Ahora felizmente ya todos conocen ó pueden conocer á los ladrones de profesion, pues están coleccionados sus retratos en un álbum *ad hoc*. Así la fotografía servirá para aprehen-

derlos si reinciden, puesto que cada comisario tiene su álbum, y dado aviso, sigue la circulacion de fotografías. Los ladrones ahora están asegurados.

Antes, allá en los tiempos de mis mocedades, tenían más probabilidades de escaparse, verdad que entónces no ejercian el robo como profesion conocida. ¡Por qué no se pondrán en huelga! Actualmente roban y roban con más frecuencia; pero quedan fotografiados. Adquieren por este medio el título profesional, pero el público podrá defenderse á sí mismo.

Fotografian á los condenados á la penitenciaria, antes y despues de afeitados, rapados, vestidos en el traje de presidarios numerados. Repito, la fotografía es un arma oficial defensiva.

Se fotografian hasta las estrellas!

En el Observatorio Astronómico de Córdoba han sido fotografiadas miles; el cielo, las constelaciones, qué se yó.

Y como si esto no fuera bastante, M. Crooker, de la Sociedad Real de Londres, ha inventado el *radiómetro*. El citado sabio que rarifica la materia, «acertó», dice un escritor humorístico, á condensar un espíritu que se iba de tapadillo á oir sus lecciones, y logró hacerle patente á los ojos de todos los discípulos. Siete fotógrafos que allí estaban con sendas máquinas ó cámaras oscuras, sacaron retratos del espíritu desde diversos puntos de vista.

Así nada ni nadie escapa al poder de la fotografía, el globo terrestre, los animales, las plantas y los paisajes, el firmamento, las estrellas y las constelaciones, y como si esto no fuera bastante, el citado M. Crooker ha hecho posible fotografiar los espíritus—que es cuanto se puede pedir.

El contagio nervioso fotográfico aumenta así todos los dias; á quien hubiera ocurrido antes fotografiar los espíritus! Ahora entretanto que los señores espiritistas evocan los

muertos, conversan con ellos y los ponen en contacto con los vivos, y sobre todo con la bolsa de los vivos, todo se puede esperar! ¡Que se descuiden esos espíritus ó manes evocados en sus visitas parlantes y serán fotografiados! ¡Qué maravilla! Sobre todo qué habilidad de embaucamiento por las malas artes del encantamiento, pues no de otra manera podría esplicarse, por ejemplo, un caso de chifladura en un anciano y distinguido abogado de tierra extraña. Mr. L. B. Marsh.

La S^ra^ Dis de Bar hízole creer que estaba dotada de un ráro don de materializacion espiritista que le permitía traer á este mundo los manes de los hombres ilustres, y aún hacerle pintar cuadros por Rafael ó el Ticiano. La promesa era tentadora. La revolucion artística tan profunda, que el esperimento podría convertirse en un gran comercio de cuadros. Pues así fué: la S^ra^ Dis de Bar

y sus asociados se instalaron en casa del abogado: allí era el sitio de la evocacion espiritista, y allí comenzaron á formar la galería pintada por aquellos manes ilustres. Como en el mundo no hay secreto, súpose despues que la coleccion de cuadros había sido heredada en 1841 por la misma evocadora, y que la mácula estaba en trasladarla de su casa á la del chiflado Mr. Marsh. Si en este caso se hubiera tenido la precaucion de tener las siete fotografías de Marras, aparecen los mozos de cordel conduciendo los cuadros, y comprobada la ciencia positiva de embaucar bobos. Pero lo mejor del cuento es que el abogado ha vendido la casa que habita á la Sra Dis de Bar.

Cuando esta embauca á un abogado, que es como si dijera, cosa de tres bemoles, porque son ellos los que embaucan á los clientes; ¡ qué no hará la jamona con los que no son abogados!

Ahora, gracias al *radiómetro* inventado por Mr. Crooker, la evocacion espiritista ó la materializacion de los manes ya no será cosa que haga cualquier pelafustan, desde que se tiene la precaucion de tener fotógrafos y máquinas, como si se dijera, el ejército que defiende contra los falsos espíritus, porque quedan fotografiados.

Todo es maravilloso en el tiempo presente — hasta la bobería!

No pretendo que no hubiese bobos en mi juventud, los hubo siempre, y si escaseaban podian pedirse á Jujuy donde son y fueron abundantes los pobres cotudos.

En clima tropical y en ciudad de orientales palmeras, donde languidecen las mujeres de amor y los hombres de pereza, vivia una familia... que se componía de tres hermanas; —no necesito ocuparme de los padres—y dicen que eran tan dulces, que acontecía como con el caramelo, que el que lo prueba no lo

deja sinó cuando se le ha concluido. En esta casa la dulzura era un lazo que convertía en esclavos á los mortales.

Supongo que esto será la leyenda.

Pues dicen más. Aquellas encantadoras eran, como lo son todas, grandes coleccionistas de retratos fotográficos. Señoras, señoritas, jóvenes, viejos, militares, civiles, clérigos, qué se yó, de todo había en aquella inmensa coleccion. No estaban todos colocados en albums, sinó en montones sobre las mesas, y á veces hasta sobre las sillas. De manera que para ver aquellos retratos era preciso tener por guia á una de las diosas, y este era el pretesto para los más deliciosos *tête-à-tête* en la misma sala, que es y que fué el mejor medio para galanteos y jolgorios.

Puedo casi asegurar que, segun mis informaciones, cuando un caballero era invitado á ver las colecciones de retratos, había gato

encerrado, amoríos en germen ó necesidad de conferencia secreta, en una palabra, tapadillo!

De tal manera creció el gusto fotográfico en las personas que visitaban la casa, que generalmente se examinaban formando pares ó aparedados, hombre y mujer. Cada una de las dueñas de la casa elejia al aficionado que, segun su criterio, tenía más desarrollado el sentimiento estético, y en mesitas artísticamente colocadas y á distancias prudentemente calculadas, cada pareja comenzaba el exámen ó estudio de la coleccion. La conversacion era á media voz para no distraerse recíprocamente. Entretenido é instructivo debía ser el estudio porque era interminable, y hablando francamente los retratos servian de tapadillo! ¡Hágase usted fotografiar! ¡Dé usted su retrato para que sirva de tapadillo!

La fotografia sirve para facilitar la aprehencion de criminales, y de pretesto para

disimular los amoríos de salones. Esta utilidad demostrada, esta aplicacion á los usos y necesidades de la vida social, esplica la generalizacion y fecundidad del contagio nervioso fotográfico.

El menos listo concibe sin mucha demostracion, la utilidad de encontrar un pretesto para eludir la vigilancia del argos maternal, ó de testigos impertinentes, y es por ello que se generaliza la aficion á las colecciones de retratos.

Claro es que el exámen de la coleccion no puede hacerse entre tres personas á la vez, pierde la gracia, porque hay así una ó uno de más. Se necesita que la misma persona que forma la coleccion, la señorita dueña del album personalmente muestre retrato por retrato, y entre uno y otro vá oyendo los piropos del galanteador, de modo que en las barbas, como quien dice, de los retratos, se oyen y se dicen las más sabrosas pláticas de

amor. Felizmente los retratos no pueden ver ni oír, si lo pudieran, ¡qué carreras! ¡qué brincos!

Testigos mudos, no incomodan: delante de esos retratos se dicen y hacen cosas ¡por San Crispin! que no son para escritas.

Y cuando se vuelve á examinar la coleccion vuelve el recuerdo.

No me olvido, dice él á ella, cuando vímos este retrato por primera vez... Ella se pone colorada, y quita muy lijero el retrato.

Despues ella dice á él: ¿se acuerda usted? Cuando vimos este retrato me hizo usted un juramento.

Ahora es él quien empalidece; porque se ha comprometido con otra.

Los tales retratos son una necesidad en los tiempos presentes, podría tal vez decirse que es un rasgo gráfico de la cultura social, de la suavidad, del *complot*, y por ello creo que ya no pelarán tanto la pava en Sevilla,

si allí tienen el recurso de la coleccion de retratos. Hay en esto menos peligro, pues en el salon no se espone cualquier hijo de vecino á atrapar una pulmonía. Las mismas mamás deben fomentar este gusto artístico, esta pintura moderna, porque así tienen más al alcance del ojo maternal á los lindos retoños, vástagos de su distinguida prosapia, que, aún cuando á veces le hagan pasar gato por liebre y el exámen de la coleccion sea un tapadillo amoroso, á lo menos eso está allí á la vista, y si la mamita no oye, vé. Y en esto está dicho todo, mientras no se importan los hábitos de los yankees para que las señoritas reciban solas, y la mamita en otra sala, mientras el tatita vaya al club... ó... ¡chit!

Son utilísimas estas colecciones de retratos, divierten á las señoritas cuando están solas, les sirven para conversar solas con su bien amado. Con el pretesto de examinarlas,

arreglarlas, ordenarlas, tienen oportunidad para escribir á lápiz el oculto billetito de amor, para que la sirvienta lo conduzca, pues para tal objeto goza de sobre sueldo del galan.

—Niña, ¿qué haces tanto tiempo en la sala? dice la mamá.

—Estoy arreglando mi coleccion fotográfica que desarregló anoche Pepito, responde la hija.

Ambas quedan tranquilas, satisfecha la vigilancia maternal, pues el lápiz ni mancha los dedos como la tinta, ni es fácil sorprender cuando traza unas patas de mosca sobre el perfumado billetito. ¡Cómo no ha de querer ella su coleccion! Sin ese pretesto no podría escribir ni una línea. La madre á su tiempo vá diciendo: ¡qué inocente! ¡pasar horas arreglando retratos!

Mas aún. Me contó un amigo, hombre de mundo, observador profundo y espiritista

listo y perspicaz que, en país y año que no creo conveniente repetir, había tres coleccionistas de retratos. Eran hermanas: la mayor tenía fuego en sus grandes ojos negros y su tez era morena, pero era pérfida; podría ser un áspid, cuyo veneno mata. La segunda, dulcísima y lánguida, tenía unos ojos tan lindos, miraba tan melancólicamente que recordaba una leyenda triste: parecía el ángel de la tarde antes de desaparecer envuelto por la bruma y las sombras de la noche. La menor era fresca y de azules ojos, tan bellos como el cielo de aquel país; había tanta tranquila placidez en su semblante ingénuo y bueno, que era irresistible no rogar para que fuese feliz.

Coleccionaban retratos fotográficos como iba diciendo.

¿Quién se hubiera negado á su pedido? Por mirar á la de lánguidos ojos, se la hubiera dado cientos.

Para ser grato á la de azules ojos, daría no digo su fotografía, sinó la de todos sus paisanos.

Y á fin de defenderse contra el áspid, se buscarían los retratos de mayor tamaño, para no tener ocasion de su contacto.

Aquellas tres hermanas, tan diferentes físicamente, lo eran más y más profundamente en sus cualidades morales, la una era la perfidia, la otra el amor y la última la bondad. Tenían entre tanto un gusto que les era comun.

Tenían la pasion de manejar las tijeras y recortar las fotografías. Decapitaban el retrato de Perico, que era gordo, y lo pegaban en el cuerpo de Joaquin, que era descarnado como un esqueleto. Los retratos de las ancianas aparecían con las cabezas de las más lindas y estas con las cabezas de aquellas. El objeto de estos cambalaches era buscar el ridículo para divertir la *bêtise humaine*.

¡Cosa estraña! Aquellas criaturas de blancas manos y afiladas y lucientes uñas, elegantes, espirituales y coquetas asesinaban... ¡los retratos! Con pasion de artistas, decapitaban, degollaban cuidadosamente, y sin piedad ni remordimientos quitaban y ponían cabezas... á los retratos. Eso producía las más estupendas caricaturas.

Esta era la coleccion reservada como lo es todo crímen. Ocultaban á la generalidad que eran corta cabezas, y solo en intimidad, cuando estaban aseguradas de la discrecion mostraban los retratos; no admitían protestas de los gordos que veían sus cabezas en cuerpos flacos, ni menos las trasmigraciones de las lindas en los cuerpos de las viejas y feas. El album aquel era el cuerpo del delito.

La que estudiaba el efecto de los contrastes, vengando todos los alfilerazos de su amor propio en su contínua coquetería, era la mayor de las hermanas.

Había comprado una coleccion de pinturas de animales, que son hechas precisamente para ser recortadas por manos espertas.

Ella misma hacía los recortes y les pegaba en seguida las cabezas que ya tenia cortadas de los retratos de la coleccion. Sus galanes infieles, sus rivales, quedaban así con cuerpos de los animales elejidos, y como ella tenía chispa, buscaba analogías entre el animal racional y el irracional, y resultaban las caricaturas más ridículas y graciosas. Era caricaturista á la tijera. Invencion moderna, puesto que el tiempo es oro, y en el menor posible quedaba armada la caricatura.

¡ Qué monstruosidades contenía aquel album !

Cuando mi amigo tuvo en sus manos aquella prueba del delito, y vió las decapitaciones y degüellos de los retratos, tuvo un presentimiento doloroso, porque él es supersticioso. Suplicó entonces á la de lánguidos ojos

que no cortase la cabeza á las fotografías que él le había dado, porque ese sería el síntoma de la terminacion de sus amores.

—Si usted degüella mi retrato, decia, mata nuestro amor. Por piedad, prométame usted no cortar esas cabezas nunca! ¡nunca! haga pedazos las fotografías, pero no las decapite. Ella así lo prometió.

Pasaron los dias, las semanas, los meses, y los años. Extraños sucesos los separan. El fué á país extranjero y lejano; ella quedó viviendo en las orillas de aquel mar fosforescente, bajo aquel cielo bellísimo y en esa atmósfera que abraza.

En las largas horas de silencio, cuando el mar está en calma y aparecen inmóviles hasta las hojas de los árboles, ella miraba entristecida los esplendores de aquella naturaleza; el alma parece quemarse entónces en la llama del amor y el dolor de la ausencia. ¡El cuerpo! Santo Dios! languidece: la materia

no resiste á la llama interior que la devora. Ella se fué entristeciendo más y más, empobreció su sangre: la anemia, la terrible, la angustiosa anemia, comenzó su mision de destruccion y de muerte. Cuando más débil era más parecia amar, más amó!

Un dia escribió al ausente diciéndole que ella llevaba en su relicario de oro, colgado al cuello, dos hebras de cabello, como cinta bicolor, blanco y negro; que quería colocar allí mismo la cabeza de uno de sus retratos.

Le suplicaba le concediese permiso para hacerlo, para ejecutar el degüello fotográfico.

Después volvió á escribirle. No pude resistirme dijo, y llevo dentro de dos tapas de oro, la cabeza de tu retrato. Se había cumplido el sacrificio.

Esa fué su última carta. No supo nada de ella, y pasaron los años dejando acumuladas tristezas en el corazon del que había amado con amor profundo.

Un dia la casualidad llevó á casa de mi amigo á un viajero llegado del país de los naranjales y las palmeras. En el album de mi amigo estaban religiosamente conservados varios retratos de la de lánguidos ojos. El viajero la había conocido en Europa, y al ver aquel retrato refirió que aún llevaba su vida entristecida por la anemia que la iba devorando, y rogó que la escribiera, que suponía que ella recibiría con cariño el recuerdo y la prueba de la amistad que en ella era probable había sostituido al amor pasado.

Fué esta la primera noticia de la nueva residencia de aquella mujer, tan sinceramente amada. El se atrevió á escribirla respetuosísima carta, no habló de amor, sinó hacía votos ardientes por la felicidad de aquella que él no puede ni quiere olvidar.

El correo le trajo la respuesta. ¿Saben ustedes que? La carta devuelta! Ni un reproche, ni una explicacion. ¡Nada!

Ella que había decapitado el retrato, no quiso conservar la carta del que para ella es un fantasma. Puso entrambos la cabeza cortada del retrato!

Y sin embargo, él la ama todavia. Fueron sus últimos amores y guarda fielmente su recuerdo.

La fotografía fué en este caso la lápida mortuoria puesta sobre el corazon muerto á la esperanza. La supersticion se hizo realidad: cortada la cabeza del retrato, ella misma mató su amor por él.

No se verán más en este mundo. Mi amigo se pregunta ¿cuál es la causa de este estraño procedimiento? Conservar todas las numerosísimas cartas que ella la escribiera, hasta aquella en que le dijo: que había cortado la cabeza del retrato, que llevaba encerrado entre dos tapas de oro. Sarcófago de amor!

No sabe sinó lo dicho, y nada más: aque-

lla cabeza es el abismo entre los que tanto se amaron!

Despues de esta historia, repito:—no quiero dar mi retrato!

Agosto, 1888.

EL TEATRO DE COLON

(IMPRESIONES DE UNA VIAJERA)

...Fué en febrero del año que aún no ha terminado y en la famosísima galería de Apolo en el legendario Louvre, donde le encontré á usted, despues que me fuera presentado por un amigo comun. Lo recuerdo perfectamente; admiraba yo los preciosos esmaltes antiguos de la coleccion Sauvageot, cuando se aproximó usted para saludarme cortesmente. No sé cómo ni por qué, la conversacion se hizo sentimental y literaria, y á

su pedido yo prometí colaborar en *La Nueva Revista*, y referir las observaciones que me ocurrieran en mis correrías por la Europa, en tanto que este compromiso fuese conciliable con mis obligaciones preferentes para con la *North American Review*.

¡Cuán léjos estaba en pensar en los incomprensibles caprichos del destino! No podía preveer en ese tiempo que me vería forzada á visitar este país, tan distante del mio, á pesar de ser americana!

Las mujeres tenemos á veces inauditas condescendencias; nos atrae lo desconocido y embriagadas por la palabra que fascina, nos sorprende el fatal cuarto de hora y prometemos inconscientes! Disculpa fuera tal vez nuestra naturaleza impresionable y excéntrica, y en este caso, la inocencia misma de la promesa.

Pero, sin calcular la responsabilidad que contraía escribiendo en un idioma extranjero,

tuve la vanidad de ofrecérselo, y usted la crueldad de exigirme despues el cumplimiento... *Noblesse oblige:* los lectores de la *Nueva Revista* juzgarán de mi sacrificio y de mi audacia, ya que esta calidad distingue por otra parte, la educacion viril que recibimos y las costumbres de nuestra República libre.

Reclamo á mi vez la condicion que le impuse: corrija, cambie y borre en mis correspondencias, y quedando así cada mochuelo en su cueva y cada pájaro en su rama, doy comienzo á mis tareas.

No soy fatalista ni sectaria de la doctrina de Budha, pero creo en el destino y no combato la suerte: me someto resignada.

Causas que á nadie interesan y asuntos de familia, me obligan á dirijirme al Pacífico, y mientras llega Mr. Allison, héteme aquí. Más tarde recorreré los otros paises de *South América.* No sé la duracion de mi

viage, ni cuál sea mi futura residencia; pero... *go a head!*

No pensaba entónces en visitar á Buenos Aires, pero permítame decirle que para que sean realmente buenos sus aires seria preciso que las calles fuesen más limpias y hubiese en ellas menos lodo. Este lodazal no es purificador del aire, y el que aquí respiran sus moradores no es por cierto el que pomposamente anuncia el nombre.

Muy interesante sería para mí conocer y juzgar la sociedad argentina, como lo desearía Mr. Thorndike Rice; ya que esto no es posible, déjeme contarle ahora en poridad las impresiones que me produjo el *Teatro de Colon*, y cumplir con mi editor de *Lafayette Place* en la manera que pueda.

He observado á las lindas damas que concurren al *teatro de Colon* como si se visitase una galería de pinturas, y si no tuve la precaucion de Missis M. Kelly de tomar notas

escritas, como ella lo hacía en la Exposicion del *Cercle des femmes artistes* en Paris, yo cuento con la excelencia de mi memoria, en al que guardo el recuerdo de los hermosos ojos de sus compatriotas, que hubieran inspirado, á no dudarlo, á algunos de los que manejan el pincel ó el buril.

Si yo fuera artista habría ejecutado sus retratos en miniatura, y esas lindas cabezas harian enloquecer á más de uno de nuestros antiguos conocidos de la calle de Courcelles, ó de los graves discutidores de la calle de Vivienne, cuando el distinguido y simpático conde de Beust presidía aquellas prosáicas y lánguidas disputas, sobre cuál sería el mejor sitio para la reunion del Congreso de la *Asociacion literaria internacional;* los unos sostenían que la ciudad de Madrid, los otros la de Roma, triunfando al fin los sostenedores de esta. Diéronme permiso para asistir á aquel centro literario, á pesar de mi

traje y de mis gustos, y yo tuve el buen sentido de guardar silencio. Pero ahora es cosa diferente; he entrado al teatro en ejercicio de un derecho propio y en virtud de haber comprado ese derecho, puedo y quiero entónces decir lo que he visto, cómo lo he visto y cuáles son las impresiones que conservo.

La sala de Colon no está terminada, amigo mio: es un edificio en embrion, al cual le falta la decoracion que exige el buen gusto, la riqueza y el *confort* de una sociedad elegante. No es posible que un arquitecto competente, como sin duda lo fué el que levantó el plano y dirigió la construccion, hubiera proyectado como decoracion permanente y difinitiva, los pobrísimos balaustres de pino, pintados de blanco, que forman la barandilla actual de los palcos. Esos balaustres de mal gusto forman verdadero contraste con las grandes proporciones de esta sala de espectáculos, y

solo pueden armonizarse con las columnillas de fierro, tambien pintadas de blanco, que aparecen sosteniendo los diversos órdenes de palcos.

Yo estoy convencida que ni una ni otra cosa está de acuerdo con la planta primitiva de un teatro de grandes proporciones: ni podría explicarse equitativamente que la sociedad constructora, por un espíritu de economia menguada y sórdida avaricia, suprimiera mezquinamente los detalles decorativos de la gran sala.

Ese móvil de excesivo lucro debió estar, por otra parte, vigilado y contrarestado por la intervencion de la administracion pública, que es siempre necesaria, y mucho más en el caso presente, puesto que el terreno es municipal. No es posible suponer por todo ello que fuesen aprobados los planos sin prévios estudios científicos, y sin tener á la vista cópia de la planta de análogas construcciones, sobre

todo las más en voga á la sazon en otros países.

En debido homenage al buen gusto estético de todos, yo me imagino que la actual sala del *teatro de Colon* es solo el esqueleto de lo que deberá ser, una vez que sea decorada como lo exige el destino para el cual fué construida y la sociedad elegante y rica á la que está destinada. Tal ha debido ser lo acontecido, segun mi leal entender, y pienso que si no se han ejecutado todavía las obras definitivas de la decoracion interior, debe explicarse por muchas causas complejas, y ahora por el pleito que sostiene el municipio y los empresarios, por estar vencido el plazo de la concesion.

Curiosa como extranjera é indagadora como mujer, he querido inducir la verdad, y paréceme bien comprobado que se tuvieron presentes los planos de los mejores teatros líricos de Italia, como el de la *Scala* de Milan y el de *San Carlos* de Nápoles, entre otros varios.

Lo digo en justísima vindicacion del arquitecto que levantó los planos, los cuales, segun la tradicion, fueron despedazados por la comision de profanos que eran accionistas ó empresarios, para quienes lo bello era demasiado caro, y buscaron en lo barato el medio de asegurar mayores utilidades. ¿Es esto la leyenda ó es la historia? Averígüelo usted si quiere, y deje correr mi vagabunda pluma si desea que mantenga y cumpla mi compromiso. Recuerde que la que dá lo que puede, no debe ser obligada á más.

Mi opinion es, en definitiva, que sean los empresarios ó accionistas, sea la Municipalidad, sea el que fuere, deben apresurarse á terminar la decoracion de esta sala, cuyo aspecto desmantelado es frío y poco artístico.

Por otra parte, los palcos están empapelados de color rojo, lo que hace más notable el contraste con las pequeñas puertas blancas de cada uno, y ambos colores producen un

efecto abigarrado y chavacano. Carencia absoluta de ornamentacion artística! Más aún: sobre este fondo rojo—en las noches de gala y siempre que hay funcion—se ven colgados los sombreros y gabanes de los caballeros, los abrigos y tapados de las señoras, y esta confusion de objetos multicolores presenta el aspecto de una tienda de ropa usada, mientras brillan por la elegancia, el lujo y la belleza, las señoras que ocupan los asientos. ¡Qué estupendo contraste!

¡Cuán irresistible es empero el poder de la costumbre! Aquí no se dan cuenta de esta antítesis detestable, de la falta de armonía entre los lindos vestidos de las damas, y el fondo ya descolorido, súcio, abigarrado y feo. Yo protesto contra este atentado al buen gusto y contra la transgresion de las más triviales y rudimentarias nociones de la estética.

Jamás ví cosa igual. En París los teatros son en general feos, oscuros y poco lucidos;

la concurrencia vá solo por amor al arte y no por lucir y verse, pero siempre hay armonía entre el traje de las damas y la decoracion del edificio. Las *toilettes* para los palcos de balcon en la *Gran Opera* serian ridículas en el *Palais Royal*: allí cada teatro tiene su público y sus exigencias.

¿Recuerda usted el tetro de *Apolo* en la carrera de San Gerónimo en Madrid? Paréceme que si imitasen aquí los cortinados rojos que allí existen en el fondo de los palcos, ocultarían las puertas y las perchas en las que se cuelgan los abrigos; me parece, repito, que ese fondo uniforme haría resaltar ventajosamente el busto de las señoras, como acontece en aquel teatro español. Esta reforma es sencilla.

La sala de la Opera de la calle Corrientes es mucho más artística, mejor decorada, más confortable; lo cual prueba que no es por ignorancia sinó por condescendencia bondadosa en el público, que la empresa de Colon no

se ha apresurado á decorar como es debido el primero de los grandes teatros de esta Capital.

Esta sala es además poco confortable. Las cortinas acolchadas de la entrada para los palcos son muy feas y puestas como si fueran las de un circo en las contrucciones improvisadas de las férias en Europa. No quiero hacer comparaciones con los grandes teatros de los Estados Unidos, porque aquí son pocos los que los conocen.

Cuando llueve acontece lo más detestable : las señoras con sus vestidos de lujo bajan sobra las aceras enlodadas y mojándose, espuestas á contraer graves dolencias. Y sin embargo, sería muy sencillo construir marquesas con techo de cristal en la entrada principal y lateral, de modo que los coches parasen debajo de ellas y pudiesen descender las señoras y caballeros sin mojarse.

¡Y qué decir de los asientos! Las butacas

son malas, estrechas, feas y súcias. Las tertulias de balcon y las altas tienen los mismos defectos, y cosa singular, nadie se queja!

¿Cuál es mi juicio respecto de la concurrencia? Dificil es la respuesta.

Pudiera creerse interesado mi juicio de mujer, y habrá quizá quien lo tache de falta de la imparcialidad que impide apreciar en justicia las cualidades, las excelencias ó los defectos de mi sexo. Yo tengo empero la conciencia de estar sobre toda rivalidad posible, puesto que soy extranjera y transeunte, no hago competencia á nadie, ni puede herirme la comparacion con las otras; paso por esta capital rápidamente y no tengo ni la coquetería de hacerme conocer. Por otra parte, he contraido el hábito de estudiar imparcialmente la escultura y la pintura en las grandes galerías europeas; contemplo á las bellas como creaciones de Dios, como admiro tambien la estatuaria, creacion del hombre, y me

entusiasmo por ambas. Yo he visto, pues, á las damas en Colon como quien visita una galeria de cuadros.

Evidentemente que no todas podrían pretender perpetuarse como la que fué modelo para el admirable mármol de Carrara en la galería Borghese; porque ni todas tienen perfecciones esculturales, ni culto por el realismo impúdico.

Hay empero en este país, segun mi criterio de muger, donaire y gracia en las damas, como rasgo general y característico: la belleza es variada por la mezcla de todas las razas; las hay hermosas de ojos azules y morenas de ojos de fuego.

Las he visto hermosísimas, muy graciosas, simpáticas, bonitas y vivaces, pero ¡ay! he observado tambien que las matronas tienen predisposicion enfermiza á la obesidad, tanto que ni el mismo Rubens, que amó con exceso la exuberancia en las formas, se hubiera

atrevido á tomarlas como modelo para sus cuadros.

Dicen que las mujeres lloramos al notar las primeras arrugas en la tez ¡cómo no llorarán ellas al contemplar las prosáicas ondulaciones producidas por la obesidad!

Yo he visto, pues, á las señoras que ocupan los palcos en el *teatro de Colon* como si recorriese una galería de cuadros. Haré mis juicios como apasionada por lo bello, ó mejor dicho, como mujer que ama la estética y lo más admirable en la creacion, segun mi opinion: la belleza femenina.

Ante todo: ya que tengo en mi mano este instrumento de acero de dos puntas sin ser las tigeras de nuestro arsenal de coquetería, dígame usted en indiscreta confianza, ¿por qué no llevan guantes muchos de los caballeros que se encuentran en este teatro? Yo no he podido explicarme esa omision, tratándose de tantas manos dignas de ser

púdicamente encubiertas y honestamente calzadas por guantes nuevos!

¿Es por economía ó es por moda? Mezquina seria la primera en caballeros habituados á la vida elegante, generosos y aún pródigos.

Si los hombres supieran, amigo mio, el misterioso atractivo que ejerce en nosotras una mano encerrada en guantes limpios, bien cortados, que permiten suponer la blancura de la piel y la limpieza cuidadosa y esquisita de las uñas: si calculasen la fascinacion seductora de ese esmero que revela deseo de agradar, culto por las formas, y por qué no decirlo, pretensiosa ansiedad para sentir alguna vez el contacto suave de una piel fina y blanca, cuando llega á encontrarse con nuestras manos sin guantes!... Si los hombres pudieran apreciar la impresion que produce el contacto de la mano!... si tuvieran la intuicion que nosotras somos como la

sensitiva, nos contraemos temblorosas y conmovidas por el mero contacto de una mano varonil y suave; por nuestras fibras corre entónces como un fluido magnético, cuyo efecto es visible sobre nuestra epidermis contraida y erizada por pudoroso anhelo... Si adivinasen la intensidad de esa emocion ¡oh! amigo mio, estoy convencida que los hombres del mundo elegante llevarian sus guantes calzados!

¡Qué decir á usted de las manos feas! Es para mi tan profunda la impresion que siento á la vista de esas manos de dedos cortos y nudosos, cubiertas de vello como la gramínea en fértil campo, que nunca querría verlas sin guantes.

El guante oculta esos defectos, los disimula cuando menos, y es un tributo que se paga á nuestra coquetería femenina. Yo le declaro á usted con lealtad que esas manos callosas y con vello me hacen el mismo efecto

que las arañas de largas patas: las huyo!

Es esplicable que el príncipe de Gales ostente sus blancas y aristocráticas manos sin cubrirlas con el guante; pero esas son manos escepcionales por su belleza, las mujeres las miramos con deleite! Pero ¿cómo pueden suponer los que tienen feas manos, de piel endurecida y vellosa, que gustemos de mirar la prosa frente á frente? Nosotras que vivimos en el mundo elegante, en medio de los refinamientos de la moda, entre encajes y joyas, perfumes y flores, amamos por instinto lo delicado y exquisito: ello es bien natural.

Yo admiro la linda mano en la mujer; y sin embozo lo confieso, no amaría jamás á un hombre de mano ordinaria ó descuidada.

Muchas veces en los hoteles, en esas mesas cosmopolitas de todas las nacionalidades, miraba la mano é inducía cuál sería la forma y el tamaño en los alemanes que las tienen

deformes; pero me complacía en mirar las de los hombres de raza latina, pues generalmente las tienen pequeñas. Con frecuencia he admirado la blancura de las manos de los ingleses, y no pocas la de nuestros elegantes de Nueva York, pero me desagrada la mano de los hombres morenos.

Yo hablo de las manos de los que no se ocupan del trabajo material, porque estos últimos no frecuentan el mundo elegante, ni constituyen el que asiste á los palcos y platea en el *teatro de Colon*. Tengo respeto profundo por la encallecida mano del industrial ó del labrador; pero ni ellos pretenden atraer nuestros corazones, ni nosotras les coqueteamos, hablando con franqueza. Hay siempre el mundo que trabaja materialmente y el mundo que predomina por la idea ó por la riqueza: ambos se complementan, pero no se funden ni confunden en una sola unidad.

Estoy ya cansada de este largo monólogo. Me es indispensable ahora algunas indagaciones directas. ¿Quiénes son las señoras que ocupan los palcos? ¿qué nombre llevan?

Rápidas fueron mis preguntas, y aunque fuesen indiscretas algunas respuestas, yo no nombraré á ninguna y me limitaré á trazar lijerísimos esbozos, de aquellas que más me atrajeron por su aspecto: serán siluetas apenas perceptibles que puedan tal vez ser adivinadas, pero nada más.

Me acercaré á ellas con recogimiento y desconfianza, apenas rozaré sus elegantes trajes sin tocar ni las flores de sus adornos, y mucho menos su delicada epidermis.

Escúcheme con paciencia, son mis impresiones íntimas.

Ví en uno de los palcos, cuyo sitio no quiero señalar, tres damas. La una vestía con la exquisita elegancia de una parisiense. Importa poco el color del traje que llevaba,

ni el detalle de la *toilette*, pero tenía el *cachet* del buen gusto. Su cabello negro daba á su mirada penetrante una fascinacion irresistible: aquellos ojos húmedos brillaban más que los dos brillantes de sus aros...

Estrechos vínculos de familia debian unirla con la otra, me decía á mi misma, por la similitud en los rasgos fisionómicos. ¡Qué ojos negros! qué mano tan pequeña!... El color de la tez era esencialmente americano, no se la hubiera confundido con una belleza del norte de la Europa.

Parecía absorbida por la música y atraida por el canto, la otra señora, de la cual solo pude percibir un rayo de su mirada profunda.

Bajé meditabunda mis anteojos, quería reposarme.

Los alcé nuevamente y me detuve para mirar el busto de una jóven que atrajo mi

atencion por la suavidad de las curvas, que caracterizan la belleza ideal de la estatuaria antigua. ¡Qué esbelto talle! qué blancura y qué donaire! qué simpático perfil! qué juventud y qué frescura! Miréla largo rato hasta que volvió el rostro hácia los espectadores. La pude contemplar de frente. Hermosos, grandes y límpidos son sus ojos.

Parecía sonreir con altivo desden, y tenía en su actitud un no se qué que armoniza con su nombre imperial.

A su lado, en el centro mismo del palco, blanca y rúbia, fresca como flor en la mañana, sentada como un ángel en el dintel de la dorada pubertad, distinguí una niña; era ciertamente una niña, en la esplendente frescura de la primera edad... Cuando pude percibir su mirada, me parecía reflejar la plácida tranquilidad de un lago sin ondas, cuya superficie aún no han agitado las cálidas brisas que enferman el corazon. ¡Qué

vientos favorables conduzcan su bajel á la deseada orilla! Tal fué mi voto al contemplarla.

Hermosa con la hermosura que ha perpetuado en el lienzo Cárlos Dolce, vestida de blanco, de fisonomía tranquila, sentada con distraido abandono, estaba una jóven en la plenitud de la vida. — ¿Quién es ella? pregunté. Es... inútil fuera nombrarla. La conocen sus admiradores... y mirando á su hermana, la de los ojos dormidos, dirigí mis anteojos hácia otro lado.

¡Cuánta melancolía revelaba otra jóven en palco no distante. Hubiérase dicho que miraba el proscenio con el deseo de olvidar tristes recuerdos! Simpática figura!

Sentada en el centro, con belleza casi infantil, se hallaba una niña de lindos y grandes ojos. Es la menor de las tres me dijeron.

Marcado era el contraste con la alegría comunicativa que caracteriza la fisonomía

de tres simpáticas jóvenes en el cercano palco. Qué difícil me fuera trazar sus perfiles. La una tiene chispeantes ojos, mirada franca y penetrante: picarezca es la otra, de tez morena: sus ojos son saetas. La tercera lucha en atractivos con sus hermanas...

Esbelta, simpática y tranquila, ví en otro costado del teatro, una jóven hácia la cual me sentí atraida. Parecíame que la sangre sajona de mis venas se agitaba ante aquella mirada: ¿habría entre ambas algo de comun?... Aquí, como en mi país, las nacionalidades se mezclan. La distincion inglesa aparecía vivificada por el fuego español.

Mas allá estaba la de hermosos ojos; reminiscencias bíblicas me trae su nombre; á su tez sonrosada le dá relieve el negro cabello y la blanca dentadura.

Yo necesitaba descansar, bajé mis anteojos.

¿Quién es aquella hermosa niña, cuya cabeza fuera modelo digno á Van Dyck? ¡cuán-

ta vivacidad en su mirada! Apenas vuelve de sus viages y ya los libros ocupan nuevamente sus ócios, así me lo decía la que me daba informaciones.

Volví á ver dos jóvenes morenas, que antes conociera incidentalmente y de léjos en Europa, las que conservan el *cachet* parisiense en el coqueto arreglo de su cabello negro.

Hácia el frente del proscenio y en palco bajo tambien, se distinguía el busto hermoso y los grandes ojos de una jóven, tipo genuinamente americano, que otras veces he visto vestida de blanco con adornos negros. A pesar de su contacto entre guerreros, conserva al parecer una dulce afabilidad.

¡Por todas partes simpáticos semblantes! Morenas ó blancas, pálidas ó sonrosadas, el conjunto era seductor.

Confieso que la belleza me atrae asi como me embriaga el perfume excesivo de las flores; aquella galería me había fascinado, yo

necesitaba aire para refrescar mi imaginacion exaltada.

Pero antes de partir, levanto mis anteojos otra vez y los dirijo allá, en el otro costado, atraida quizá por dos ojos negros, lánguidos y profundamente simpáticos y seductores. ¡Qué linda cabeza! Murillo la habría envidiado para modelo de sus vírgenes! Me dijeron que las brisas del mar habían mecido su cuna y que en sus venas corría sangre española.

Gallarda dama ocupaba el mismo palco. Lazos fraternales parecían unirlas, tanta es su semejanza. La tercera, simpática é interesante, estaba absorbida quizá por los recuerdos de su país: qué esbelto talle y qué blanquísimo seno! cómo contrasta con el celeste de su traje!

¿Quién es aquella que se vé sentada allá en ese palco bajo, medio oculta por la pantalla verde? Que ojos! no vi jamás otros más decidores y simpáticos! —¿Quién es? pregunté

con interés. — Es una extranjera, me dijeron, ha nacido en el pais de los ojos hermosos, ella es una prueba.

— En ese mismo palco, dije á mi interlocutora, vi en otra noche una niña rubia, de ojos azules, esbelta, de talle flexible como el mimbre ¿quién era ella? — Sangre germánica corre por sus venas, me dijo sonriendo.

Yo estaba inquieta: esta galería de bellas señoras y de lindas niñas me parecía fantástica y fascinadora: no podía mirar á todas en detalle: abracé el conjunto, diciéndome á mí misma, es un país de lindas mujeres!

Me levanté pues. Antes de partir quise conocer la region vedada del sexo feo: quise subir al cielo de las huríes y subí las escaleras. ¡Oh! qué multitud! las había sentadas hasta en las mismas gradas, en bancos y en sillas, mientras dobles hileras se agrupaban hácia la sala del espectáculo. Esto era un mundo bullicioso y alegre, pero mundo incomple-

to... en el que no hay hombres. Estaba en la cazuela!

¡Qué lindas niñas! qué comunicativas y risueñas! qué algazara y qué ruido! No hicieron caso de la extranjera que podía oir y en efecto oí, misteriosas y picarezcas revelaciones...

Mi escursion estaba terminada...

. . . . . .

LUCY DOWLING.

Julio, 1882

LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

(APUNTES DE UNA VIAJERA)

Pronto llegará el *Britannia* de la *Pacific Steam Company,* y dejaré á esta pintoresca Montevideo, con su rada cuajada de buques, su hermosa bahía, su cerro y sus alrededores alegres. Mi tiempo es, pues, muy escaso, y aún cuando ahí he guardado un cuidadoso incógnito sin presentar las cartas de recomendacion que tengo para el general Osborne, Mr. Mulhall y otras personas, sin embargo mi actividad incansable solo me ha permi-

tido reunir muchas notas de viaje, apuntes que necesitan una cuidadosa revision y que no es posible publicar por falta de unidad y de plan.

Supongo que en la larga travesía hasta Valparaiso podré arreglar esas noticias, si el tiempo es bonancible, y en tal caso la NUEVA REVISTA tendrá las primicias, pues he resuelto publicar en New-York un libro sobre *South America*, que espero sea más verídico que las cartas de Mr. Gallenga al *Times*.

Mientras tanto, ya que usted se empeña en que le envie algunos fragmentos de mi diario de viaje relativos á esa ciudad, y deseosa además de corresponder á la bondadosa manera con que ha sido acogido mi articulillo: el *teatro de Colon*, le remito esos borrones, que solo tengo tiempo de copiar [1].

[1] Mr. Allinson acaba de llegar, y ahora recorremos juntos esta ciudad y sus alrededores: usted conoce su

La ciudad de Buenos Aires ofrece un aspecto singular: sus calles son angostas y sus edificios generalmente de un piso, aunque los hay hermosos de varios altos; tiene toda la apariencia de una ciudad española, con sus casas de teja en ciertos sitios, sus paredes blanqueadas y las feas rejas, que parecen hechas para que fuese fácil á las viejas dueñas la custodia de las lindas doncellas que pudiesen ser asediadas por los astutos galanes.

No es la reja precaucion séria: la precaucion está en la libertad americana y en la educacion de la mujer.

actividad, su infatigable curiosidad y su indomable constancia en el trabajo. A pesar de sus años es mi más activo colaborador y ha reunido ya una importante coleccion de libros argentinos y orientales, que enviará á Boston á la *Public Library*. Este es un tributo que él quiere pagar á la ciudad de su nacimiento. Yo tengo especial interés en cooperar á su realizacion. Le agradezco los libros que me ha enviado, los que utilizaré oportunamente dándolos á conocer en los Estados Unidos.

(Nota de la autora.)

Las aceras son tan angostas y malas que no comprendo cómo las damas calzan el botin de taco alto. Me ha sorprendido extraordinariamente el original sistema de que sean los propietarios urbanos los que tengan la obligacion de costear con su dinero el empedrado de las veredas, que constituyen una parte de la via pública y son por ello de uso y beneficio comun. ¿En virtud de qué derecho se ha establecido esa monstruosidad? En América no podría concebirse semejante absurdo: nadie paga con lo suyo lo que es para todos. Más me ha sorprendido que los obliguen á costear parte del importe del adoquinado, pero ¿para qué destinan entónces los impuestos municipales? El uso de la vía pública debe ser conservado por aquellos que lo utilizan, y eso explica el impuesto sobre rodados; pero obligar al propietario urbano exclusivamente á conservar las aceras y el adoquinado, es una teoría verdadera-

mente de *South America*: ni la equidad, ni la justicia la admiten. Es un abuso.

Los que conocen las instituciones americanas, la importancia que en nuestra República tiene el municipio, que es la raiz del gobierno de lo propio, pueden comprender la sorpresa que yo he tenido al conocer en esa capital las calles, los mercados y los paseos. Verdad que mis viajes en la América central pudieron darme la norma de las ciudades hispano-americanas, pero á pesar de ello no puedo concebir cómo se desdeña la más importante de las instituciones de todo país libre. Mucho menos cuando se tiene en cuenta la institucion de los Cabildos de la época española.

En América los municipales habrían tenido que pagar daños y perjuicios por el malísimo estado de esas calles, empedradas de la manera más grosera, salvo las que están adoquinadas, brillando por su ausencia en

todas los camineros que se ven en toda poblacion culta, donde el servicio municipal responde á las verdaderas necesidades del vecindario.

Los caminos necesitan de una conservacion cuidadosa, y por ello habrá usted observado en Europa la red de camineros ocupados en reparar contínuamente los desperfectos que el tránsito ocasiona en los caminos, sea en las vías urbanas ó rurales. Allí no he visto sinó cuadrillas de italianos descomponiendo el mal empedrado, tan torpemente lo hacian, para las líneas de tranvias.

No he podido acostumbrarme á lo angosto de tales calles, á lo bajo de la mayor parte de las casas, sobre todo en los barrios menos centrales. El aspecto de los edificios es muy español, y parecido á las ciudades que he visto en la América que ellos colonizaron. La blancura de la cal hace mal á la vista, y eso me recordó á Sevilla.

Puede ser diverso el clima y las costumbres de los habitantes, pero ellos están sometidos en la América hispana á la abrumadora uni formidad de las líneas rectas, de los cuadrados edificados por los cuatro costados, tal es el molde de las ciudades coloniales.

Si el aspecto exterior es semejante, no lo es menos la arquitectura urbana: grandes patios, corredores interiores, casas que forman crujías de cuartos sin consultar lo confortable. Es árabe, completamente árabe, la distribucion interior de las casas, tal cual se ven todavía en Sevilla los edificios que fueron repartidos despues de la guerra contra los moros. Los mismos jardines en los patios, las macetas con flores, las celosías y las cortinas para buscar sombra en los dias del estío, todo es morisco. Y más me lo parecía por la abundancia de las palmas con que hoy adornan allí los paseos públicos y casas particulares: árbol esbelto pero triste, que

carece de la frondosidad y de las ventajas de los grandes árboles europeos, como el nogal, el castaño, y los que dan sombra en los boulevares en América y en Europa.

Buenos Aires no tiene un solo boulevar.

La calle del Callao es un pantano prolongado, verdad es que actualmente la adoquinan, pero sin dobles hileras de arbolados que expliquen la anchura de aquella calle que hoy es un arrabal súcio [1]. Lo que llaman Avenida de Santa Lucía, pudiera ser un hermoso boulevard; pero lo primero que desagrada es la desigualdad del arbolado en las aceras, cada cual ha puesto á su gusto el árbol que más le agrada, de modo que

[1] El actual presidente de la Municipalidad ha emprendido la plantacion de arbolados en todas las calles anchas, y es una medida digna de encomio. Sería de desear que esos árboles fuesen uniformes y no la mezcla híbrida con que los particulares antiguamente adornaban los frentes de sus casas en las calles del Callao y Entre Rios.

no habiendo uniformidad aquello presenta un aspecto muy feo. ¡Es lástima! Esa calle es ancha y merecía ser cuidada. Se conoce que el pueblo no tiene ideas claras sobre sus propios intereses, y que elije mal sus autoridades municipales. Bueno sería que sus paisanos visitasen las ciudades americanas: no hablo de las grandes capitales como New-York, Filadelfia ó Boston; pero aún en las aldeas verian cómo se cuidan las calles, los árboles que las adornan y cómo se forman jardines y paseos públicos.

¿En ese país no hay pájaros? Esa pregunta me he hecho cien veces visitando los paseos, los pocos paseos públicos, el Parque y los pueblos vecinos. No he escuchado en ninguna parte el alegre canto matinal de las avecillas, los suaves trinos con que despiden el dia y saludan las sombras melancólicas de la noche. ¿Por qué no hay pájaros? Lo

he preguntado con interés, y se han encojido de hombros: me han tomado quizá por una insensata! Y sin embargo, en los jardines públicos en toda la Alemania, la Francia, la Bélgica, la Gran Bretaña y la Austro-Hungría, los pajarillos viven bajo la salvaguardia de leyes protectoras y hasta los niños los respetan y los aman. ¿Quién nó ha visto cómo les arrojan migajas en los paseos para verlos comer? ¿Quién no ha observado cómo están domesticadas las aves acuáticas en el lago en el *Bois de Boulogne* en Paris, en *Hyde-Park* en Lóndres, el *Thier-garten* de Berlin, el *Bois de la Cambre* de Bruselas, el *Grosser-garten* de Dresde y tantos otros? En toda la Europa se tiene grande amor á los pajarillos que alegran el paisaje y viven en las ciudades sin temor de los muchachos dañinos. Y bien, allí en esa culta, porque lo es evidentemente, en esa culta ciudad no se oye sinó el canto de los pajarillos pri-

sioneros! ¡Qué pena me ha causado esto!

Yo amo las flores y los pájaros; para mí la naturaleza es incompleta si la persecucion y la muerte aleja á las avecillas canoras.

Soy infatigable y usted lo sabe bien cuando me ha encontrado en las lindas mañanas cabalgando temprano en la *Avenue du Bois de Boulogne;* pues bien, el sol de la mañana no tendría calor para mi alma si en el campo no fuera saludado por el canto de las avecillas.

Nada más dulce que verlas sin temor en medio de la multitud. Es triste esa destruccion de esos pajarillos inocentes.

Como viajera habituada á utilizar mi tiempo, lo primero que busqué en las numerosas librerías de esa ciudad, fué la *guía* de la misma. Suponía que estuviese escrita para facilitar las indagaciones; pero solo me ofrecieron *The Handbook of the River Plate,*

escrita por los señores Mulhall: me ha sido de suma utilidad, y con esta obra y mi costumbre de preguntar, me he dado cuenta de lo que he visto en tanto cuanto es posible en una residencia de algunos dias. Ciertamente que he dirijido mis indagaciones á lo que me impresionaba, porque no podía hacer averiguaciones detenidas y en detalle, como estoy acostumbrada en otros paises.

Si cometo errores de apreciacion, escúseme la premura de mis estudios, pero no se atribuya á mala voluntad por una ciudad por la que tengo simpatías.

En los viajes hay cierta lógica inconsciente en la manera de recorrer una ciudad: yo acostumbro á recorrerlas yendo á las plazas, á los paseos públicos, á los teatros, á los mercados y los templos. Despues de este exámen, que es la impresion sintética, me gusta descender al análisis visitando las escuelas, especialmente la enseñanza que reciben las niñas

desde la escuela primaria hasta la superior. Si esto me satisface, no indago más: me tomarían por petulante si quisiera penetrar la organizacion política y administrativa, y pocos atenderían mis investigaciones si quisiera saber cuál es el estado de los estudios superiores para inducir cuál sea el nivel intelectual de la sociedad. No lo pretendo, mi ambicion es más mujeril, sin que la crea vulgar: dejo para los hombres la solucion de los problemas políticos. Mis estudios son sociológicos en cuanto puedan serlo los de la que viaja sin pensarlo y sin quererlo.

Comenzaré pues por las plazas.

He visitado la plaza del Retiro, la única que tenga una estátua ecuestre que merezca la pena de verse ¡pero qué mal gusto en los jardines! ¡Aquello no es un parque inglés, ni es un jardin! Es una mezcla sin gusto de toda clase de árboles, mal cuidados, abandonados, con dos fuentes que jamás juegan las

aguas y que están rotas. Se diría un sitio abandonado.

Igual aspecto de desolacion y tristeza ofrece la plaza de la Libertad, con una estátua de Alsina de proporciones absurdas: no ví nunca cosa más detestable. La plaza General Lavalle está tambien muy descuidada.

¿A cargo de qué corporacion están estos llamados paseos? Me dijeron que era atribucion municipal, pero supongo que los municipales no son vecinos de ninguna plaza. La de Monserrat, la Concepcion, Seis de Junio, son otros tantos paseos descuidados, plantaciones de arboles sin órden, sin gracia; paseos sin flores, sin nada que revele el buen gusto que educa al pueblo mostrándole cómo se administra y desarrollando á la vez la estética por el ejemplo.

Parece que ahora se construye un paseo en lo que llaman Recoleta y en el camino que va al Parque, no sé lo que será puesto que está

en vía de ejecucion; pero no porque se haga eso nuevo se debe abandonar lo viejo.

Me llamaba la atencion encontrar los paseos, esos llamados paseos, siempre solitarios : los he frecuentado á todas horas, y jamás he visto niños! ¿Dónde están los niños? me decía. En América como en Europa los jardines públicos están llenos de niños, la higiene lo exije; los niños necesitan la alegría del paisaje, la vista de las flores, correr á la sombra de los árboles, dejar la casa para respirar el aire oxigenado por la vegetacion. Esa es la única ciudad donde no he visto niños en los paseos públicos.

Me ha preocupado muchísimo esta falta, temo que sea muy grande la mortalidad en los niños, que estos sean enfermizos y pálidos : y no sé cómo las madres no dan importancia capital al paseo cuotidiano de esas pobres criaturas, pues encerrándolas se crian como las plantas en los invernáculos. Echen-

los fuera, al aire y á la luz, así tendrán rosadas las mejillas, alegre la mirada y contento el ánimo; ¡ay! la risa de los niños es como el perfume de las flores! Si yo fuera madre, mis niños pasarían algunas horas á la sombra de los árboles y entre las flores fragantes!

En Alemania se alegra el espíritu cuando se visita á ciertas horas los paseos públicos.

Músicas militares admirables atraen la multitud, y allí se vé esa reunion de niños blancos y rubios jugando y saltando acompañados por las sirvientas, con sus trajes pintorescos, mientras las damas tejen, cosen ó bordan en torno de las mesas, y los hombres leen los diarios. Todo es animado y alegre: el paisaje es siempre cuidadosamente pintoresco, y esas escenas contribuyen á dulcificar el carácter, á conservar la salud, á dar variedad á la vida. El bienestar parece general y se siente atraida por todo cuanto la rodea.

En toda Europa como en América los pa-

seos son diariamente concurridos: es cuestion de higiene.

En Buenos Aires no se encuentra nunca gente que ocupe los bancos en los sitios públicos, ni músicas que alegren, ni niños que corran bajo los árboles en las plazas que los tienen. Verdad es que todas están tan mal cuidadas, que da grima atravesarlas.

Necesario fuera dar aliciente para que los niños vayan todos los dias á correr y á jugar en esas plazas. Es la vida de esas inocentes criaturas, la que reclama esa reforma en las costumbres.

El Parque 3 de Febrero es un paseo muy bueno, bien ideado y el mejor, por no decir el único que posea la Capital. Pero ese como todos los demás está solitario todos los dias, y solo los domingos y dias de fiesta hay notable concurrencia en excelentes carruajes con troncos de precio, pero, ¿por qué no hay

gente todos los dias? Estos paseos no son simple lujo, es la higiene que exije el salir á respirar el aire puro.

Estos paseos no pueden tomarse como una mera exhibicion del buen tono; preciso es pensar que las señoras, las jóvenes, los niños y los hombres de toda edad y condicion, necesitan descanso y distraccion, cambio de escenas, porque la monotonía esteriliza y mata.

La obesidad en las señoras tiene por orígen la falta de ejercicio: las jóvenes no adquieren el desarrollo que la naturaleza exije, por la misma causa, y si los niños son pálidos es porque viven encerrados en las casas. Eso no se hace en América ni en Europa, por eso allí encantan los niños rosados y alegres, bulliciosos, juguetones, ágiles. La niñez no puede vivir como pájaros prisioneros en jaulas de oro: necesita aire libre y luz. Grave es el error de los padres que los tienen encerra-

dos. En Paris ni la humedad, ni el frio es impedimento para que paseen, de modo que vuelven alegres al hogar. Es preciso desterrar la tristeza del hogar y solo se obtiene cambiando de escenario.

El Parque es muy pobre como jardin zoológico, ni puede llamar la atencion ni despertar la curiosidad; pero aunque sea un ensayo deben fomentarlo.

Preciso sería comunicar ese paseo por medio de una avenida arbolada que desde el «Paseo de Julio» llevase allá, para que se pudiera cabalgar, ejercicio saludable, conveniente, pero que hoy es peligroso en calles estrechísimas y ocupadas por tranvías.

En América y en Europa este es el ejercicio más apetecido. En Lóndres y París en las primeras horas de la mañana se cabalga en el Bosque ó *Hyde Park*, y la emperatriz de Austria, admirable amazona, llamaba la atencion en París en el último invierno por

su habilidad y destreza : iba temprano y daba largos paseos. ¡Cuán elegante era! ¡qué admirablemente cabalgaba! En esa ciudad donde abundan los caballos jamás salen las señoritas por higiene : cabalgan para que las vean, y ese móvil es pobre : no olviden las nociones más esenciales de higiene en la vida elegante. Ese ejercicio debe hacerse porque es ventajoso y saludable. El Parque sería un bonito paseo para ese objeto : le faltan calles, umbrosas arboledas que den sombra, y no palmas con penachos tristes.

El « Paseo de Julio » uno de los mejores quizá, tiene tambien una de las mejores estátuas que posee la ciudad. Yo supuse que fuese en homenage de algun argentino ilustre, pero me desengañé : es una estátua italiana, hecha en Italia, y elevada en honor de Mazzini !

De modo que solo he visto tres estátuas levantadas á los grandes hombres argentinos :

la de San Martin que es buena; la de Belgrano que es mala, y la de Alsina que es detestable.

Ese pueblo no tiene, pues, ningun modelo que forme su gusto estético, y supongo que sea una ciudad de pocos artistas nacionales. En Europa la decoracion artística de los paseos y edificios públicos es una enseñanza, un medio de cultivar el gusto artístico en la multitud.

En América los paseos públicos tienen una grandiosidad que enorgullece el espíritu nacional de la multitud: todo lo que pertenece á la entidad colectiva debe ser grande si se quiere que el pueblo tenga idea de la grandeza de la patria ideal. Los edificios públicos raquíticos amenguan el espíritu: son como los ejércitos mal uniformados. Es preciso no olvidar este objetivo. En Europa lo saben y en América lo convertimos en hecho; yo tengo orgullo de ser americana.

Muy pocos son los edificios públicos que merezcan una atencion especial para quien conoce los Estados Unidos y Europa. La Casa de Correos es un pabellon á semejanza de uno de los del Louvre, pero de proporciones liliputienses. Ahora se construye otro análogo para Casa de Gobierno y eso dará mejor aspecto á la Plaza 25 de Mayo.

La casa del Congreso es un edificio que no es digno de esa capital. Su aspecto es lo más pobre, carece de proporciones arquitectónicas y de comodidad. Yo solo he visto el esterior.

He visitado la casa de justicia, lo que llaman allí el Cabildo, y al menos es un edificio reedificado y mejorado. La Casa Municipal tiene un aspecto lamentable.

La Escuela Normal de maestras presenta un grandioso frontispicio, pero el interior es menguado; todo se ha gastado en el aparato esterno.

La Casa de Moneda es un edificio sencillo pero de buenas proporciones esteriores.

Visité la Penitenciaria, acompañada por un magistrado muy cortés; pero rehusé ser presentada al gobernador de aquel establecimiento. El edificio es muy extenso, pero no puedo hacer sobre él un juicio exacto. Yo me ahogo en las prisiones.

El aspecto esterior es grandioso, situado sobre la barranca y blanqueado, aparece bajo formas monumentales. Esto me basta.

¿Cuáles son los edificios públicos?—pregunté. Y mi pregunta puso en conflicto á más de uno, me miraban y se sonreían; á veces me daban la espalda con desden.

Cuando tomaba coches de alquiler en las plazas, y decía á los cocheros italianos: — quiero conocer los edificios públicos condúzcame á los más notables. El pobre diablo quedaba perplejo, y terminaba por decirme: yo no conozco edificios públicos. Recurría

á mi *Handbook* de Mulhall y al de Nolte, y no tenía mayores luces. No era posible echarse á andar al acaso, y entónces resolví visitar las iglesias.

La mayor parte de las cuales son del tiempo colonial, tienen su sello característico; construcciones de ladrillo macizas, grandes en general, pero sin proporciones notables. El arte gótico había ya oscurecídose en la metrópoli española y la decadencia en las artes se trasmitió á los colonias, de modo que no conozco ningun monumento colonial digno de verdadera admiracion. Tal vez modifique mi opinion cuando visite las ciudades del Pacífico; pero ni aquí ni en Buenos Aires hay nada digno de mencion especial. Idéntica cosa me pasó en la América Central.

En Buenos Aires los templos más notables son : la Catedral, el Colegio y Santo Domingo. Esas iglesias de tres naves, aunque bajas, son espaciosas ; lo peor es el esterior.

El frontis de la Catedral es una menguada imitacion del Palacio del Cuerpo Legislativo en Paris, menos la columnata esterior y las proporciones que allí son mezquinas. En esa, las gradas son bajas, las columnas gruesas y muy pesadas, parece un elefante arrodillado para sostener un coronamiento sin grandiosidad. Prefiero el interior. Ese frontis no pertenece al órden arquitectónico del edificio y no puede estar en armonía con la planta primitiva : es un remiendo de mal gusto.

En mi opinion la cúpula de San Telmo y la del Salvador son las más elevadas, y aunque desde el rio se ven las torres del Colegio, y hácia la izquierda las de una iglesia que parece edificada en un bajo, cuando se ha descendido y se visita la ciudad, se encuentra que todas las torres son muy bajas. Las de Santo Domingo parecen decapitadas, y la de la Merced, que es esbelta,

es poco levantada. Tal vez cuando hayan terminado la iglesia de la Piedad hagan algo que pueda elogiarse; pero á pesar mio ahora no he encontrado nada que me inspire admiracion relativa.

Por lo demás he observado que hay un progreso en la manera cómo se concurre al templo: han dejado la fea costumbre española de arrodillarse en el suelo, y hay algunas iglesias como la Merced y San Juan, donde escaños de cedro limpios y lucientes sirven para que se sienten las señoras y caballeros. Esa costumbre debe generalizarse: es más séria é inspira mayor respeto.

En los Estados Unidos, como allí dicen, los templos católicos son dignos de admiracion, La *flirtation* no penetra en el templo, esa es la casa destinada para la oracion.

A la caida del dia, es decir, á las 4 p. m., hora en que cesa la actividad de los negocios,

me entregaba al agradabilísimo placer de la *flânerie*, costumbre inveterada de los que han frecuentado *Broadway* en Nueva York, el *Strand* en Londres, el *Boulevard des Capucines* ó *des Italiens* en Paris, *Ringstrasse* de Viena, la *Unter den Linden* de Berlin, la *Newsky Prospect* de San Petersburgo, la *Via del Corso* de Roma ó la *Puerta del Sol* de Madrid. En Buenos Aires eso está representado débilmente por la *calle de la Florida*, que es estrecha, de veredas angostas; adornada de edificios algunos suntuosos y otros modestos; interrumpida la circulacion de los coches por el tranvía que ocupa la mitad del empedrado y por los carros del tráfico.

Paréceme que acostumbran los *swells* ó petimetres á pasearse por esa calle de 4 á 6 p.m. formando grupos en las puertas de las confiterías, cigarrerías ó en las esquinas.

La *calle de la Florida* presenta entónces un

aspecto animado: el tránsito por sus angostísimas aceras se dificulta.

Poco se asemeja á las grandes arterias á que antes me he referido, y si con algo pudiera compararla sería con la *calle de las Sierpes* en Sevilla, la *grand'rue* de Berna, la *rua d'Ouvidor* de Rio Janeiro ó la *calle 25 de Mayo* de esta Montevideo.

El piso bajo de las casas está generalmente ocupado por tiendas y negocios instalados con lujo. Por ello se creería quizá que este es un centro puramente comercial, pero se equivoca el extranjero. Allí habitan familias ricas, que gustan de mostrarse en los balcones en los lindos dias, costumbre española, pues ni en Londres, Paris, Viena, Berlin ni Roma, se usa tal cosa. Las americanas paseamos, pero no nos exhibimos en nuestras casas.

En aquellas capitales el comercio se divorcia de las grandes familias elegantes: ni el

Faubourg Saint-Germain, ni el Quartier Monceau, ni el de Saint-Honoré, ni los Campos Eliseos y las cercanías del arco de Triunfo, son lugares de comercio ni de tiendas.

En Dresde, usted recuerda el barrio americano, con sus preciosísimas villas, sus deliciosos jardines y su encantadora tranquilidad Los ingleses no habitan Londres sinó en la *season* y los comerciantes viven en los pintorescos contornos de aquella ciudad-mundo, viendo sus verdes praderas que contrastan con la niebla negra y súcia de Londres en los dias de invierno.

No conozco el gusto de las grandes familias en esa, pero creo que no aman las delicias del campo, á pesar de que hay quintas preciosas.

Comienzan empero en la calle *Bella Vista*, en la de la Recoleta y sus contornos, á edificarse lindas casas con jardines al frente; pero eso es todavía la escepcion.

Usted recordará el hermosísimo barrio de

la *Leipziger* y *Königgrätzer strasse* en Berlin, aunque situado en el centro de la gran capital allí cada casa tiene su jardin sobre la calle y la morada está bajo la sombra de árboles frondosos. Cuán deliciosas son las villas en Francfort! Yo simpatizo con la vida alemana porque participa del *confort* y del *home* americano.

Estos apuntes no pueden tener hilacion, son notas que le envío por condescendencia.

Esa ciudad está cruzada por tranvías, ese es un rasgo que caracteriza la poblacion comercial, pues es un signo de movimiento y actividad.

Pero he observado que los viajeros no gozan de ninguna garantía: es permitido llenar los coches hasta el imposible y me quedé irritada cuando ví que un empleado hizo levantar á un caballero para dar el asiento á una dama. No sé cómo allí comprenden la galantería, pero el que paga su asiento tiene una

propiedad en cuyo goce debe ser respetado. Es absurdo que el mismo que vende el uso de un sitio lo despoje luego para que otro lo ocupe: hombre ó mujer el derecho es el mismo. El que quiere ser galante puede renunciar á su asiento, pero no debe ser obligado. Si un coche está ya ocupado ninguna señora debe entrar. En fin, tales costumbres son raras! Lo he anotado porque me causó sorpresa; la galantería á la fuerza!

Yo creo que un extranjero debe visitar siempre los mercados en toda ciudad donde llegue; esa visita le indicará sin esfuerzos cuál es el estado de cultura de una ciudad. Si el mercado es aseado, si hay órden, si la vista y el olfato no se ofenden, ese pueblo es económico y limpio, y sin duda alguna culto. Por el contrario, si los mercados son súcios, si se huele mal, si se siente repugnancia á su aspecto, puede asegurarse que queda mucho por hacer.

Los mercados en esa ciudad son malos. La municipalidad no tiene ojos, y es raro que habiéndose hermoseado el Cementerio, como corresponde á un pueblo civilizado, cierren los ojos ante los mercados súcios.

He visitado el Central, el de la Florida, el de la Independencia, el del Plata, el de Lorea y el de la Libertad: todos son malos, todos necesitan ser más aseados. En ellos la vista y el olfato es desagradablemente impresionado. Le recomiendo un paseo matinal y otro á las 2 p. m. Despues... cuente á sus lectores lo que haya visto. Yo pongo punto redondo á esas visitas de las cuales conservo un recuerdo desagradable.

Para juzgar del estado sociológico de una ciudad preciso es estudiar cuál es el rango que ocupa la mujer, considerada bajo tres fases: en la escuela, en la vida social y en el hogar. Niña, bajo la direccion de maestras ó

maestros; jóven, en el teatro, los bailes, la vida mundana; y como esposa, qué influencia tiene en el hogar, cuál es la preparacion de su intèligencia, su capital intelectual, para dirijir á sus hijos, conservar el órden doméstico, inspirar y cooperar moralmente al porvenir de su marido.

Bajo estos aspectos hubiera querido estudiar la sociedad de Buenos Aires comparándola con la sociedad de mi país; porque pienso que la actividad intelectual, el espíritu de empresa, el vigor colectivo y social en América, tiene su base en la educacion que nosotros recibimos en la escuela, en el gimnasio y en los colegios, que se completa luego por la libertad personal de que usa la mujer, con la plena confianza que la respetarán por que es digna de respeto, y nadie faltará á su derecho porque contra todo atentado está la sociedad que reprime, no con procesos sinó con la accion eficaz, inmediata, irresistible,

que cierra las puertas de todo hogar honesto al mal caballero.

Los americanos son hombres fuertes, moralmente hablando, porque desde niños están en contacto con niñas en la escuela, que ambos sexos frecuentan, habituándose los unos y las otras á respetar el pudor de su sexo; de modo que esta educacion libérrima forma la personalidad de tal manera, que una americana viaja sola sin temer á nadie ni á nada. El sexo no es para ella un peligro, sinó por el contrario tiene la certeza que los hombres educados le deben consideracion y respeto. Hablo generalizando, pues las escepciones existen pero no perturban costumbres tradicionales.

He pasado algunos años en Tegucigalpa, en la República de Honduras, donde mi padre fué vice-cónsul americano, y he viajado sola las cinco Repúblicas de la América Central, estudiándolas en su estado político y

social [1]. Nunca tuve queja de la generosa hospitalidad de aquellos países, de la cumplida cortesía de los hombres y de la bondad afectuosa de las señoras. Conservo amigos en todos los rangos sociales, y tengo respeto por sus literatos, como el Dr. D. Lorenzo Montúfar, D. Felipe Molina, D. Miguel Guardia, y celebro sus numerosos poetas... Es en esos países donde he aprendido la bella lengua castellana, de que ahora me sirvo en estas notas fugaces que usted quiere publicar en la *Nueva Revista*.

Para llenar el programa que me habría trazado si pudiera disponer de mi tiempo, habría necesitado frecuentar la sociedad de esa capital, estudiar las escuelas prácticamente, no en las *Memorias* oficiales que tal vez se hayan publicado, sinó oyendo perso-

[1] *Three years in Central-América*, by Miss Lucy Dowling. New York, 1879, 1 vol.

nalmente cómo se enseña y cómo se aprende. En esta materia la práctica, es decir, la esperiencia, es superior á la teoría. Conozco teóricos que han escollado en la prueba; y prácticos incapaces de desenvolver una teoría. No he podido, pues, llenar esos deseos, porque solo he permanecido dias, muy pocos dias, que he empleado en recorrer la ciudad, que es muy estensa en relacion al número de sus habitantes. No podía pues llenar mi programa y he prescindido de ese estudio.

Pero lo que me ha causado mayor estrañeza es la vida de los *hoteles* allí, comparando estos establecimientos con los grandiosos, cómodos y excelentes *hoteles* americanos. Ni en Europa los he encontrado al nivel de lo que son en América, como *confort*, como estension, como exactitud en el servicio: todo cuanto se puede imaginar para hacer agradable la vida, todo está allí perfectamente realizado: se sabe cuanto pasa en el

mundo, se tiene todo á la mano, la luz, el agua, la comunicacion telefónica. Sin molestia se sigue el movimiento de todos los Estados, bajo las múltiples fases de la vida actual y se saben las novedades europeas. El diarismo es un poder y una fuerza social: se sienten las palpitaciones del pueblo más activo, más emprendedor y más libre. De modo que todos adquieren los hábitos de esa actividad comunicativa, febril y muy espansiva y cosmopolita.

En Buenos Aires la vida de hotel es muy mala y muy cara: el servicio no puede ser peor.

Faltan todas las pequeñas cosas que hacen agradable el *home*. Yo que estaba siempre fuera, porque me era indispensable utilizar mi tiempo, me contrariaba cuando tenía necesidad del servicio del hotel.

Habituada al movimiento de *Broadway* ó á la *Fifth Avenue* de New-York ó al ruido de los

boulevares de Paris, los que más de una vez hemos recorrido juntos: allí encontraba que solo en ciertas calles y á determinadas horas hay bastante gente en la calle. Supongo que las damas permanecen mucho en el hogar, pues es precisamente la falta de mujeres en las calles lo que más me sorprendía. ¿Cuál es el orígen de esa costumbre casera? En Madrid las damas son muy callejeras, y los paseos están diariamente concurridos. En el Prado, la Fuente Castellana y aún en Recoletos, sin contar el Buen Retiro, ni la Puerta del Sol, he visto diariamente muchísimas damas, de todas edades y condiciones. Esa multitud es animada y muy alegre, pero allí ¿qué hacen las damas en sus casas? No conozco las costumbres de esa ciudad, pero yo suponía que eran esencialmente españolas, modificadas por tantos extranjeros de toda nacionalidad; pero como en toda la Europa hay hábitos análogos, no sé cuál sea la in-

fluencia que retenga las damas encerradas. No puede ser tradicion morisca puesto que ni los españoles la conservan.

Yo tengo por las argentinas la simpatía que inspira cuando se ha apreciado el talento, las gracias y el ingénio en algunas que conocí en Europa. En Paris tuve oportunidad de tratar á dos interesantes damas, ligadas hoy á la nobleza francesa, la instruccion variada, las lenguas vivas, la música y las bellas artes no les eran desconocidas.

La una tenía gracia singular cuando recitaba ó declamaba, su modelo era Sarah Bernhardt; esa simpática jóven tiene la chispa del génio dramático y la tela que caracteriza á las grandes trágicas. Jóven de lindos ojos negros, esbelta é instruida, es franca en su trato: no se la puede hablar sin estimarla.

La otra, retirada actualmente en provincia bajo las influencias de un sentimiento religioso profundo, está consagrada á su hogar

y á sus hijos. Es tan inteligente como es buena! Santamente buena!

La casualidad me hizo oir en casa del banquero... una jóven ligada por su esposo á la banca, cuya voz simpática y cuya gracia esencialmente parisiense, me sedujeron. Me decían que su culto por las bellas artes es hereditario, y que hubo un tiempo en que la voz profundamente poderosa de Mme... su madre, hizo ruido en los salones parisienses.

De manera que, cuando yo había tenido ocasion de conocer estas damas, sabía bien que el talento y la instruccion en las argentinas no es una escepcion que pueda sorprender.

En la sociedad cosmopolita de Paris he tratado á algunas jóvenes de este país, y todas hablan algunas lenguas con facilidad y pureza.

Recuerdo que un dia en casa de nuestro amigo el ministro plenipotenciario de... tuve

ocasion de leer los folletines de un viejo diario de esa capital donde estaban publicados algunos cuentos y narraciones escritas por una dama que ocupara una alta posicion en Washington. Su talento y su chispa me llamaron la atencion, de modo que las argentinas no me son desconocidas.

Yo sería tal vez temeraria si por estos datos aislados pretendiera apreciar el nivel moral de la mujer en esa sociedad; pero sí puedo afirmar que tienen todo el *cachet* distinguido de las damas más cultas de cualquier país europeo, al menos á juzgar por lo que se vé en los teatros ó en los templos, donde he admirado el garbo de muchas de ellas.

¿Son tal vez indiscreciones mias, arrancar de mis apuntes estas páginas incompletas? Tal vez, pero yo las someto á un juez de cuya amistad no dudo y á cuyo empeño cedo.

La impresion sintética que me produjo esa

ciudad es la de un pueblo activo, preocupado ante todo y sobre todo del deseo de enriquecerse.

No tiene carácter propio, es una asimilacion de hombres de todos los paises, de usos, de trajes, de costumbres y de lenguas diversas: diríase que es una ciudad de tránsito, que la muchedumbre en las calles está de paso; y bien informada, me han convencido que esa es la poblacion estable.

No hay, pues, un carácter típico nacional, no hay pueblo-nacion, son porciones fragmentarias de muchos pueblos que aún no se han fundido en una entidad, y el mayor obstáculo está en que en las escuelas de ciertas agrupaciones extranjeras, no se obliga á la enseñanza de la lengua nacional. Fué lo primero que indagué, y deploro que un país libre no sea más previsor.

Digo que ese país es libre, porque es notable el número de diarios nacionales y extran-

jeros, y dada esa multitud induzco que la libertad de la prensa está garantida.

Me consta que hay libertad de cultos, puesto que he visitado los templos de los cultos disidentes y hasta he visto una pequeña sinagoga judía. De manera que si hay templos es porque hay libertad para todos, y todos los cultos están garantidos, permitidos ó tolerados. El hecho que anoto es porque lo he observado: no he tenido tiempo ni objeto en otras averiguaciones.

Dados estos antecedentes, yo podría decir que esa ciudad se desarrollará vigorosamente, puesto que donde la mujer es ilustrada, la familia lo es y lo son los hijos: donde hay libertad de imprenta puede radicarse el gobierno libre, y donde la libertad de cultos es un hecho, la dignidad humana ha asentado sus reales.

Tal es la impresion que me hizo esa ciudad; hablo de la impresion, porque no tuve tiem-

po ni medios para estudios analíticos...

Preciso es que ponga punto acabado á estas notas, porque no están redactadas sinó como apuntes para posteriores desenvolvimientos. Tengo además necesidad de conocer los alrededores de esta ciudad, y Mr Allison se impacienta cuando escribo algunas horas: necesito terminar.

Si usted se resuelve á dar cabida en la *Nueva Revista* á estas páginas incoherentes, corrija sin restriccion...

Lucy Dowling.

Montevideo, 4 de Agosto de 1882.

ESCENAS

DE LOS TIEMPOS PASADOS

(DON BRAULIO)

Es necesario un esfuerzo de la memoria para reconstruir los sitios en que acaecieron las escenas de los tiempos pasados. Es preciso que la transformacion que ha sufrido la ciudad de Buenos Aires, tan profunda como es, sea transitoriamente suprimida, y que mirando hácia atrás, se borren instantáneamente como se suprime una vista en el kaleidoscopio, lo que hoy es para sustituirlo por lo que ayer fué; que solo lo recuerdan en la

vaguedad de las impresiones infantiles los que hoy ya son viejos. En efecto, el tiempo no perdona nada ; al niño hermoso lo ha convertido en el anciano valetudinario, y á la alegre señorita en encorvada viejecilla que se inclina hácia la tierra en sus únicas excursiones al templo donde vá á orar, á las tiendas donde hace sus provisiones y al mercado para la compra de las flores que perfuman la cabellera de sus lindas nietas, si estas fuesen lindas !

¡ Cuán tristes son estas excursiones hácia el pasado ! ¡ Cuántos han caído ya fatigados por la lucha ! ¡ Cuántos sobrellevaron con dolor profundo la pesada cruz de la existencia ! ¡ Qué valle de lágrimas tran triste ! El horizonte nebuloso del pasado aparece poblado de fantasmas, y los que aún sobreviven recuerdan el cuadro con que Dante describe el viaje de las ilusiones que se ván ! Todo se va borrando : el amor es solo un recuerdo que reverdece bajo

la inocencia de los niños que ván á sucedernos: la ambicion... un sueño en el que el mérito ha sido vencido por la astucia, y el éxito ha encubierto la perversidad: solo está el hombre... aislado en medio de esta sucesiva desaparicion de las cosas de su tiempo. Pero el hombre encanecido cuya vista no mira al horizonte sinó arriba... al cielo, que es la patria final, con sus misterios insondables.

¡Recuerdos queridos! ¡ilusiones rosadas! ¡sueños desvanecidos!... todo es humo que el viento del pasado arrastra hácia las negras regiones del olvido!

Pero nó, antes que el olvido borre de la memoria el tiempo pasado, esforcémonos en reconstruir lo que fué, con sus tipos, sus costumbres, sus trajes y aún sus alegrías... Reconstruccion efímera é inocente, que quedará impresa en letras de molde en esta *Nueva Revista,* donde tantos nombres no serán dentro de poco sinó recuerdos del pasado, que la

muerte arrastra en las evoluciones fatales!

En el sitio donde hoy se levanta el hermoso edificio que ocupa el *Club del Progreso,* y en la planta inferior la espléndida tienda del mismo nombre, había allá por los años de... una casa de teja, con algunos cuartos á la calle que se llamaba de *Representantes* y hoy del Perú. En uno de esos cuartos había dos puertas, una de cuyas hojas estaba dividida hácia el medio, de manera que se cerraba y podía quedar abierta la parte superior de la izquierda. En aquel tiempo las puertas se pintaban de colorado, y el friso del frente blanqueado, era tambien colorado: este era el color oficial.

Pues bien, en esa tienda solo se vendían puntillas, encajes, randas y embutidos, es decir, todos los múltiples tejidos y bordados en blanco, de hilo ó de algodon, que en ello no soy fuerte ni alcanza el microscopio de mi memoria: bordados y tejidos de uso femenino.

Era dueño de esa tienda un hombre bueno por su carácter manso, modesto por lo limitado de su ambicion, económico por la parsimonia de sus gustos y exactísimo en el cumplimiento de sus obligaciones comerciales. Todo era blanco en aquella tienda donde ondulaban las puntillas y las randas, que salían como enseñas flotantes por ambas puertas, y en cuyas combinaciones agotaba su ingenio el bondadoso don Braulio, que así se llamaba el tendero, al cual las mujeres le agregaban como apodo *el de las puntillas.*

Don Braulio tenía su bigote negro y las patillas á la usanza de Quiroga, quien que no sepa como las usó este, que lo averigue si puede. Llevaba su chaleco colorado siempre, pero acostumbraba á despachar en mangas de camisa. Vestía pantalon de paño azul y siempre con chinelas que dejaban ver sus medias de algodon blanco. Don Braulio era insigne conservador, muy afecto á cuchufletas,

no había cocinera ni *mucama* que no conociera los chistes del tenorio de las puntillas.

Trabajo cuesta evocar su nombre... la losa del olvido lo cubre para siempre, y ni los *espiritistas* más creyentes encontrarán *medium* para atraerlo á estos mundos nuevos.

Pero al evocar su recuerdo no se ofende su memoria honesta.

Entónces las tiendas eran negocios esclusivos de los hijos de la tierra, y solo se recuerda la escuálida figura del judío librero, vecino de la tienda de don Braulio, en la misma calle, porque no había ninguno más terco, menos comunicativo, ni más maniático. Sobre cartel blanco se leía á la entrada de su librería: *Aquí no se fuma.* Y no despachaba ni vendía un real, que entónces había reales y medios de cobre, á ninguno que pasase el dintel de la puerta fumando. Era enemigo del tabaco, y lo odiaba como ódian los judios cuando ódian alguna cosa.

Y esto era tanto más notable cuanto que entónces los hijos de la tierra tenían obligacion de llevar chaleco colorado, divisa en la chaqueta y cintillo en el sombrero ó gorra. No había cómo confundirlos con los extranjeros, si se esceptúan los españoles que llevaban el mismo uniforme, porque la España aún no había reconocido la independencia.

Todo era colorado entónces: los uniformes de las tropas, los ponchos de los gauchos, los rebozos de las negras, todo era colorado: puertas, ventanas y frisos de las casas, y como entónces las aceras tenían una hilera de maderos que se llamaban *postes*, estos tambien estaban pintados de colorado.

¿Los uniformes eran colorados? es verdad. La caballería usaba chiripá colorado, camiseta y gorra de manga del mismo color, calzoncillo blanco y bota de potro, con espuelas de fierro. Los caballos llevaban testeras de

pluma colorada y las colas atadas con cintas coloradas.

Pero la *Guardia Argentina* tenía sus granaderos y zapadores, vestidos con un uniforme análogo al de la guardia imperial francesa del primero de los Napoleones. Altos morriones de cuero con pelo, coletas en forma puntiaguda hácia atrás de paño punzó, casaca azul con peto rojo, pantalon rojo, si la memoria no me falla. El cuerpo de zapadores era soberbio, los muchachos entónces mirábamos aquellos jigantes con sus delantales de cuero blanco, sus picos y sus azadas brillantes y sus fusiles en la espalda y luengas espadas al cinto. Marchaban admirablemente bien; era el cuerpo que mandaba el general Rolon.

Bien, pues, como en la tienda de don Braulio solo vendía tejidos blancos, no se ocupó de cuidar que no tuviese celestes ni verde, colores prohibidos entónces, que nadie podía

vender, que no se podía comprar y librára Dios de que alguno los usara en su casa ó en la calle. El verde fué el color de las velas de judaizantes, y no se sabe si en recuerdo de ello era color prohibido: el color favorito, oficial, á la moda, era colorado, y los matices que se le derivan. Pero fué un gran preservativo y garantía política llevar mucho colorado: no se recuerda empero haber visto camisas coloradas, ni medias coloradas, que hoy usan los elegantes... refinados.

Temprano abría su tienda don Braulio para aprovechar la venta á las criadas que iban al mercado, único entónces y que por mucho tiempo se le llamó el *Mercado viejo*, que no era ni la sombra del actual, modificado despues.

A ese centro venían las carretas con bueyes, que traían zapallos, sandías, melones, duraznos y las verduras de la estacion: otras el pescado que habían sacado en el rio, frente á la usina del gas ó frente á la Residencia, de-

jando la costa cubierta de pescado que no querían y que alimentaba á centenares de gaviotas. ¡Qué tiempos aquellos! Estas aves se levantaban en bandadas enormes con sus gritos agudos; venían á comer los deshechos de los pescadores, cuando echaban la red. Estos pescadores eran tambien hijos de la tierra.

De manera que frente á lo que más tarde ha sido Universidad y en el otro costado de la calle de Chacabuco, estaban las carretas y los puestos ambulantes de frutas, verduras, carne, huevos y pescado.

Por delante de la tienda de don Braulio desfilaban las cocineras con sus canastas tejidas con cañas de Castilla, entónces este servicio pertenecía generalmente á las negras y á las mulatas, y volvían con sus provisiones, comprando á veces puntillas ó randas, porque gustaban de mostrarlas en torno del cuello ó en el arranque de los brazos, en tiempo de calor. Esa cuadra era muy animada en

aquella hora; pues ya se recordará que era el único mercado de toda la ciudad.

Don Braulio tambien tenía sus contertulios, centinelas que estaban parados en la puerta y á los cuales el tendero hacía servir mate con un muchacho dependiente, siempre en mangas de camisa y con chancletas. Esos centinelas eran atisbadores de cuanto pasaba: en invierno envueltos en capas, en verano con chaqueta azul, chaleco colorado y pantalon azul. En esa tienda se sabía toda la chismografía, pues como la libertad de la prensa era un problema peligroso, quedó solo la libertad del pico en tanto cuanto este no se metiese en la política ó la administracion.' Don Braulio era discreto, no se mezclaba en las habladurías y no quería saber nada de la crónica galante, que debía existir, porque habían Evas y Adanes. El mundo de don Braulio era distinto, no frecuentaba tertulias, ni cafées, y cerrada su tienda, es fama dormía temprano

para recomenzar su misma vida. Su aposento era la trastienda, donde tenía su comedor sin poner otros manteles que una tapa de una de las cajas de carton de las puntillas. Vivía en esa vegetacion inofensiva y economizaba algunos cuartos : solteron y sin querer casarse, su mundo era de horizontes muy estrechos.

En esos tiempos las señoras no usaban gorra, sinó se cubrían sus cabezas con un pañuelo menor y con otro en forma de triángulo lo apretaban al pescuezo. Aún quedan algunas de aquellos tiempos, y cuando se ven en la calle encorvadas, con pasito lento, ligeras todavía, se recuerda á las hormigas.

Las solteronas que quedan han olvidado con los años, al perrito blanco que llamaron *Diamela*, á la chinita y mulatilla de los recaditos, y hoy solo viven atisbando al vecindario, sentadas en las ventanas á la calle, sin luz en la noche, para estudiar todos los mo-

vimientos de las casas vecinas. Entre estas, hay muchas que conocieron á don Braulio el de las puntillas.

Don Braulio tenía otro contemporáneo famoso en el mismo mundo, le llamaban *cara blanca*, tenía almacen de comestibles y allí acudían á comprarle yerba. Entónces no se usaba el té y pocos tomaban café. El mate por la mañana, á medio dia, á la tarde y por la noche, era la bebida general, popular y de buena sociedad. La criada que servía el mate caminaba más que un correo mejicano; de la cocina á la sala, de la sala á la cocina, multiplicando las idas y venidas por otras tantas veces de servicio. El mate era el estímulo de la conversacion familiar, inspiraba la alegría, aliviaba la garganta y la tos de las señoras mayores, calmaba á los ancianos del asma, y aquel tubo de plata pasando de boca en boca, recibía todos los alientos, tocaba todos los lábios desde los sonrosados de las

niñas hasta los torcidos de las viejas enfermas. En ese tiempo la caja de polvillo era indispensable en las señoras de edad, y se hacía grande consumo de los pañuelos colorados de la India. El mate y el rapé ayudaban á pasar las largas horas de aquellos dias tristes, tan tristes que los que entónces eran niños llevan el sello de aquella niñez sin alegrías. En el seno de las familias, temerosas de todo, la conversacion era monótona, pues se temía el comercio social: todo era igual. Los trajes y los hombres simbolizaban la parálisis intelectual, era el símbolo de una obediencia sin resistencia. Las señoras habían dejado las presunciones de su sexo y llevaban en el moño punzó el signo de que no había coquetería posible desde que no era permitida la libertad de los colores.

A misa iban seguidas de la criada que llevaba la alfombra para arrodillarse y era curioso ver el lujo de aquellas alfombras cua-

dradas, con flecos de lana, las cuales se tendían sobre el piso de las iglesias y cada familia ocupaba su territorio, se diría así, para hincarse y orar. Regresaban con la criada que llevaba en brazos la alfombra, y era el tono de que ese fuere el acompañamiento rumboso. Bien sabido es que la criada era una negrilla, y en las grandes casas un negrillo varon, vestido de paño oscuro, chaqueta con botones amarillos, gorra de pastel, chalequillo colorado y la divisa obligada. En aquellos dias no eran muy frecuentes los coches, y solo en los últimos tiempos del gobierno de Rosas, cuando Palermo cobró gran auge, fué que empezaron los cupés y las volantas.

Poco exigente era aquella sociedad, que se deleitaba los domingos paseando sobre el verde, desde la conocida casa de Palermo hasta la comenzada muralla del Paseo de Julio. En ese verde se paseaban las lindas niñas vestidas de blanco, frescas y adornadas con

flores, alegres y eran tan guapas! ¡qué risueñas! y ¡qué buenas! Ese verde se cubría de niñas con trajes claros; la muselina y los tejidos transparentes hacían el gasto, y aquello era de ver. Jardin movedizo y humano en el cual los mozos elegantes lucían frac azul, oscuro ó pardo con botones dorados, pantalon blanco y el infaltable chaleco colorado. Allí concurrían las músicas militares.

Desde las toscas cubiertas de verde musgo, veían desfilar hácia Palermo los carruajes y caballeros cabalgando, envueltos en nubes de fino polvo. Aquel paseo era para la gente rica, mientras la poblacion numerosa paseaba á pié sobre aquel musgo que servía de alfombra. Era un paseo muy concurrido y muy ameno: porque se conversaba y había sociedad entre los conocidos, las niñas lucían sus gracias, su talle esbelto y el pequeño pié.

Otras veces las fiestas eran escepcionales y su teatro lo que se llamó el Bajo de la Reco-

leta, donde actualmente se hacen transformaciones considerables y se forma un lago con acuáticas plantas indígenas. Ese bajo era una planicie hasta las orillas del mismo rio, casi al pié de la barrancas, se corría la sortija, y gente muy conocida y de las primeras familias, vestía fantásticamente chiripá de paño punzó, camiseta y gorra del mismo color, cabalgando en briosos caballos con recados, con plateados lujosos, y el vencedor presentaba á la dama de su eleccion la sortija ganada, mereciendo frecuentemente esta distincion la hija del gobernador. Las músicas militares amenizaban aquella fiesta de carácter popular, era grande la multitud que á pié, en carruajes ó cabalgando asistía á esas corridas.

Numerosas eran las cabalgatas que los sábados á la luz de la luna, salían de la ciudad para el vecino pueblito de San Fernando, y alegremente galopaban en parte de aque-

llas noches por el camino de las Cañitas. Entónces no había ferro-carriles ni tranvías: la locomocion general era el caballo y los carruajes. En ese vecino pueblo se bailaba el domingo por la noche y al amanecer se cabalgaba hácia la ciudad.

Eran modestísimas las fiestas y relativamente barata la vida: el lujo no había desenvuelto aún el confortable de la vida actual.

Pero entre los buenos tiempos de las mocedades de don Braulio y los que ya iba alcanzando, se notaba una mejora, cierta tendencia á emanciparse de los usos primitivos, y las chinelas habían ya quedado en la trastienda: calzaba botines de cuero y vendía á ciertas horas con la chaqueta puesta. Tal vez aún se conservaban las siestas venturosas de la edad colonial, hora de las chancletas de los tenderos y de la paralizacion de las ventas: hora solemne en que en viandas de lata negros descalzos repartían por las tiendas la co-

mida preparada por la tía Brígida, la proveedora barata de aquella poblacion de tenderos, que en las altas horas de la noche, en el verano, en chanclas y cubiertos con sábanas, descendían al rio á refrescar sus cuerpos en aquel baño barato. Pero entónces iba el dependiente más chico con el sempiterno farolillo para cuidar que las ropas no fuesen robadas por algunos merodeadores de lo ajeno. Ese desfile nocturno era curioso y fastástico: muchos en vez de sombreros ó gorras se cubrían con las mismas sábanas, y como ya no había transeuntes porque había pasado la hora de la *Retreta* y las tiendas se habían cerrado y no había otra luz que una malísima lamparilla de aceite ó una vela de sebo puesta en faroles largos y angostos de distancia en distancia, resultaba que el desfile tenderil hácia el baño se hacía en las sombras y en la más tranquila soledad, interrumpida solo por el canto de los serenos, guardianes nocturnos

con su farol en mano. ¡Singulares costumbres!

Los tiempos pasados han dejado esos recuerdos cubiertos con el polvo del olvido, la muerte ha ido sembrando de despojos su camino, y los que fueron testigos de esas escenas ven cómo se hunde todo en las aguas profundas del Leteo.

Setiembre, 1882.

¿QUIÉN SOY YO?

Nadie es profeta en su tierra, es una verdad muy vulgar y muy verdadera; porque en su tierra, cualquiera que ella sea, las pequeñas miserias de la vida, las rivalidades, las emulaciones y á veces hasta la envidia, se aunan para oscurecer todo mérito real, y solo se complotan para mútuamente alabarse en pequeñas asociaciones, como los muchachos se divierten con los prismas de los globos de jabon, precisamente por su efímera duracion. Yo estaba, pues, profundamente convencido que no siendo posible ser profeta en mi tier-

ra, lo que traducido en lengua vulgar puede decirse, que no creyendo en la justicia equitativa que merece el carácter, no queda sinó el éxito, y como nada ambiciono, no he osado afiliarme en los círculos que dispensan la celebridad y los honores, es decir, los redactores de diarios y los cronistas imberbes. Todos muy estimados, todos muy capaces y dignos de llegar al pináculo del éxito, si tienen la mirada penetrante para cambiar oportunamente las velas de la nave segun los vientos reinantes! Me inclino ante el ilustre Areópago, pero yo tengo cerradas sus puertas; porque pienso que si conocieran que tengo el cabello rubio ó negro, si soy ñato ó narigon, alto ó bajo, gordo ó flaco, en una palabra, cuando Victor Gálvez sea para los otros de carne y hueso, y le oigan y le miren, solo se ocuparán de buscar los defectos con que la pródiga naturaleza le haya regalado, y sus cualidades, si las tuviese, empezarían el descenso en la co-

tizacion corriente de la plaza. Yo no quiero esponerme á tal fracaso, y prefiero pasar sin que nadie me apunte con el dedo y diga: Ese es Victor Gálvez! pobre mortal que nada vale, y á quien por ello no darían nada, absolutamente nada.

Como mi nombre no figura en las listas de los concurrentes á los casamientos, á las bailes, ni á los entierros, ni al parque 3 de Febrero, ni al teatro, no falta quien se diga: ¿pero quién es Victor Gálvez? Y han creido que yo sea un mito, es decir, que mi modesto nombre sea la careta con que otro mortal se permita pensar y escribir, y lo que es peor, publicar en la *Nueva Revista* sus recuerdos de otros tiempos.

Yo soy el que soy, me llamo simplemente como me firmo, á lo menos así aparece de la partida de bautismo que fué la única herencia que me diera mi tutor al llegar yo á la mayoridad, y eso solo para demostrarme que

yo debía abrirme paso ganando el pan, si tuviera necesidad de ganarlo, en caso que otros no lo hubieran hecho en mi provecho individual. Pero esto es ya mi vida privada y sobre ella he puesto una piedra, que ni yo mismo quiero levantarla.

Si mi nombre no figura en los clubs, si yo no soy conocido personalmente por los caudillejos electorales, debo decir que mi nombre tampoco figura en la lista de los deudores al Banco Provincial, ni á ningun otro, y que tal vez se encuentre en la de los modestos contribuyentes del municipio.

Ni soy tan rico que me sobre para dar, ni tan pobre que necesite pedir.

El Diario que ha sido benévolo para juzgarme, decía:

« Nuestras sinceras felicitaciones al hombre de espíritu que tan modestamente se sustrae á los aplausos. »

Pero hay en ello error y error grave. Yo no

me sustraigo á los aplausos, los he recibido agradecido del *Diario*, y no he hecho, no hago ni haré nada para esquivarlos, ni tampoco para buscarlos. No es culpa mía si no me conocen. Yo ciertamente no pertenezco á la galería de celebridades del *Mosquito*, soy demasiado insignificante para colocarme en tal Olimpo; pero yo cómo y descanso, y mi criado me conoce, y mis acreedores saben que pago lo que compro. Vivo en mi casa, y si frecuento poco ó nada el mundo, es porque poco ó nada pido yo al mundo.

En la multitud de diarios, periódicos y revistas de la muy noble y muy leal ciudad de la Santísima Trinidad, solo *El Diario* ha sido bondadoso con mis escritos, reproduciendo *Don Braulio* con elogio, y ciertamente que me habría sido muy grato agradecer personalmente esta nuestra de simpatía, ese rasgo de bondad, tratándose de un nombre que se supone ser un mito, un seudónimo, una fal-

sedad por decirlo así. Pues no hay tal cosa : yo soy quien soy. Victor Galvez me llamaron cuando me bautizaron y espero que tal sea el nombre que figure en mi partida de defuncion. No hay, pues, que correr en pos de otros á quienes se pretende colgar mi oscuro y modesto nombre, despojándome á mí de mi propiedad y suponiendo que no puedo ni existir, cuando por el hecho de que pienso existo.

Y no tengo biografía; publicaré mis *Memorias* y mis artículos en la *Nueva Revista* solo por deferencia y como prueba de respetuosa afeccion al doctor don Vicente G. Quesada, que es el que me ha metido amablemente en la tarea de emborronar papel, que él acoje con simpatía y me estimula con sus consejos. Si mérito hubiera, á él se lo debiera, pero él sabe que yo no quiero recibir personalmente homenage de especie alguna, y los aplausos del *Diario* me llegan como el suave perfume de los tiempos pasados, en que

como todo hijo de vecino, pude tener mis sueños, felizmente desvanecidos como humo.

No se preocupe, pues, el *Diario* en conocer mi figura de carne y hueso, ni crea que yo hago misterio, ni me preocupe ni proponga ocultarme. Mis escritos deben ser mi única relacion entre ambos, como puede contar con mi agradecimento por los elogios que me prodiga, sin merecerlos yo.

Pero si no puedo presentarme en la redaccion para decirle: *ecce homo*, sí puedo decirle lo que no soy.

Primeramente:

No soy pariente de los que mandan;

No tengo ministros que me protejan;

No soy contratista ni proveedor;

No he negociado en tierras del Estado;

No he recibido sueldo, pension ni emolumento alguno de ningun gobierno;

No he golpeado, ni Dios quiera lo haga ja-

más, la puerta de ningun ministro para mendigar un favor.

Soy, pues, un pobre diablo, que posee una pluma, tinta y papel blanco, y como inocente distraccion cuando me siento de buen humor, escribo, y cuando no, leo; y si no quiero, ni leo ni escribo: cómo y duermo. Ya vé, pues, el curioso y muy amistoso redactor del *Diario,* que soy nada como político, nada como influencia, nada como riqueza. Un punto al fin de una frase, ese soy yo: que no mereceré ciertamente el honor de que el señor Sívori haga mi retrato *d'après nature,* como acaba de hacerlo con Don Braulio, á quien yo creí muerto y por ello lo tomé por tipo de mi primer articulillo. De modo que si el buen Don Braulio se coloca hoy entre los personajes contemporáneos, como el tipo de una raza tenderil ya extinguida, yo que evoqué su recuerdo, debo quedar y quiero quedar simple viviente, reducido al pequeño círculo de

mis amigos. No aspiro á servir ni de modelo para un artista, que es el papel que desempeña ahora Don Braulio.

No tengo aspiraciones, no espero nada por otra parte, porque estoy convencido que si honestamente aspirase á cualquier cosa, tendría cerradas todas las puertas, porque no tengo la papeleta de afiliado á ningun círculo ni empresa electoral alguna, y quiero conservar la plena conciencia de mi *yo*.

¿Por qué escribo?

Este es el único misterio que yo mismo no puedo descifrar: escribo porque escribo. Este es el hecho y póngase punto concluido.

¿Pero por qué empeñarse en creer que mi nombre, modestísimo, es solo una careta?

Verdad es que en estas tierras donde hasta al aceite de maní, produccion de Santa-Fé, es necesario ponerle etiqueta extranjera para que se venda y pueda dar utilidades al agricultor, al industrial y al comerciante, no es

extraño que se suponga que mi nombre oscuro es una etiqueta para que lean las producciones de algun escritor conocido. Pero ¡ válgame Dios! Por el buen sentido de Sancho, protesto que yo me llamo como me firmo, y que firmo como lo dice, lo que dicen que es mi partida de bautismo: soy de carne y hueso como los redactores del *Diario*. Mi nombre figura en la escuela de Mr García. Viven mis condiscípulos, me trato con algunos, soy amigo de Gundin y del señor Rufino, entre otros.

Puede ser y es muy posible que me encuentren en la calle, en el teatro, en los paseos, y como no se lleva el letrero que diga: *Fulano de tal,* como se ven las tablillas con nombres de las calles ó los números de las puertas, los redactores del *Diario* me verán como á tanto hijo de vecino, sin saber si soy Victor Gálvez, ó Perico el de los Palotes. No soy una notabilidad, pues más célebre y conocida es la capa del señor Araoz; ese mortal feliz, eter-

no *flâneur,* filósofo práctico, digno de vivir en la memoria de todos y servir de modelo al señor Sivori para otro retrato á pluma del género del de Don Braulio.

Queda, pues, claramente establecido que el pobrecito escritorzuelo que estas líneas traza, y tantas trazara antes, y Dios sabe las que escribirá despues, es un hombre que viste y calza como todos los moradores de la ciudad de Buenos Aires; que vive como ellos, y que como ellos se contenta en tomar el sol cuando hace frio, en leer á la sombra en los dias del estío, y en conformarse con vegetar, olvidado, desde que no tiene ni tendrá parientes en el gobierno que le saquen de la modesta oscuridad en que vive, por su falta de mérito, probablemente.

Uno de los directores de la *Nueva Revista* ha dicho que no soy escritor, porque en efecto no me dedico á escribir para la prensa, pero si ello es cierto, paréceme que he dado algu-

nas producciones originales, hijas mias, exclusivamente mias, las que he enviado ya á la Direccion: si eso no me dá título para que me llamen *escritor*, yo puedo llamarme sin embargo escritorcillo, de mala muerte, si se quiere, á pesar que *El Diario* ha calificado con tal encomio alguno de mis artículos; que ello pudiera enorgullecerme, puesto que me levanta hasta comparar mi valer respecto de los literatos de profesion. Juzgo que esto es bondad de los redactores del *Diario* y no mérito mio.

¿Quiere acaso el *Diario* conocer mi vida, mi casa, mis ocupaciones, qué me preocupa? En cuanto á esto yo no lo sé: pero en esas horas tristes de las tardes de invierno cuando veo la lucha misteriosa de las llamas en la chimenea, sus estrañas formas, ya en lenguas azuladas y oscilantes, ya como irrupciones rojizas cuyo sonido se percibe con el fantástico acompañamiento del chisporroteo

que sirve de coro: entónces me siento preocupado. Y á veces escribo. Fué en una de esas tardes que escribí DON BRAULIO y muchos otros artículos que la *Nueva Revista* irá publicando.

¡Ay! si esas luces pudieran contarme, me digo, los misterios de su vida ¡fugaz! Aparecen y se convierten en luz, para calentar mi cuerpo ó alegrar mi espíritu, que tambien se estremece como esa llama, sin dejar ni las cenizas que mañana sacarán como despojos de este fuego!... Cuántas veces hubiera querido detener la duracion de esa llama azul ténue, que en finísima espiral se levanta en medio de las brasas ó de las llamas rojas: estas me parecen el vulgo del fuego, mientras la otra, elevándose sobre todas, júzgola la mejor, pero ¡ay! es tambien la que menos dura. Las brasas la atraen, quieren apagarla porque aspiró á alzarse sobre todos. ¿Qué aspiracion la mueve, que huye, que quiere es-

caparse hácia arriba? Busca lo desconocido: su base es el fuego rojo y ella es la llama azul! ¡Qué linda es! ¡Cuánto me ha hecho soñar á su ténue claridad! Al través de su luz parecía distinguir lo que fué, que volvía á avivar mi memoria mientras aquella llama tuviera existencia, pero yo no podía prolongarsela! Si echaba más leña, ahogaba la llama, si sacudía los tizones le daba la muerte: la veía temblar indecisa y me entristecía su corta duracion. Así es la vida; ¡duran tan poco los amores! son como la llama azul, nacen y se consumen! A veces, difícil es evocar sus recuerdos porque hasta los recuerdos se confunden. ¿Puedo yo conservar en mi memoria el recuerdo de esa llama que amé un instante? Solo sé que era débilmente azul y que oscilando se levantó hácia arriba y cuanto más la miraba más corta me parecía su existencia; de repente se extinguió y fué reemplazada por otras llamas y por otros chisporroteos: el fue-

go consumía la leña, ¿la llama era tal vez el alma de esas ramas secas?

No sé por qué me sentía profunda y tristemente preocupado al pensar que es imposiple dar duracion á lo que está destinado á desaparecer. Y bien, ¿por qué la memoria guarda las impresiones que fueron fugaces como la llama azul? ¿Por qué me empeño en triturar el corazon con mis recuerdos, si de sus cenizas tibias no haré renacer la llama extinguida.

Yo mismo no lo comprendo; pero cada vez que me siento solitario en frente de mi fuego, cualquiera que sea el sitio en que me encuentre, de esa lumbre amiga salen fantasmas que alteran la plácida tranquilidad de mi yo. ¿Qué espíritu me persigue? ¿La llama azul está delante de mis ojos? Nó: está en mi alma. ¿Es este el amor perdido? ¿Qué es esa llama? ¿Es un símbolo? Es un misterio que yo ni comprendo, ni puedo comprender: yo me había

enamorado de esa llama, porque tal vez sabía que no podía durar. Así acontece á veces que se encuentran otras almas, corazones que como la llama dan calor un instante, se extinguen luego y queda ¡ay! un recuerdo tan vago, tan confuso, tan inocente! más valiera que esa llama hubiera quemado mi epidermis para conservar un signo material de su realidad pasada.

¡Qué abismos profundos encierra el corazon! Delante de ese fuego, confortablemente reclinado en mi sillon, cuando las sombras de la noche comienzan, aquí, delante de mí, veo y no me canso de mirar esta lumbre, que renuevo pero que renovándola la cambio, y la cambio sin cesar: la leña convertida en cenizas dió sus luces, y otros pedazos de leñas darán otras luces, tendré siempre calor, pero renovando sin cesar el combustible. Yo querría algo que fuese duradero. ¡Ay! todo pasa, todo pasa! Es en esos momentos que fijo mis

recuerdos y escribo, he escrito mucho! pero todo ha servido despues para alimentar la llama del fuego de mi hogar. Como escepcion estraña, consentí en que se publicara la indecisa silueta de Don Braulio, y este, olvidado ya de los vivos, reaparece para que tomen su retrato y lo recuerden! ¡Si así reaparecieran los muertos! La oscuridad haciéndose más profunda parece que sirve para dar mayores claridades á la lumbre. ¡Y bien! yo amo el pasado porque ha huido para siempre! Lo evoco y nada, ni el éco me responde: solo la memoria me trae allá de cuando en cuando los recuerdos de lo que pasó, que no volverá más, como la llama azul. ¡Pero son tan vagos los recuerdos! Lo evidente es la triste soledad, la perpétua soledad, la terrible, la angustiosa soledad!... La soledad del célibe. Con el ruido y con la luz, esos recuerdos desaparecen como las sombras, y como estas no pueden ser continuadas, todo va pasando.

Quédame empero la memoria, y allá en los lejanos horizontes del pasado, entre las nieblas que todo lo oscurecen antes de hundirse en el olvido, todavía recuerdo la llama fugaz!

Hasta Don Braulio puede perpetuarse por su retrato, aparece por la originalidad de su traje como un tipo singular y estrafalario; pues bien, yo no tendré ni esa celebridad. Mi silueta quedará en las sombras, y pronto se borrará de la memoria de todos. En ello no hay misterio.

Vivo en el pasado y me ocupo del pasado, porque para mí no hay presente.

A veces, cerca de mi fuego, solitario y triste, quiero creer que hasta los muertos vienen cuando el amor fué el lazo que los unió con los vivos: vienen, sí, vienen á la memoria con el mismo colorido, con los mismos trajes, con los mismos detalles vienen á la memoria, llaman, acarician, y se van: se van como han venido, son sombras que solo distingue

el alma y que solo llegan al alma. Este es el poder de la evocacion del amor. Si el ódio tuviera esa facultad, esas sombras serían terribles y vengativas. Mis fantasmas son tranquilos, porque solo conservo los recuerdos afectuosos. Allá, muy léjos... muy léjos, distingo confusamente la santa niñez, las alegrías de la niñez, los juegos de la niñez, las caricias ¡ay! las tibias, las dulces, las puras caricias del hogar!... ¡Qué suaves son los colores de esos recuerdos!... ¡qué vagas, qué débiles las siluetas de las personas que me acariciaron entónces! Quiero reconocerlas, pero ¡ay! se borran entónces, solo me es dado verlas entre las medias tintas de ese pasado lejano, lejano como la línea nebulosa de la montaña cuando se aleja la nave en el mar. Al fin en el horizonte solo queda como una mancha nebulosa y despues... nada, nada. La nave se ha alejado. Yo tambien me he alejado, y ya no puedo distinguir ni la nebulosa

de mi niñez en el lejano horizonte del pasado.

Pero me queda el poderoso yo, me reconcentro en mí mismo y aún puedo reveer fugazmente lo que ya pasó. Y para que ni esta evocacion sea plácida, se supone que yo no soy yo! que el nombre que llevo no es mi nombre, que yo soy una sombra trás la cual se oculta otro ser!

Me he entristecido, cuando la duda surge hasta en el seno de la verdad.

Yo creía que evocaba la sombra de un muerto, cuando escribí Don Braulio, fué por ello que me permití trazar su perfil, tomándolo del indeciso recuerdo que conservaba en mi memoria, pero, ¡oh sorpresa singular! *El Diario* dice:

« Agradecemos al señor Sivori su preciosa *esquisse*, al mismo tiempo que comunicamos al misterioso Victor Gálvez, que su modelo vive aún y ya sabe donde hallarlo.»

Debo empero declarar con leal franqueza que mi Don Braulio no es el Don Braulio retratado: el mio usaba pantalones! El que ahora me presenta es otro, que ha jurado ódio á esta parte púdica del traje, con que yo recuerdo y he dibujado al buen Don Braulio, *el de las puntillas*. De manera que quede *El Diario* con el resucitado y déjeme el que yo evoqué, por suponerlo muerto. Esa reaparicion es un verdadero engaño al antiguo tendero: no hay marchanta negra ni blanca que se imagine á Don Braulio en el traje en que ahora lo presenta *El Diario*. Eso es una broma, ó que pruebe la identidad de la persona.

Es una aparicion extraordinaria, es un muerto que vuelve, puede decirse, puesto « que él pretende que ha muerto para el mundo », segun el mismo *Diario*, y vuelve extrañamente ataviado para burlarse de mi pobre recuerdo!

Más aún: de la manera cómo ahora viste, es una mistificacion evidente del antiguo tendero, pulcro, decidor, galante, hasta vender por cuatro reales la puntilla ó la randa que valía un peso! El Don Braulio con pañuelo atado á la cabeza, con alpargatas y sin pantalones, no es el que yo he descrito. Este es una transformacion del otro y no lo acepto como genuino. Es un desconocido.

Pero esa misma aparicion está probando que yo tengo una existencia real ¿por qué se duda entónces de mi nombre?

Yo tengo la conciencia de mi yo y no puedo menos de decir á voces que soy yo.

Octubre de 1882.

LA TERTULIA DE DON CANUTO

LAS MOMIAS PARLANTES

La noche estaba fria, y despues de tomar el café en casa de un camarada, me dirijí á la calle y casa donde vive don Canuto; calle y casa que no quiero señalar por razones que yo me guardo, y que nada importan á los curiosos.

Al atravesar la plaza de la Victoria, solitaria y poco iluminada, con sus dos fuentes de fierro fundido, que están secas el año entero y que solo ponen en movimiento las aguas

como los dependientes de tienda se endomingan es decir, en las festividades, aparecen ahí como monumentos funerarios ó quizá como prueba de la facilidad de fundir el fierro. Atravesé, decía, la solitaria plaza, y sobre aquella torre que le han agregado al vetusto Cabildo, como si fuera sombrero de copa de angostas alas al más regordete procurador ó agente de pleitos, cuyo traje haya pasado por la tintorería de Prat; miré repito, aquella monstruosidad arquitectónica, y ví que el reloj marcaba las 8 p. m. Saqué el que me regalaron, de niquel, que marca con regularidad exacta las horas, cotejé ambos y continué hácia la casa de mi antiguo maestro.

Llegué á las 8 y media, segun señalaba mi reloj americano, es decir, fabricado en los Estados Unidos y vendido en la ciudad de la Santísima Trinidad, Puerto de Buenos Aires y hoy Capital de la República. *Amen.*

Estaba en el dintel de la puerta. No había

timbre eléctrico, ni cordon de campanilla, sinó un pesado *llamador* de fierro pintado de verde, como lo estaba la puerta. Dí dos golpes que repitió el éco en el gran patio, iluminado por un solo pico de gas puesto en el mínimun de fuerza, para no desperdiciar la luz cuando aquel estuviera solitario. Dí mis dós golpes y esperé, á pesar del frio, en un zaguan abierto, dividido del patio por una puerta de fierro cerrada con llave.

Momentos despues oí como el confuso tropel de gentes que corren, y bien presto se acercaron á la puerta de reja una muchacha cuarterona, hermosota y bien vestida, una chica como de diez años, especie de pollo cochinchino, grandazo y de formas irregulares aunque carnudo; y como un agregado, un pequeño indio, de los que fueron repartidos cuando la toma de las tribus indígenas en la última campaña al Rio Negro.

Seis manos tomaron otros tantos barrotes

de la puerta de fierro, y otros tantos ojos me miraron huraños.

—¿Qué quiere? me dijo la mulatilla.

—¿Está en casa el Sr. D. Canuto? le respondí.

—¿Qué se le ofrece? me replicó muy taimada.

Saqué entónces mi cartera, tomé mi tarjeta, y pasándola á través de los fierros de la puerta, dije: Vengo á visitarlo.

Tomó mi tarjeta y todos tres salieron corriendo por el estenso patio, adornado con algunas cuarterolas pintadas de verde en las cuales vegetan pobremente, las diamelas olorosas.

No sabía si el Sr. D. Canuto estaba en la casa, si podía recibirme ó si se había marchado: estaba impaciente, el aire era frio y aquella espera era muy desagradable.

Pero oí la misma carrera y pronto mis tres personajes aparecieron tras la puerta de fie-

rro, abrieron con la llave, y me dijeron que pasara adelante. Detrás de mí se volvió á cerrar con llave la misma puerta, de manera que quedaba encerrado y sin salida.

Aquí no hay portero, pero la llave la tienen en seguro resguardo y nadie pasa sin que se le abra la puerta. Estaba al fin en el patio.

Esperé todavía, hasta que en la puerta de la derecha, á través de los vidrios, ví que encendían un pico de gas, y lo hacía el mismo D. Canuto. Abrió la puerta por último.

Mi amigo es alto y delgado, su cara demacrada, de pómulos salientes, de hundidos ojos, la boca es grande y sus dientes descarnados, largos y amarillentos, se asemejan á los de los animales carnívoros no domesticados. La cabeza tiene la forma de una calavera, pues la piel está pegada á los huesos; poco es el pelo, pero la barba es larga, lácia y blanca. No es afable y tiene el aspecto de un maniático manso, de uno de esos tantos que viven

en sociedad sin mostrar por hechos externos el desequilibrio del jucio y la confusion del raciocinio, si se les saca de sus predilecciones orgánicas que constituyen su monomanía.

Vestía un largo gaban de paño grueso, llevaba un gorro de terciopelo bordado de oro, y mostraba las manos huesosas, completamente descarnadas, en las que se veían las articulaciones de aquellos dedos largos, irregulares y feos.

Sus ojillos pequeños miran con cierta desconfianza, y aunque sonrió al verme, se conocía que le desagradaba la presencia de un huésped inesperado: es instintivamente huraño.

Me estendió su mano, y me invitó á sentarme. La conversacion comenzó lánguida y soñolienta, pues parecía que habían interrumpido la siesta de aquel buen señor, largo de cuerpo como es estrecho de cráneo, que se ha prolongado en un solo sentido, hácia

el pasado, de manera que su pescuezo descarnado al mostrar las arterias en relieve parece que indicara al hombre que mira retrospectivamente hácia lo lejos, que no busca el horizonte al alcance de la vulgaridad, sinó que mira por sobre la tapia, diríase, hácia el tiempo de atrás ó hácia el corral que deja el tiempo: tiene algo de cazador furtivo.

Mi amigo abrió la puerta que daba al patio, de manera que si bien el frio al penetrar en aquella habitacion desvanecía el olor á humedad y al humo del *cigarrillo negro*, me helaba al mismo tiempo. El piso estaba cubierto por una vieja estera de esparto, un bufete de caoba antiguo estaba en el centro y algunos pequeños estantes de libros, colocados estos bajo vidriera, completaban todo el adorno. Sillas de caobas con incrustaciones y sobrepuestos de bronce amarillo, constituían el amueblado de aquella sala fria.

Sin embargo, noté que esta sala estaba di-

vidida de otra por una gran portada, que formaba el crucero, la cual á la sazon permanecía oscura. Yo había sido recibido en la ante-cámara, como un profano que se atreve á penetrar los misterios de otra época. Me parecía que aquel hombre estaba contrariado y que deseaba echarme fuera, y me propuse descubrir el contenido de la sala oscura, de aquel templo al cual dirijía con frecuencia sus ojillos rojos, mi buen señor don Canuto.

Me habló de libros al fin, de libros viejos, que tratan sobre cosas pasadas; sus pasiones y sus gustos son retrospectivos; y los libros apolillados le atraen como un delicado perfume inglés á la más linda niña del mundo elegante.

Me habló y me mostró libros tras libros, suyos y ajenos, animándose poco á poco al hablar de los tiempos antiguos; parecía que se iba olvidando que yo no era de los ini-

ciados en los misterios de lo viejo; pero la verdad sea dicha, empezaba á sentirme impregnado por un olor á viejo, como si el polvo de manuscritos antiguos penetrase por las fosas nasales y me secase la garganta; creía que mis ojos se ponían rojos, pues comencé á creer que había polvo en la atmósfera de aquella sala. El hablaba sin cesar y había tomado calor su palabra seca, descolorida y chillona.

Yo le escuchaba, me parecía que podía oir y ver cosas que no se ven ni se oyen en la sociedad nueva. A veces me parecía que era una evocacion, un aparecido, un retardatario de la muerte.

¿De qué me conversaba? No lo sé, comentaba los libros, comparaba unos textos con otros y me prometió mostrarme curiosos manuscritos antiguos, muy antiguos, antiquísimos, decía. Como él solo hablaba, yo me iba adormeciendo, cuando entró el señor Delardilla.

Este personaje vivísimo, es pequeño de estatura,de voz penetrante aunque cascada, delgado y muy enjuto, sus facciones parecen pergamino secado al sol, pues son muchas y profundas las arrugas que han marcado sus muchos años. Tenía indudablemente frio, pues se restregaba incesantemente las manos y no quería sentarse, no atreviéndose empero á indicar que sería prudente cerrar aquella puerta abierta.

Este caballero fué muy espansivo y hablador; en un momento hizo la crónica actual, social, política y económica: habló de todo y contó anecdotillas presentes, graciosas las más.

No quiero hacer su retrato, pero al verlo me recordó á *Pascual Bailon.* Tiene entre sus imponderables calidades el don de la ubicuidad, el que utiliza en provecho propio.

Movíase como una ardilla y yo me decía, no en vano se llama el señor Delardilla: se pa-

seaba, se paraba y hablaba sin cesar. Mientras tanto, el señor don Canuto y yo guardabamos silencio, religioso silencio; imponente y grave se iba tornando la escuálida figura del dueño de casa, que miraba con fijeza al recien entrado y le seguía con la vista en todos sus movimientos, pues accionaba vehementemente.

Al fin, como si alguna idea hubiese repentinamente cruzado por su cerebro atrofiado, dijo solemnemente:

—Pasemos á la otra pieza, y tomando de sobre la mesa una caja de fósforos de palo, penetró el primero en la sala oscura. Encendió entónces dos velas de sebo, llamadas de «molde», puestas sobre dos palmatorias de bronce lisas, muy lustrosas, en cada una de las cuales había pequeñas despaviladeras.

Aquella luz era tétrica: apenas iluminaba el bufete cargado de papeles, lo demás quedaba en semi-oscuridad.

Miré en torno mio para darme cuenta; había entrado en el imaginario santuario.

En el frente del bufete había una silla de esterilla de brazos y otras dos iguales estaban colocadas al otro costado. De manera que sentado en la primera se daba la espalda á la pared y allí se colocó el dueño de casa en su bufete. Las dos visitas nos sentamos en las otras dos sillas.

Sobre el bufete había un antiguo tintero de plata, un pañuelo de seda rojo á un lado y al otro uno de algodon á cuadros de colores; más lejos una caja de polvillo, un paquete de cigarrillos negros y un microscopio con su aro de metal blanco y mango de lo mismo. Al ver aquel instrumento, recordé que parecidos vendían en las bandolas de la plazuela San Francisco y frente á la Recoba Nueva, allá en los años de la niñez. Probablemente es de aquellos mismos, me decía, que algunos compraban para encender el cigarro al sol, atra-

yendo los rayos sobre el lente y poniéndolo bajo el foco luminoso. En fin, cualquiera que sea la data de la adquisicion, allí estaba sobre aquel bufete. Algunos estantes de libros, litografías de la época de Bacle, grandes caracoles y petrificaciones servían de apretapapel. La estera de esparto era más nueva que la de la cámara anterior, y en la pared en líneas iguales, se veían sillas de caoba y esterilla, de piés torneados y en el respaldo aplicaciones de bronce amarillo.

— Es mala esa luz, dije. El señor don Canuto compromete su preciosa vista leyendo con ella.

— ¡Qué error! me replicó. Mi esperiencia me ha probado que la mejor luz para conservar la vista, es la de las velas de sebo, y por eso nunca se enciende gaz en esta pieza.

Fué en vano indicarle las investigaciones científicas que se han hecho para averiguar cuál es la luz artificial que daña menos á la

vista, citándole las *Revistas* que de ello tratan. Don Canuto se sonreía con un desden despreciativo, repitiendo:

—Si usted quiere tener buena vista, no encienda sinó velas de sebo!

Este rasgo característico dá la medida del criterio de don Canuto: vive en el pasado, del pasado y para el pasado. Nada le importa del movimiento presente, para él el progreso está hácia atrás, y se baña en el polvo de los papeles viejos, y huele la polilla y con el microscopio descifra las letras descoloridas y amarillentas de cuanto documento antiguo le cae á la mano: su ideal está allí. Ese es su mundo, lo demás son nimiedades; mira hácia atrás, y eso constituye su monomanía. No tiene tiempo para seguir el movimiento presente, y se hunde en las enmarañadas rencillas de los primeros tiempos de la colonia y cuenta hasta las calzas que trajo cada descubridor. Ese es su fuerte.

Entretanto, el pabilo de las dos velas había crecido y formaba como rosetas negras, abiertas y desgarradas en la estremidad superior de cada vela. La luz era más tétrica y todo olía á sebo quemado. Don Canuto tomó gravemente las despaviladeras y cortó la paveza de las velas, sin dejar de ponderar las excelencias inconcebibles de esta luz, que desde niño era la única que él habia usado y que usaría para leer de noche. Tal es don Canuto: testarudo, retrógrado y de pocos alcances.

El señor Delardilla movía sus piernas sin cesar y se restregaba las manos sin decir una palabra: yo guardé tambien silencio. Inútil era contradecir al dogmático y autoritario don Canuto.

—Mire V., dijo don Canuto, cada vez que pienso lo que era nuestra antigua sociedad y la comparo con la actual, me entristece el alma! Ahora en vez de las velas de sebo tie-

nien el gas, y como si esto no fuera bastante ensayan todavía la luz eléctrica! Si el gas extingue la retina, si la vision no puede producirse fácil por este abuso luminoso, ¿qué será cuando la luz eléctrica nos haya enceguecido? Don Canuto estaba profundamente conmovido pensando en el futuro país de ciegos! Observen ustedes cómo han aumentado los miopes con el gas! Eso explica que L. Schnabl se enriquezca vendiendo lentes y anteojos, que comiencen á generalizarse los establecimientos óptico-oculistas, y que niñas y jóvenes pongan gafas sobre sus narices con aros de oro ó de carey. ¡Santo Dios! qué porvenir con esta luz tan deslumbrante! Ya no será bastante que hayan especialistas notables como los doctores Roberts y Crespo, Aguirre seguirá engordando, y mirará sin ver este porvenir de lucro!

Antes la sociedad era modesta y en torno del brasero, al olor del zahumerio del romero

fragante y de alucema, se contaban las buenas crónicas y nuestras mujeres jugaban tranquilas al tresillo, mientras que ahora está reemplazada por la lujosa chimenea de mármol con el chisporroteo del carbon de luz ó por gruesos trozos de ñandubay; que en vez de atraer, aleja la sociedad. ¡Comparen ustedes tiempos con tiempos! ¡Qué porvenir para los que ahora son niños! Yo prefiero la oscuridad, dijo.

—Y dígase lo que se quiera había más garantía para las personas, agregó el señor Delardilla. Entónces había serenos, honrados guardianes que con solo la linterna espantaban á los ladrones, y con sus picas y machetes eran capaces de arremeter á un oso. Luego ¡qué canto! las horas eran marcadas con la indicacion de si había buen ó mal tiempo, y durante cierta época, con los vivas y mueras; de manera que descansando cada uno en su cama, no tenía necesidad ni de

reloj ni de barómetro, porque este era un servicio policial. Recuerdo del efecto que hacían esos guardianes en invierno con sus capotes, cuando acudían á la Policía y desde allí, linterna en mano, se esparcían por la ciudad: se asemejaban á las luciérnagas. Ese servicio lo desempeñaban generalmente gallegos y asturianos, los que se enganchaban al efecto y formaban un cuerpo militar.

—Sobre todo, le interrumpió don Canuto, entónces se podía salir acompañado por un criado con farol, garantizado por ello de no meterse en el barro hasta la rodilla por las calles sin empedrar, y de romperse una pierna en las aceras enlodadas!

—Cierto que todo era cómodo entónces, dijo el señor Delardilla. Se usaba la capa que abriga en la calle, y que se ponía á los piés sobre la cama; la capa que es cómoda, porque debajo de ella podía llevarse desde las velas de sebo hasta la carne. ¡Oh capas venerables!

Recuerdo la capa parda del anciano Faneca, que en dias de lluvia se ponía dura como si fuese de palo. ¡Qué paño! ¡y qué color firme! Hoy ya no se vé sinó al impertérrito Araoz, cubierto con su roida capa en invierno y en verano: en el invierno porque abriga y en el verano porque lo defiende del sol.

—¡Qué tiempos aquellos! ¡Qué sencillez de costumbres! ¡Qué economía en los trajes! Los niños con capotes de barragan forrados en bayeta, y en verano con aquella «piel del diablo» tan perfumada, que los pobrecitos no podían ocultarse porque se les descubría por el olor. Entónces se gastaba un traje al año: frac, pantalon y chaleco, y siempre frac, tan sério y tan grave! ¿Se acuerda usted de don Ventura Arzac? ¿Y qué decirle del alto y venerable doctor don Vicente Anastasio Echavarría? ¡Qué tiempos! amigo mio, dijo el señor Delardilla, y quedó pensativo.

Ahora todo es mudable, continuó, cada es-

tacion exige traje nuevo, género diverso, forma distinta, y nunca se salda la cuenta con el sastre!

Yo había puesto punto en boca. Ellos recordaron el café de *Mallcos*, cuando estaba administrado por Munilla, aquel aficionado al piano, que era un atractivo para los que daban serenatas en vez de pelar la pava, como lo hacen en ciertas villas de España. No olvidaron tampoco el café de Santo Domingo, ni el de Catalanes, ni menos las aventuras galantes de don Goyo Gomez, aquel veterano de Venus, que hemos conocido alegre en los últimos años, amigo de la juventud, de la vida bulliciosa, elegante de maneras, conversador ameno y la crónica parlante de los tiempos de la independencia.

Hicieron la historia de esos establecimientos y de sus transformaciones, centros de acuerdos políticos, sitio de enredo y de chismografía. Era allí, en los tiempos de fiebre

en el diarismo, donde acudían los diaristas, menos el P. Castañeda que por su hábito no pisaba los cafés. Revolucion hubo que en el café de *Mallcos* tenía el centro de accion. Se peroraba, se gritaba, se pronunciaban discursos, y en el inmenso patio, hoy convertido en casa de remate, en torno de multitud de mesas, los magnates de la época hacían sus negocios, porque no había Bolsa de Comercio. Ese café ocupaba la parte baja de la casa que forma la esquina de la calle Alsina y Bolivar, la cual no ha sido reedificada todavía. Allí se comentaban las grandes jugarretas en que se perdían propiedades. El general Quiroga, envuelto en su poncho de vicuña, solía pasar cuando iba á la tertulia de juego en casa de...

—¿Donde vá ahora la juventud? preguntó don Canuto.

—A esos establecimientos que parecen hornos candentes por la multitud de luces de

gas, le contestó Delardilla. Los hay tan grandes que las mesas de billar llegan hasta cerca de cuarenta... ¡Qué batahola! ¡Qué atmósfera! ¡Qué ruido!

— Diga V. señor Delardilla, ¿ha entrado V. en alguno de ellos? le preguntó don Canuto muy curioso.

— Si señor, en varios, contestó. Todos los cuales iba describiendo con designacion nominal de parroquianos, calle y número de la entrada. Parecía más instruido que un *almanaque*.

De esta conversacion pasaron luego á criticar el traje de las señoras, el botin que hoy calzan, las gorras que llevan, las plumas de los adornos, la carestía de los guantes y la variedad de los colores. Ellos preferían los trajes de espumilla celeste, bordados de realce, que se llamaron de medio paso; porque un escultor podía adivinar al traves de aquella tela suave y suelta, el modelo que cubría

y las gracias que ocultaba. Recordaron los peinetones enormes inventados por Masculino ó Maculino, tan grandes que era muy difícil manejarlos, é imposible salir con ellos en dia de viento pampero. Mil detalles curiosísimos sobre modas se discutieron como crónica histórica, tan curiosos que para convencerme de su exactitud me mostraron varias litografías de Bacle, y diversos retratos que conserva don Canuto entre las curiosidades que recoje, cuando no tiene que comprarlas.

Allí se veían los hombres con coletas, calzon corto, chupetín, casaca, hebillas de oro, medias de seda negra y alta corbata blanca, antiguos cabildantes sin duda. Luego, cuando Belgrano cortó la coleta á los Patricios, fué signo de adhesion que los jóvenes se cortaran el pelo, y más tarde el calzon corto fué reemplazado por la bota de campana y pantalon ajustado de ante, el frac azul con botones de metal y siempre la corbata blanca. Y

por último el traje burgués fué el frac, siempre el frac y la corbata blanca, de dos vueltas y rosetas bajo la barba. No hablaron de la chaqueta azul, chaleco colorado y pantalon azul de la época de Rosas.

El señor Delardilla tiró maliciosamente la lengua á don Canuto, y este le replicó como era justo.

Recordó que en la niñez y juventud nunca había cesado de reir, que siendo ya muchacho se divertía en cortar pedacillos de paño, ponerles tiza para que en forma de calavera pudiera quedar impresa la marca en cualquier género oscuro; dijo que Delardilla ataba á un hilo el tal pedazo de paño y marcaba á cuanto inocente prójimo pasaba delante de la puerta de calle; que ponía colas de papel prendidas con un alfiler en forma de gancho; que cosía los vestidos de las mujeres unas con las otras; que no dejaba títere con cabeza sin menearlo y mofarse de él.

No fué menos bulliciosa la historia infantil de don Canuto; su contemporáneo aseguraba que había sido famoso apedreador de todos los perros del barrio; que se divertía en calentar con agua hirviendo la bombilla para el mate cuando había visitas en su casa, para que se quemasen los lábios. Cuando era de noche, y algun caballero dejaba el caballo en el poste, le amarraba por la cola, de modo que al montarlo, el animal no podía marchar porque estaba sujeto al poste á pesar de los rebencazos del ginete desesperado. Que reía de todos atando tarros á la cola de los perros, emporcando los llamadores de las puertas, poniendo piolas atadas del poste á las ventanas, todo por reir con los percances de los paseantes. En fin, que fué el azote de su barrio, el terror de sus maestros y el capitanejo de todos los muchachos raboneros de las escuelas de don Juan Peña y don Rufino Sanchez, para apedrearse en el bajo del rio.

En efecto : allí se trababan unos y otros en combates reñidos y en vez de balas se hacían descargas de piedras ; enseñanza prematura de revoltosos y demagogos, que creen que á balazos se corrijen los malos gobiernos. Esos muchachos pendencieros han sido despues los agitadores de los clubs, los revolucionarios y anarquistas.

Mientras el buen pueblo, honesto y laborioso ha sido la víctima de todos los trastornos sin obtener jamás administracion económica.

Mis dos conocidos despues de decirse pullas más ó menos hirientes, comenzaron á renovar la conversacion sobre los tiempos pasados, las anécdotas más ó menos picantes, los dichos, las referencias y las crónicas de todos los personajes de la sociedad vieja.

Dijeron que el general Quiroga, como un medio de gobierno para amedrentar á las masas incultas y semi-bárbaras á las cuales

era preciso impresionar y fascinar por el temor, dictaba ciertas medidas crueles.

Había entrado vencedor en Mendoza, y entre los prisioneros en esas guerras civiles, habían sido tomados seis oficiales de las familias más conocidas de la ciudad vencida. Las mujeres de todas condiciones, las clases pudientes, el clero y todo cuanto tenía influencia en aquella poblacion, se puso en movimiento para implorar la clemencia del caudillo vencedor. Este solo quería impresionar por un acto de terror, pero fueron tantos y tan poderosos los empeños, hiciéronle presente que el castigo de los seis oficiales enlutaría á la mayor parte de la poblacion. Quiroga irritado por aquella insistencia, preguntó: ¿pero qué no hay aquí alguien que no tenga vínculos de familia? Sí, señor general; respondieron hay un francés peluquero. Pues bien: que aprehendan á ese desconocido, y como castigo militar lo fusilen

luego y pongan en libertad á esos oficiales. No quiero oir hablar más de estas cosas. El pueblo sabrá que hago justicia y respetará mi autoridad.

El pobre francés fué preso y condenado por el delito de ser desconocido y los otros obtuvieron su libertad por ser miembros de las familias principales.

Esta anécdota es carecterística de una época de desórden, de gobiernos autóritarios é irresponsables.

Mis dos amigos comentaban estas historietas, pero yo considero prudente suprimir sus comentarios.

Don Canuto refirió en seguida otras más, muy dignas de mencion, referentes al gobierno de Rosas. No quiero resistir la tentacion de poner alguna en conocimiento de mis lectores.

Había cierto honestísimo coronel á quien Rosas estimaba, pero al que dejaba vegetar

en una vida de extremas privaciones por lo reducido del sueldo. Fué tan grande la penuria agravada por enfermedades en la familia, por encontrarse agotado su crédito, que el pobre hombre no tenía puerta por donde llamar.

Desesparado se resuelve á elevar un memorial al señor gobernador, padre de los pobres, como le decían, esponiéndole su penosa situacion y demandándole un socorro. La peticion debió ser redactada en el lenguaje servil y ampuloso de la época, pero como en el fondo decía la verdad, y Rosas tenía á veces sus inspiraciones generosas, mandó llamar al solicitante.

Introducido á la presencia del gobernador, ante quien se presentó muy lleno de temor, aquel le dijo que estrañaba ese pedido y la queja de que el sueldo fuese escaso, puesto que otros buenos federales como el señor don... con igual sueldo, podía vivír no solo en hol-

ganza sinó que él sabía que había comprado varias fincas. En virtud de lo cual, dijo S. E.:

—Coronel, V. debe ser muy vicioso.

La sorpresa y la angustia del honrado militar fueron tan grandes, que no sabía cómo probar que era hombre de costumbres honestas; padre de familia honrada y que no tenía vicio alguno; pero que el sueldo era tan pequeño que apenas podía dar de comer á sus hijos. La sinceridad de este hombre, sobre cuya honradez Rosas no dudaba, fué tal, que despues de un momento de silencio, le dice:

—Mire, coronel, Vd. debe ser muy maula! Vaya á ver por mi órden al señor capitan...y dígale que yo lo mando para que le informe cómo con su sueldo puede vivir y comprar casas. Pero, añadió: como Vd. es poco práctico, le voy á dar una órden para que le entreguen á buena cuenta una suma de dinero; con ella remedie sus necesidades, y venga á

decirme luego qué le ha dicho el señor capitan.

El coronel agradeció á S. E. el favor que le dispensaba é inmediatamente fué á cumplir la órden que había recibido.

El personaje aludido impuesto del encargo de S. E. comprendió su alcance, y dijo al coronel que efectivamente con el sueldo que tenía no podía vivir, pero que, con los gajes del empleo y por la benevolencia de las personas á quienes servía, tenía algunas entradas con las cuales se mantenía y hacía economías.

Rosas había llenado su objeto, le había hecho saber que sospechaba de sus abusos como empleado público, pues con escasos sueldos no se economiza y hace fortuna. Como es de suponerse el coronel le trasmitió el informe, y entónces Rosas le mandó dar dinero para que comprase una casa y le asignó una ayuda de costas ó auxilio, pagado en la forma que acostumbraba S. E.

El gobierno de Rosas no está estudiado aún: los medios de que se valía, la autoridad irresponsable que ejercía, la sumision de los ciudadanos, la sociedad de que se rodeaba, su corte y hasta sus bufones, constituyen un tipo social de la edad media, con los señores feudales, los siervos, sus guerras, pechos y tributos. De sus bufones se servía para prevenir á los empleados de sus faltas, para imponer á sus subalternos, para humillar á los que pretendían tener conciencia de su personalidad.

Despues de estas referencias y de los comentarios á que dieron lugar, recordó festivamente las escursiones que hacían junto con el señor Delardilla á la entónces nauseabunda «Plaza de Armas», depósito de basuras en aquella época, en la cual se divertían en saltar las verdosas y putrefactas aguas que corrían por la calle de Talcahuano, las que pasaban por debajo del puente de ladrillo cons-

truido en la esquina de las calles del Parque y Talcahuano. Allí desde el puente los apedreaban los pilluelos del barrio, y ellos corrían para darles de pescozones. En tales hazañas don Canuto había sido famoso por su lijereza, ajilidad y sus fuertes manos, que como garfios de fierro aseguraban á los pilluelos fugitivos.

La conversacion se había hecho muy entretenida, y yo escuchaba sin tomar parte en ella, porque eran tiempos que no había alcanzado. Recordaron cuando saltaban las tapias de barro en aquellas quintas, frente al costado de la estacion central del Ferro-carril en la Plaza del Parque. Por encima de las cuales se veían los altos cipreses, añejos y en largas filas, tristes pero perpétuamente verdes, y los ranchos de paja en que vivían los negros que cultivaban aquellas quintas. Donde hoy se levanta el palacio de Miró, había una cerca de tapias que cuadraba la manza-

na, porque ese terreno era otra quinta. Frente á la actual estacion, corría una especie de arroyo que engrosaban las aguas pluviales, y para atravesarlo es que se había construido el puente en la esquina de Talcahuano y Parque. Los tunales, las pitas, las arboledas de las quintas, daban á este arrabal el aspecto de campo. El Parque de Artillería era el único edificio de consideracion, y se había situado estudiosamente en las quintas, fuera del centro de la poblacion ó de la que era propiamente la ciudad. El *Jardin Argentino*, situado en la manzana entre las calles Temple y Córdoba y las del Uruguay y Paraná, fué formado por una sociedad de ingleses y se abrió en 1827. Fué verdaderamente un establecimiento á la europea, situado en los suburbios ó afueras de la ciudad. Habia músicas, teatros, fondas, juegos y bonitos jardines ingleses.

Para que se forme exacta idea de lo que era

la ciudad, bueno será que recuerde las prescripciones del *Auto general de buen gobierno*, espedido por el virey don Baltasar Hidalgo de Cisneros á 18 de Setiembre de 1809.

«12. Que no anden por las calles cerdos sueltos; y para que esta prohibicion tenga todo su efecto, mando que pasado las 48 horas de la publicacion de este bando pueda cualquier vecino apoderarse de los que halle sueltos por las calles y arrabales de la ciudad.

« 13. Que se quiten todos los cercos de tunas que forman calles en el centro de la ciudad y sustituya en su lugar la correspondiente tapia, y la misma se levante en todos los solares que se hallen abiertos al frente de cualquier calle, pena de que se le venderá el terreno á quien no lo hiciere, á fin de que lo verifique el poseedor más propenso al beneficio comun.»

Estos dos artículos corroboran la exactitud de las referencias anteriores, pues si había

cerdos sueltos en las calles de la ciudad y cercos de tunas en el centro de la misma, esta era una poblacion sumamente reducida y muy embrionaria. No pacen libres los cerdos en pueblo alguno en cuyas calles haya movimiento.

No les bastaba la charla vivaz y animada de sus recuerdos juveniles, sinó que de cuando en cuando se decían algunas cosillas que les irritaban, reminiscencias de las rencillas y celos de los tiempos pasados. El señor Delardilla pretendía que don Canuto había tenido brazos largos y fuertes garras para trepar á los árboles y á las parras, y engullir la fruta de las quintas, por cuya razon, decía, tenía dientes amarillentos y largos.

Don Canuto no le iba en zaga en devolver historia por historia, y uno y otro se presentaban en camisa delante del espectador, como muchachos pendencieros, barullentos y raboneros.

Pero de repente se apercibieron que mi actitud silenciosa simbolizaba la presencia de un testigo ante el cual habían prestado peligrosas declaraciones, y fué don Canuto quien me significó no creyese en aquellas referencias burlescas é inexactas, que no debían salir de la intimidad en que se habían referido. Yo les manifesté que les había oido y aprendido muchas cosas de sus tiempos pasados, que por mis años no podía conocer, que había sido muy instructiva para mí aquella conversacion vivaz.

—No diga Vd. una palabra más. Le comprendo, dijo don Canuto. Vd. pretende poner en letras de molde en la *Nueva Revista* lo que inocentemente hemos hablado, pero ese es el papel de cazador furtivo que se mete en collado ajeno para burlar la vigilancia del propietario. Sé que es inútil le pida á Vd. reserva, pero no haga retratos y cuente lo que le plazca.

Yo que no hice, no he hecho ni haré retratos, despues que tuve la malhadada suerte de que se apareciera un muerto que evocaba en la creencia que estaba ya hecho polvo; no quiero, ni puedo esponerme á que se me presente otro Don Braulio. Declaro que no hago retratos, que invento y estudio tipos, pues he roto todas las fotografías de mi coleccion. Cuando haga un retrato, diré el nombre sin embozo, porque no será ofensivo.

Recordaron en el curso de la conversacion que entónces los médicos montaban á caballo, buscando los que se llamaban de paso ó marcha; que los doctores vestían siempre con guante de algodon blanco, látigo con cabo de bronce en forma de martillo y un ramal largo para defenderse de los perros, y cabalgando así visitaban los enfermos. No había carruages, ni las calles pantanosas hubieran hecho posible su tránsito. Los muchachos decían: allí viene el doctor! y se quitaban el sombrero,

como lo hacían delante de todo sacerdote ó de los ancianos á quienes cedían la derecha de la vereda.

Antes el médico andaba á pié y era sério y grave como el doctor Montúfar ó el doctor Gaffarot.

Todo estaba sujeto á cierto régimen uniforme.

Los mendigos tenían que obtener permiso de la Policía para implorar la caridad, y aquella lo concedía ó no, dando en caso afirmativo una lata cuadrada que colgada sobre el pecho mostraba la patente de pordiosero.

Ahora, á pesar del Asilo de Mendigos, pordiosea el que quiere, y se meten y duermen hasta en los caños de fierro fundido que están depositados en el bajo de la Recoleta, según lo contó el diario *La Prensa*. Cuando eramos niños se mendigaba á caballo, decían, y ahora se duerme dentro de los caños de aguas corrientes!

Despues de una pausa, volvió don Canuto á sus alabanzas de las velas de sebo, cuando entró sin ser sentido, pisando sin hacer ruido blando y meloso, dulce y afable, simpático, sonrosado é insinuante, el señor don Perfecto Cumplido, cura de la parroquia y contertulio de don Canuto.

De manera que yo me encontraba como un entrometido en la tertulia de aquellos venerables personajes, dados todos á las investigaciones retrospectivas, tanto que ellos mismos eran verdaderas y genuinas antiguallas, tan luenga fuera su vida y tan lejanas sus mocedades: tan lejanas y tan curiosas é instructivas, que es de ellas que hubiera deseado se ocuparan con detencion y narrasen las crónicas de esos tiempos, siempre buenos para los que los conocieron; porque siempre es dorada la juventud y sonrosada la niñez. Pero ¿cómo tirarles la lengua? me decía. ¿Cómo les pudiera hacer hablar para cometer luego la

indiscrecion de revelar lo que escuche? No me ocurría la manera, porque lo digo en verdad, nunca tuve inventiva y fuí lerdo en esto de tirar la lengua al prójimo, y por eso es que quizá solo dejo que se mueva la mia, que se hace parlante hasta en sueños, segun me dijo el sirviente, suponiendo que tengo el mal gusto de soñar á voces!

En fin me resolví á meditar un ardid para hacer que hablaran de sus verdes tiempos, como un estudio de costumbres retrospectivas: pero si lo pedía, evidente era que se encontrarían perplejos, ó se negarían rotundamente, pues ya se habían quedado alarmados con la anterior conversacion.

¿Cómo es, me decía, que estos se han escapado de las periódicas visitas de la Parca? Y me hundía en reflexiones sin salida.

De repente, cerré los ojos y no sé si me dormí; pero sí sé que guardé en la memoria lo que acabo de repetir.

En esa misma habitacion había una larga y angostísima caja de cedro del Paraguay, muy vieja, con gozne de fierro y una cerradura que pudiera ser quizá de plata, pero estaba ennegrecida por el tiempo. Me acerqué á examinar aquella estraña caja y leí sobre una cartulina azul, esta leyenda : *Caja de la espingarda que perteneció á Hernandarias de Saavedra.* ¡Ah! me dije, es dentro de esta caja que se oculta don Canuto cuando la Parca le busca, y no encontrándole á mano pasa de largo.

—Pero ¿cómo y dónde se mete el señor Delardilla?—La casualidad quiso que descubriera el misterio.

En efecto, aquella misma noche sacó del bolsillo del gaban una enorme caja de polvillo y me apercibí entónces que en el pelo del señor Delardilla había polvillo conglomerado. Luego, me dije, este se mete dentro de su polvillo y la Parca pasa!

Quedaba solo por descubrir de qué treta se valía el señor cura Cumplido, y supe andando los dias que tiene en su casa un fanal de cristal dentro del cual se vé una viejísima cuchara de plata, con esta leyenda: *cuchara que trajo don Pedro de Mendoza, primer fundador de Buenos Aires.* Es aquí, dentro de este fanal, que se coloca el presbítero don Perfecto, y como la Parca no usa gafas, pasa sin ver, le busca en sus rincones y supone que ya se lo ha llevado en otros viajes anteriores. Así se van escapando de la muerte estos tres contertulios, muestras perdidas de generaciones extintas: son las momias parlantes.

Noviembre de 1882.

MI TIO BLAS

RECUERDOS DE LOS TIEMPOS PASADOS

¡Alabado sea Dios! es la fórmula con que mi tio se anuncia cuando entra en casa ajena. Yo necesito introducirlo en el comercio de nuestras relaciones, y pido permiso para presentarlo á mis lectores, previniéndoles antes y en poridad, que mi tio Blas es un hombre llano, honesto y sin pretenciones. Sus años y su vida modesta lo ponen fuera de las corrientes de la etiqueta. No es charlatan, por el contrario, tiene el buen sentido de callar.

Cuando ignora ó no comprende lo que oye, no hace preguntas indiscretas. Repite que sabe que ignora mucho, y á esta conviccion arregla su conducta.

Don Blas Tixera, que tal es su nombre, fué tendero, vecino contemporáneo de Rábago, que tenía su tienda en la esquina de San Francisco. Este era alto, jovial y simpático, mostraba sus lábios delgados que podían recibir sombra de su nariz prominente: fué amanerado, culto y atendía á las damas como caballero cumplido. Su tienda, como todas las de aquella época, no era lujosa. El armazon de madera guardaba los géneros, y era famoso y acreditado por las telas de hilo que alli vendía. Su sócio fué don Ramon Sala, ya muy cano entónces y menos comunicativo. Mi tio asegura que disolvieron la sociedad. Sobre el mostrador, angosto y largo, ponía á la vista los géneros que le pedían y que él mismo bajaba de los estantes.

Reunían se allí por la tarde algunos pocos amigos y vecinos, entre los cuales figuraba mi tio Blas, que dejaba su tienda al cuidado del muchacho dependiente, para tomar el mate en compañía de Rábago, sentados frente á la ventana de reja que abre sobre la plazuela de San Francisco. El agua se calentaba con aguardiente en una máquina de lata, y el mismo Rábago hacía el servicio activo de cebar y chupar por turno en la misma *bombilla* que pasaba por todas las bocas de los tertulianos, que no escedían de cuatro.

En la botica vecina, don Santiago Torres tenía tambien su tertulia de jóvenes alegres entónces, pero de ese centro no me ocupo por ahora. Donde jamás se pudieron reunir los vecinos, fué en la pequeña librería del ñato Ortiz, viejo pequeño, gordo y de mal genio, testarudo y disputador.

Este decía que las visitas perjudican al despacho, y no las consentía. En la esquina

de doña Candelaria Somellera, frente al Colegio, en aquellos tiempos estaba la mercería de Infiestas, famoso por su rapé francés, y allí en la trastienda tambien reunía á algun vecino inmediato, pariente suyo, como don Bernardino.

Mi tio Blas empezó su comercio por una *bandola* que colocaba frente á la plazuela, en una de las veredas que miran á la iglesia de San Francisco: no era él solo el que tenía este comercio, eran tres ó cuatro españoles de edad avanzada.

Llamábanse *bandolas* los pequeños armazones provisionales con techos de lona, para dar sombra á una mesa larga en la cual se exhibían cintas, hilo, dedales, agujas y mil mercancías de pequeño valor. Esos negocios portátiles se ponía y quitaban á ciertas horas y en determinados sitios, como la plazuela de San Francisco y delante de lo que es hoy Recoba Nueva. La bandola de

mi tio Blas estaba frente á San Francisco.

Entre los frailes del vecino convento que tenían más atingencias con los vecinos se encontraba el alto, delgado y narigon Camargo, muy en favor en casa de don Juan Manuel. Aquel algunas veces se entraba á la botica de Torres y allí quedaba en la tertulia, lo que no hacía sinó por escepcion en la tienda de Rábago, pero á veces decía algunas cuchufletas en la bandola de mi tio Blas. El padre Casas, alto y grueso, era burdo en sus formas y en sus dichos: olía á olla podrida. El padre Aldazor fué muy respetado.

Mi tio se hizo tendero: en vez de la ambulante *bandola*, estableció su pequeño comercio en la Recoba Nueva. Su vida era monótona y muy económica, oía misa los domingos y dias de fiesta, como cristiano viejo. No frecuentó bailes ni cafées, y su mayor gasto era comprar la entrada á los muchachos revendedores, para el teatro Argentino ó el de la

Victoria. Rara vez fué á Colon, porque ya se siente achacoso.

En ese mundo se desarrolló la juventud de mi buen tio, que no quiso casarse porque tuvo miedo á los gastos de una casa de familia, y prefirió vivir solitario, primero cuidando su *bandola*, luego su tienda y ahora disfrutando su pequeña renta, conservando los árboles y arbustos de su huerta; porque la casa de mi tio tiene huerta. Allí tambien cría aves, y ese es su mundo actual. La huerta es su soláz: allí tiene su perro, y su pequeño palomar. Dar de comer á las aves, soltar su perro al caer la tarde, atarlo por la mañana debajo del nudoso y torcido tronco de la higuera, tales son sus ocupaciones Vive en un barrio lejano, y próximo á la iglesia parroquial. Visita al cura, conoce al juez de paz, al comisario, al alcalde, al médico del barrio y á todas las viejas chismosas, si son solteronas.

Mi tio es corpulento, usa peluca negra, lo que no impide que se vean los cabellos blancos que indiscretos asoman por debajo de aquella vieja peluca.

Se afeita diariamente y la papada le dá un aspecto más obeso y hace aparecer más gorda su garganta, que rodea con una corbata negra de dos vueltas con su nudo debajo de la barba, sujetando los cuellos blancos, grandes y abiertos. La nariz es ancha en su base y habituada al incesante sorbo del rapé, sus fosas nasales parece se hubiesen agrandado haciendo germinar el vello que asoma de aquellos antros oscuros. Sus ojos son pequeños, y aparecen más chicos por los círculos que forman las arrugas de la cara casi apoplética. Es moreno de tez, y sus orejas caidas, carnudas y feas le dan un aspecto pesado. Pero hay bondad en la expresion general de su rostro, que respira bienestar y tranquilidad. Ya arrastra los piés, que calza

con zapatos de paño negro en invierno, para conservar el calor que necesita. Es algo cargado de hombros, pero cuando anda por la calle le llaman todavía la atencion las buenas mozas y gusta contemplarlas. Mi tio pasa de los sesenta.

Es muy pulcro en su traje, que es cómodo, generalmente, levita negra ó gaban oscuro. Lleva sombrero de copa, pues jamás usó otro y prefiere los hechos en el país, por ser más sólidos. No se preocupa de la forma.

Cada vez que lo veo en invierno se lamenta porque ya no se venden zapatos de orillo en las tiendas de la Recoba Vieja, ni se usa la ámplia capa de otro tiempo ó el abrigado capote de barragan.

El mundo de las mocedades de mi tio era limitado, sus conocidos y sus amigos estaban en el barrio de San Francisco y en la Recoba Vieja, pero conocía el barrio del Alto.

La plaza del Fuerte y el Fuerte mismo

atraen todavía sus recuerdos. No se olvida que allí iban los empleados, entre otros el venerable anciano don Victorino Fuentes, escuálido de figura pero exactísimo en el deber y honradísimo en los procederes. Cada vez que habla de los tiempos pasados se rejuvenece por los recuerdos, pues esos eran los tiempos buenos, dice, mientras que ahora son los tiempos del corre-vé-y-dile, del chisme y la bambolla. Esta se ha hecho carne y hueso, segun él, y el carnaval es perpétuo, pues mi tio Blas no crée sinó en las onzas de oro sellado con la efijie de Cárlos III, de las que conserva dos, que muestra para charlar de los tiempos pasados, sorbiendo su narigada de rapé.

Cuando habla de los periódicos, elogia los de los años 1821 á 1827, cuando escribían el Dean Funes, Moreno, Mora, Angelis, los Varelas, Alsina, Dorrego, Ugarteche y el travieso y fecundo padre Castañeda. Pero protesta de

que los diarios ahora levanten el inventario de lo que reciben las novias, porque dice que eso ataca el pudor y á la dignidad de una jóven, enumerando el valor de los regalos, y hasta las docenas de ropa blanca con que la cándida vírgen cambiará luego su corona de azahar por la casta maternidad.

Mi pobre tio piensa que esa monomanía de la letra de molde es peligrosa, puesto que es intemperante. Ahora dice, se publica la lista de los que van á los entierros y funerales, á las visitas, á las tertulias, á los conciertos, á los paseos; solo falta que dé la nómina de los criados y el apunte de la ropa sucia! Todo es público, para el diarista no hay secretos, y la cosa va tomando tales creces, agrega, que ya no designan á las niñas sinó por su nombre de bautismo — fulanita, zutanita, aunque jamás las hayan tratado, poco falta para tutearlas! Eso no es lo que en mi tiempo se acostumbraba me

decía, y que era la guerra en la prensa.

Ahora un cronista, como lo llaman, decía, cree que puede examinar á una dama para justipreciar el valor de las joyas, la tela del vestido, el costo de sus encajes, y si no se ocupa de las medias y del zapato, es... por pereza! Mañana publicarán el activo y el pasivo de la fortuna del marido.

Pero por este medio, ¿á dónde se vá?—Mi buen tio no comprende que esto sea un progreso. Dice que se han roto las barreras de la buena crianza, la vieja y noble galantería de otros tiempos, la respetuosa cortesanía con que siempre fueron tratadas las damas por la gente de pró, por la que se decía *gente decente*.

El mira esto como el desborde de una libertad de imprenta, que él cree que tiene deberes muy sérios que reposan en el honor de los escritores hidalgos, que ni en pensamiento puede levantar el velo que cubre la

santidad de una familia. Es la paz de las madres, es el honor de las hijas, es la honra de los maridos, son las garantías más elementales de la sociedad, las que pueden comprometerse por una chismografía impertinente y poco sana. No hay talento, ni chispa, ni inventiva en esas relaciones prosáicas, torneos á veces de vanidades enfermizas y peligrosos incentivos para otras vanidades.

Mi tio, hombre sesudo, aunque no sea hombre de letra, cree y protesta que este es un desbordamiento de una marea que sube agitada por vientos pestilentes.

Dejo á mi filósofo tio con sus creencias, con sus lamentaciones, y quiero solo presentarlo á mis lectores. Para él nada hay mejor que su tiempo, y en ello no hace mal, puesto que es en la intimidad que espresa sus opiniones.

Es solteron, fué gran aficionado al sexo opuesto, y de ello tiene las más chistosas his-

torietas, que cuenta reservando nombres propios. Es una *gaceta vieja*; conoce la crónica galante y la arqueología de la ciudad; de todo está al corriente, siempre que se trate del pasado, porque en el presente solo tiene dolencias y en el futuro vé la muerte. Es alegre á veces, jugueton cuando la gota no le postra: huye de la estufa en invierno y se calienta con el brasero. Toma mate, en fin....

Más aún: en el verano se le encuentra en el traspatio ó huerta, en mangas de camisa, remangadas aquellas hasta el codo, desabrochado el cuello, desprendido el boton del pantalon y montado á caballo en una silla con asiento tejido de paja. A veces, al caer la tarde, se come una mitad de sandía con una cuchara de plata. Es uno de esos tipos que ya se van perdiendo. La sombra de los árboles, sobre todo la de los de su huerta, es su más grande placer en las tardes del verano. No sa-

le por el calor y allí toma el fresco, como él dice.

Ya conocen ustedes á mi tio, de quien he hecho un retrato con el derecho de ser de la familia, como si fuera mi propiedad.

Cada vez que pasa por la « Plaza 25 de Mayo», deplora la demolicion del Fuerte con sus bastiones artillados, sus fosos en seco, su gran entrada con el puente levadizo. Sostiene que esa antigua residencia de los vireyes debió haberse conservado como monumento arqueológico para casa de gobierno, y llevar la Aduana lejos, y no ponerla, como él dice, en las narices de la ciudad para que los carros descompongan el empedrado y el ruido impida la seriedad de los acuerdos ministeriales. Vió demoler esas murallas y pretende que el gasto de la demolicion fué mayor que el exigido para conservarlas, pues aquí la tierra abunda y no es necesario demoler donde es necesario construirlo todo. Supone

que en esa medida había gato encerrado, lo que quiere decir, intereses de propietarios influyentes entónces. Supone que esa demolicion fué un error; que la Aduana fué mal construida, y absurda la forma de semicírculo avanzado sobre el piso poco sólido del rio. En fin, protesta todavía por ese atentado, porque él es á su manera un patriota y habla siempre de la patria vieja, que es la que él ama.

No comprende que se piense en expropiar la Recoba Vieja para demolerla, ese pensamiento lo cree absurdo y poco meditado; porque entónces aparecerán pequeñitos todos los edificios que miran sobre ambas plazas, y carecerá esta de perspectiva. El Arco central y las arquerías laterales es el único edificio colonial que merece conservarse. Él opina que si fuese expropiado debería serlo para levantar altos para Casa Municipal, con sus oficinas completas, cómodas, independientes,

con vistas á ambas plazas. Supone que es pueril hacer de estas plazas campos de maniobras para las formaciones en las fiestas patrias, y dice que solo muchachos sin experiencia pueden pensar en destruir, cuando hay tanto por hacer. Así razona el pobre viejo, con su buen sentido de porteño antiguo.

—Cállate, dice, los tiempos de la patria vieja sí eran sérios. El respeto á la autoridad entraba por los ojos, cuando en las ceremonias de la semana santa ó en las fiestas patrias ó de tabla como se llamaron, se veían á los magistrados con calzon corto, media de seda negra, zapatos con hebillas de oro, chupetin, casaca, sombrero elástico y espadin. Aquellos no eran como el vulgo de los hombres, era la autoridad vestida de un signo externo. Los militares con sus uniformes y todos los empleados de frac negro, graves, respetuosos hácia el pueblo y engreidos por merecer el empleo que gozaban.

—¡Eso era de verse! continuaba. Pasaban y todos les abrían paso. Muchísimas veces ví al camarista Ezquerrenea, que á pesar de ser pequeño de figura era entonadillo de porte: veía á... tantos! Ya todos, todos, enteramente todos están enterrados... Solo quedan aún vivos el doctor don Manuel Mansilla y el doctor Gaete, á quienes he visto de calzon corto, como que eran jueces de 1ª instancia.

Vivían en el tiempo en que se dormía la siesta y la comida era barata. Las tiendas tenían á esa hora entre-abiertas las puertas, se servía la comida sobre el mostrador, con una botella de vino carlon, del buen vino catalan que vendía Vivot, aquel almacen español frente al cuartel de Restauradores... ¡Qué comidas! ¡qué pasteles! ¡qué empanadas! Fué marchante del almacen de *cara-blanca*, quien le proveía de vino y velas de sebo. Las tiendas no tenían otra luz que las velas de sebo, y como un progreso se recuerdan los *quin-*

qués con aceite de patas de los saladeros en Barracas, ó con el aceite de nabo que fabricaba el francés Coulin, en la calle de Cuyo en la antigua casa de los Taibos.

Los domingos se sentaban á la sombra de añosos ombúes que en dobles hileras daban sombra á los poyos de material ó de madera en la Alameda, aquel paseo del tiempo vireinal. Entónces no había muralla en lo que se ha llamado despues Paseo de Julio, y las barrancas empinadas y desiguales servían para que en las laderas del rio echasen las basuras del barrio. En los pozos de las toscas las lavanderas lavaban las ropas y las tendían sobre el verde musgo secándolas al sol, mientras grandísimas bandadas de gaviotas comían los pescados abandonados por los pescadores en la orilla cuando sacaban la red.

Entónces no había muelles. Se desembarcaban en altas carretillas tiradas por caballos, y Dios sabe si llegaban secos los viajeros.

En ese tiempo no se usaba la gorra á la francesa, sinó la mantilla andaluza, el velo y las flores naturales y olorosas se mezclaban al cabello negro ó rubio. Entónces el clavel era de moda. La blanca flor del aire ó la diamela fueron los adornos delicados que lucían las niñas por las tardes, paradas en las puertas ó sentadas en las ventanas, como pájaros entre rejas, mientras los pisaverdes vestían su frac azul oscuro ó café con botones de metal, pantalon blanco en verano, y en cierta época chaleco colorado, divisa y cintillo colorado en el sombrero. ¡Cuantos requiebros! ¡qué pisaverdes aquellos! No temían los malos empedrados y dando vuelta á la fina varita ó formando un chupon de su puño, se pavoneaban á la hora solemne de la retreta.

Las tiendas de Cueto y de Castro, situadas en las esquinas de Victoria y Perú, eran famosas, y en ese lugar era grande el número

de pisaverdes de todas menas, siguiendo á las niñas.

Entónces las tiendas no estaban con lujo, sinó por el contrario sencillas, y los tenderos eran tertulianos y visitantes en las casas de las que iban luego á comprarles media vara de tul ó dos cuartas de tarlatan. Así se llamaba cierto género transparente, que los tenderos medían con garbo, en medio de una lluvia de piropos del mismo matiz del género vendido, amarillo ó encarnado.

En esa hora y en ciertos dias, la calle del Perú y Victoria eran el gran paseo nocturno. Allí iban las músicas militares con grandes faroles iluminados, ponían los atriles en la calle y se interrumpía el tránsito de coches y caballos.

Las bandas de los cuerpos de la guarnicion tomaban sus respectivas posiciones, y á las ocho comenzaba la retreta. La música del cuerpo del comandante Aguilar, que

era la guardia del Fuerte, fué muy famosa,

Ya entónces las tiendas estaban iluminadas con quinqués, los tenderos bien acicalados, consumiendo el aceite de Macasar que vendía el peluquero Cortés, muy á la moda entónces.

Las mamás llevaban las niñas á las tiendas, y aunque nada compraran ó compraran muy poco, los pobres tenderos revolvían todas las mercancías y los petimetres atisbaban á las más lindas, formando agrupaciones en las esquinas ó en el borde de las aceras, recostados en los postes, porque entónces había postes. ¡Aquello era de verse! ¡Qué ojeadas! ¡Qué suspiros! ¡Qué piropos! Si ellas eran guapas, ellos eran picarones... La *mostacilla*, como se le llamaba á los polluelos, formaba el fondo del cuadro, mientras se agrupaban por edades los pollos y solterones, y se subdividían por corrillos. Ellas pasaban y repasaban y los sombreros se quitaban descubriendo todos los matices del cabello, y hasta las calvas vene-

rables de los viejos, todos seguían el mismo movimiento respetuoso. Esas cuadras fueron en esa hora muy bulliciosas, y mientras duraba la retreta había animacion y algazara: jolgorio, ameno y dulce. Poco era el gasto. Tarde, cuando las tiendas se cerraban, cambiaba el cuadro completamente.

En el verano, comenzaban los tenderos por sacar las sillas á la calle y se sentaban en mangas de camisa á tomar el fresco. Ya era la hora en que los serenos con sus linternas encendidas comenzaban su eterno paseo, cantando las horas y anunciando el estado del tiempo, despues de los vivas y mueras de ordenanza. Esperaban la hora para ir al baño.

Me sonreía oyéndole estas historias, pero picado el amor propio de mi tio, abrió su coleccion de la *Gaceta Extraordinaria*, porque conserva todos los diarios encuadernados, que guarda en la antigua armazon de su tienda. Mira, me dijo: voy á darte una lec-

cion para que no dudes de mis narraciones.

Los baños en el rio fueron generales, no solo en las calladas horas de la noche sinó aún de dia. Esto obligó el virey don Baltazar Hidalgo de Cisneros á dictar un auto de buen gobierno en 18 de Marzo de 1809. Lée, me dijo, poniendo el dedo en la página. Dice así:

«18. Que echando de ver los excesos que se cometen en los baños públicos de las riberas del rio, tan opuestos á la moral cristiana mando que nadie entre èn él á bañarse por los sitios que están á la vista del paseo del bajo, sinó de noche, observando la más posible decencia, quietud y buen órden, sin escederse de los límites prefijados á hombres y mujeres, pena de seis pesos de multa á toda persona de distincion de ambos sexos, y un mes de arresto á los que su calidad no excepcione.»

Resulta, pues, probado por el texto del documento oficial, que *personas de distincion* se bañaban de dia en las riberas del rio, por cuya

razon se les prohibe lo verifiquen en adelante, y que tan sencillo debiera ser el traje de baño, que cualquiera pudiera sospechar solo usaban el de Adan y Eva, y por ello, á hombres y mujeres se les manda se bañen de noche en órden y con la posible decencia. ¿Quién juzgaría de la posibilidad de la decencia ó de la decencia posible? Es de creerse que los celadores ó guardianes del órden público. Este documento viene á caracterizar una costumbre general de ese tiempo y á mostrar que mi tio Blas no exajeraba en su narracion.

Mi tio Blas rie todavía cuando recuerda que una vez, á cierto caballerito de su conocimiento que tuvo la peregrina ocurrencia de irse á bañar al rio, allá por el bajo de las Catalinas, le robaron las ropas, no dejándole sinó los pantalones y un frac de paño color aceituna! Era de ver, dice, cuando descalzo, sin camisa y sin sombrero pero de frac, subía por la calle de Tucuman más triste y cabizbajo que

un pecador arrepentido. No fué para menos el chasco, pues entónces no eran tan frecuentes las renovaciones del vestido.

Como á este, á otros muchos le pasaban aventuras de este género; pero los tenderos ya esperimentados, llevaban un muchacho para guardian de sus ropas, y bien seguro es que hubiera osado ninguno de ellos ir á bañarse de frac! Alijeraban el traje y solo llevaban lo indispensable: las sábanas cubrían los paños menores en que bajaban al rio. Aquello era primitivo, sencillo, pero nadie criticaba; porque aún no había comenzado el diarismo á meterse en la vida inocente de los moradores honestos de esta bendita tierra! ¡Qué tiempos tan buenos! ¡qué llaneza en las acciones! ¡qué francachela en la amistad!

Pero entónces no había prensa libre. *El diario de la tarde* era como cocimientos de amapolas para calmar irritaciones. *El Agente Comercial del Plata* producía sueño, y la *Gaceta*

Mercantil se tomaba con temor, buscándose los documentos oficiales. La prensa no era alegre, chistosa, juguetona, espiritual. Entónces los hombres no pensaban ó pensaban poco, ¿y las mujeres? ¡Oh! las mujeres pensarían en los hombres...

Mi tio había alcanzado los tiempos de la prensa libre. Se acuerda aún del *Diablo Rosado*, de los periódicos del P. Castañeda y de la lluvia de publicaciones de todas menas, de la guerra en letra de molde. Pero despues vino la calma, ó mejor dicho la mudez y la parálisis intelectual. Era la época de la cinta colorada, del chaleco colorado, del penacho colorado en el sombrero.

—¿Sabes tú cómo pasábamos entónces las horas de descanso? ¡Qué! ni lo haz de imaginar. Vivía en la calle Potosí, entónces así se llamaba, en la cuadra entre San Francisco y el Colegio, el librero Ortiz, ñato por cierto! Pues bien, por pocos reales alquilaba ó pres-

taba libros para leer. Yo leí y releí á *Don Quijote*, que entónces había aprendido de memoria. No había librotes en lenguas extranjeras; todo era para los criollos, en el idioma de nuestros padres, nada de mezclas y confusiones extrañas. Entónces pan pan y vino vino, nada de afrancesados, que caro la pagaron en España, segun decían, y por cuya razon hicieron levantar campamento á la bella doña Ana Perichon, desterrándola el mismo virey ¡ingrato!

Si tú hubieras saboreado las rosquillas de maiz ó las tortillas de moron, ó los alfeñiques de tia Marica ó de tio Paco, ó los pasteles de los Granados, todavía te chuparías los dedos. En ese tiempo la mulata coja ña Micaela pasaba por las tardes á casa de sus marchantes y los muchachos, cada uno con dos reales cobre, salían corriendo y alegres á comprar su rosquilla ó su tortita. Ella llevaba en canastas cubiertas con blanquísimas tohallas

el producto del amasijo de sus patronas, señoras pobres y honestísimas que vivían de aquella industria como otras vendían dulces. Los negros llevaban los tableros cuadrados de madera sujetos al cuello por correas de suela, y las unas y los otros tenían la clientela infantil de las casas decentes y acomodadas. Las confiterías eran pocas. Baldraco y los Suizos se disputaban la palma.

Por la noche la buena de la mulata coja se situaba frente á la mercería de Yañiz, en el zaguan ponía su banco, y en el borde de la vereda instalaba una mesa baja, con un farolillo con vela de sebo, que era la enseña de que allí se vendían sus rosquillas, dulce de coco en panecillos cuadrados, alfeñiques y tortitas de moron. Ella estaba armada de un pequeño plumero para quitar la tierra que levantaban los paseantes, y recogía sus reales, producto de la venta diaria. Era una de las últimas lucesitas que desaparecían de la

calle de la Victoria, entre la plaza y la calle llamada de Bolivar. Conocía á todos por sus nombres, y al pasar, decíales, buenas noches don Pepito! ¡Dios guarde á la señora Andrea! ¡Qué lindas están las niñas! ¡Adios, niña Aguedita! Y no cesaba de hablar, ¡qué cotorra aquella! Si era coja tenía una lengua infatigable pero inofensiva. No sé si á veces pudo servir de estafeta ambulante entre las guapas chicas y los despiertos galanes; pero el caso es que ella conocía á todos. Verdad que entónces éramos todos conocidos! decía tristemente mi buen tio.

—Pero esa vida era monótona, díjele yo. La ciudad era poco poblada y no había el movimiento, la animacion y la riqueza de ahora. Esos tiempos fueron tiempos pobres!

—¡Calla inocenton! tú no sabes nada de lo que había entónces de bueno y noble. Escúchame, y aunque me llames retrógrado, como ahora dicen, juzga tú y medita.

—Ciertamente que la ciudad no era la que ahora se vé. Las calles no estaban empedradas sinó por escepcion: los pantanos eran tales, que formaban lagos, lagunas y charcos en las calles principales, y que daba pena ver los frentes de las casas recien blanqueadas, cubiertas de manchas del barro líquido, que salpicaban los lecheros, panaderos, verduleros ó los carros que transitaban. Pero entónces, todos esos servicios se hacían por los criollos, que cantando y corriendo, muchas veces en los charcos, salpicaban á los paseantes que quedaban lucidos con aquella lluvia de lodo líquido! Los picarones de lecheros reían á carcajadas de los enojos de los viejos, que de frac iban á misa en las primeras horas, cuando eran bañados por el líquido que levantaban al trote del caballo en que cabalgaban, ó de la yegua y el potrillo que la seguía retozando en aquellos lodazales. Lo confieso, aquello era inmundo.

Todavía vive y ocupa un alto puesto administrativo, quien fué sumido en uno de esos charcos de lodo, en la calle de Cuyo entre San Martin y Reconquista, saliendo de aquel baño involuntario cubierto de piés á cabeza, en medio de las estruendosas carcajadas de un grupo de lecheros. Era víctima inocente un pobre niño. Iba á la escuela, y como viese un potrillo muy manso que seguía á la yegua en que cabalgaba un lechero, pidió á este el permiso de montar en la potranca. Monte si puede, le dijo aquel con malicia. El chico dejó los libros en un poste y acariciando el potrillo, de un brinco se le trepó encima, pero fué tal el corcobo del animal, que no encontrando como agarrarse, fué lanzado de cabeza en el pantano! Salió de aquel baño de barro sin ver, pues el pelo, la cara y las ropas estaban cubiertas de líquido espeso. Temblaba sin poder ni hablar por temor de tragar el barro, cuando fué entrado á una ca-

sa, para lavarlo, mudarlo é impedir que aquel percance tuviera consecuencias funestas. Los lecheros reían como desesperados y se había formado un corrillo delante de aquella figura de barro, que temblaba de frio sin abrir ojos, ni boca. Ya vez que reconozco los defectos de ese tiempo.

—¿Ese es el modelo, mi tio Blas, que usted estraña? le repliqué.

—No, no es ese mi ideal, era el estado de una poblacion mal administrada; pero entónces se pagaban muy pocos impuestos. Yo no elogio el alumbrado de velas de sebo, pues la ciudad estaba en tinieblas y á ciertas horas las velas consumidas ó apagadas por el viento: no me asombra la mejora posterior con el alumbrado con aceite ó kerosene, ni pretendo compararlo con el gas ni con la luz eléctrica. Yo digo que eso era malísimo, pero que la vida era baratísima. Eso digo: se ganaba poco y se vivía con poco.

—Y entónces, mi tio querido, ¿por qué habla usted tan engreido del tiempo de sus mocedades?

—Yo cuento lo que he visto, y no exagero. Entónces eran desconocidos los suicidios, mientras que ahora jóvenes de ambos sexos y aún ancianos ponen término á su vida. ¿Sabes por qué? Porque el lujo ha muerto la sentimiento: no creen en nada y solo quieren gozar. Antes había tambien desgraciados, pero se resignaban porque creían!

Para mí ese fuéel tiempo de color de rosa. La ciudad era poco estensa, las calles súcias y muy mal empedradas, la vida modesta, el servicio doméstico se hacía por negras y mulatas, algunas descalzas, pero entónces yo era jóven, y veía todo por ese lente seductor. Despues he asistido al crecimiento de esta ciudad, que se vá convirtiendo en torre de Babel, donde es tal la confusion de las lenguas, que hasta los criollos hablan unos con

otros en francés !... Ahora veo todo desde el balcon de la vejez, que es triste; pero reconozco que el lujo y la riqueza ha transformado la modestísima ciudad de mi niñez. Soy, pues, imparcial.

Sin embargo, en aquellos tiempos de cuyos recuerdos tú ries, había cosas que merecen aplauso. No recibí yo esmerada educacion, ni he hecho servicios á mi país; pero mi bolsa modesta estuvo siempre abierta para toda obra patriota. Registra todas las listas de suscricion para obras públicas, y allí encontrarás, *Blas Tixera*: contribuí como suscritor á la publicacion de todo libro, periódico ó diario escrito por mis paisanos, porque por este medio modesto pensaba contribuir al progreso y á la educacion de mis conciudadanos. No fuí ni militar ni revolucionario, pero como hombre honesto fuí un patriota! dijo con altivez el buen viejo, porque hablaba segun los rectos dictados de su conciencia

en esa mirada retrospectiva de su vida pasada.

—Mira, me decía, tú pasas todos los dias por la calle de la Reconquista frente á la iglesia de la Merced, y no sabes que donde hoy está edificado el *Pasage Argentino*, estuvo en otro tiempo el *Teatro Argentino*. En ese teatro de muy modestísimas proporciones, pues era largo y angosto, con dos hileras de palcos y la renombrada cazuela: en ese teatro, que empezó por ser alumbrado con velas de sebo, despues con quinqués de aceite, allí han brillado actores nacionales, que subían á las tablas porque amaban eso que tu llamas gloria, y se embriagaban con los aplausos, sin pensar que morirían en la miseria.

He admirado á Trinidad Guevara, primera dama como trágica y dramática. Mujer de figura hermosa, artista por instinto, dominando el escenario con su actitud, ¡cómo fascinaba á los espectadores con su acento! Conocí

y admiré á Matilde Diez, ¡qué hermosa era! Esbelta, airosa en el andar, distinguida; pero que representaba con frialdad. Josefa Funes, la linda Manuela Funes, Alvara García y tantas otras!... Ellas todas han muerto, y de los aplausos de entónces, de los entusiasmos de aquellos tiempos, no queda ni el recuerdo... ¡Qué fugaz es la gloria del teatro!

¿Y qué decirte de los hombres? Casacuberta fué un dramaturgo eximio y un trágico notabílísimo; Velarde, Quijano, Gonzalez, padre é hijo; Ruiz, de elevada estatura y aire altivo, el mulato Ximenes. ¡Oh! quién no haya visto *La Carcajada* ó los *Seis grados del Crímen* por este trágico, no puede formarse idea de su talento natural. Pudo faltarle escuela y modelos que imitar, pero su génio, su penetracion, su adivinacion, diré, le hacía comprender las pasiones que representaba y se identificaba con su papel, conmoviendo al auditorio sobrecogido. En sus últimos

años la pobreza, la terrible pobreza, había enronquecido su voz y debilitado su ingenio. ¡Pobre Ximenes!

No he visto despues nada que igualara á la gracia gentil y picaresca de Felipe David! Poseía el don de hacer reir y bastaba mirarlo para sentirse aguijoneado por la risa. Tantos y tantos otros que mi memoria olvida!

Todos y todas eran criollos, habían nacido aquí y representaban por vocacion: ese era el comienzo de un teatro propio... despues he visto compañías españolas, italianas, francesas... pero los criollos han desaparecido de la escena. Es esto lo que yo deploro...

Quedé perplejo oyéndole razonar de esta manera, pues era la primera vez que me hablaba del teatro y de los actores; pero me parecía que se fatigaba esforzando su memoria y no quise aguijonearle. Me resolví á escribir lo que había oído, y temía que mis recuer-

dos no fueran exactos. Mi tio estaba achacoso y esta conversacion, en la que yo no había hecho sinó escucharle, podía hacerle mal.

Pretesté que tenía que salir y pidiéndole permiso para levantarme, tomé mi sombrero y le dí las buenas noches.

Enero de 1883.

LA JUVENTUD

EN LA ÉPOCA DE ROSAS

1847-1852

I

EL PERRERO DE LA CATEDRAL DE BUENOS AIRES

En el elevado muro de la iglesia Catedral, sobre la calle de San Martin, se hallaba una pequeña puerta, reservada para los canónigos. Entrando por esa misma puerta, del lado derecho, se hallaban los cuartos del sacristan, que ejercía á la vez las funciones de perrero de la iglesia. Cuando ejercía su papel de es-

pantador de perros, vestía capote de paño colorado, con esclavina y cuello pequeño del mismo género y color: llevaba su látigo oculto, y los perros desventurados que se hubiesen metido en el templo, cualquiera que fuese el tamaño, la raza y el color eran echados á latigazos. Aquellos parecían conocerle por el color del capote, y verlo correr por aquellas naves, era verdaderamente curioso: el perseguido buscaba una salida para echarse fuera.

De manera que era portero privado de los canónigos y perrero de la iglesia. Desempeñaba tales funciones un mulatillo delgado y ágil, perfectamente afeitado siempre, y cuidadosamente peinada su cabellera que era menos enzortijada que la mota de los negros. Afeminado en sus modales, sumamente cortés, tenía algo de hipocresía frailesca. No sé si influirá en mi recuerdo el haberle conocido viviendo dentro del edificio lateral del gran

templo, en cuartos que olian á incienso, de lo que estaban saturadas las habitaciones del perrero, su capote y cuanto pasaba por sus manos.

La puerta que abría entónces sobre la calle ha sido despues tapiada, ha desaparecido la ventanilla con reja del cuarto del sacristan y supongo que se habrán hecho modificaciones y reformas en esta parte del edificio. Hoy no queda sinó el recuerdo de la antigua habitacion de Manuel Fluchi.

Pues bien, este prójimo perseguidor por oficio de todos los perros que se metiesen á la iglesia, consagrado así al papel de espantar á los animales de cuatro patas, tenía la manía de rodearse de bípedos, que hacia entrar á su cuarto, donde se sentaban en sillas de baqueta, delante de un gran nicho de jacarandá que guardaba la imágen de San Luis Gonzaga, de cuyo santo era devotísimo. Este cuarto era así el centro de reunion de los estu-

diantes y mozuelos de aquel tiempo, á los cuales el sacristan obsequiaba con mate, que no cesaba mientras tuviese concurrencia. El hacía el papel de sirviente, calentaba el agua, cebaba el mate y lo servía, costeando por añadidura la yerba-mate y el azúcar, es decir, ponía capital y servicio. No tomaba jamás parte en las conversaciones, guardaba la actitud sumisa de un sirviente, y nadie diría que ese era el dueño de la casa y los otros las visitas. Los papeles estaban invertidos; las visitas mandaban y el dueño de la casa servía con afabilidad melosa, nunca mostró mal talante, ni se atrevió á hacer la mínima observacion. Hablaba en voz baja cuando respondía á alguna órden, reducida á observaciones sobre el mate, ó la urgencia de comprar cigarrillos negros, para todo lo cual estuvo siempre listo. Era bueno é inofensivo: oía y callaba.

Hablo de los estudiantes, pero necesario es

saber á lo que se habia reducido la enseñanza universitaria en aquella época, desde el decreto de 1838 [1].

El Rector de la Universidad era el canónigo don Pablo Gari, ya anciano, sucediéndole á su muerte el canónigo doctor D. Ildefonso García. Del antiguo cuerpo docente solo se conservaban tres catedráticos: el doctor don Rafael Casajemas, el doctor y canónigo D. José Leon Banegas y D. José María Vayo. Ese era el reducido cuerpo docente. El doctor Casajemas regenteaba las cátedras de derecho civil y de

[1] El decreto de 17 de abril de 1838, establece que no pudiendo el gobierno subvenir á los gastos de la Universidad ni á los sueldos de los profesores, estos exijan de los padres de los alumnos la cuota que corresponda para el pago del sueldo; debiendo pagar tambien proporcionalmente el sueldo del Rector, bedel y portero. Y en el caso de no reunirse la suma necesaria, se ordena *cese la Universidad.* Pero digna de recuerdo es la notabilísima conducta de los profesores, que sirvieron de balde, y á este rasgo de abnegacion se debió la existencia de la Universidad. Vive aún el venerable doctor D. Rafael Casajemas,

gentes; el canónigo Banegas las de filosofía y derecho canónico, y el doctor D. José Maria Vayo la de latinidad. Nada más: á eso estaba reducida la escuela superior universitaria en aquellos tristes tiempos.

La escuela de medicina no le iba en zaga. Era catedrático de nosografía y clínica médica el doctor D. Martin García. El doctor D. Teodoro Alvarez, distinguido cirujano, dictaba el curso de nosografia quirúrgica. El doctor don Claudio Mamerto Cuenca, clínica médica.

La clase de obstetricia era dictada privadamente en su casa de la calle de Cuyo, por el doctor don Francisco de P. Almeira. La clínica era limitada, el hospital pobre: la sala de anatomía se hallaba en estado lamentable, y los estudiantes internos del hospital vivían con privaciones positivas.

En tiempos anteriores había estímulos y recompensas para los estudiosos, en esta época solo había penurias. Hubo tiempo en que

el ministro de gobierno estimuló á los poetas y se hizo una edicion oficial de las poesías más notables. En el tiempo á que me refiero las liras estaban mudas, ó eran mediocremente pulsadas para cantar melancólicamente. Antes, *La Abeja Argentina* fué el órgano de una sociedad literaria, ahora no se conocían sociedades ni agrupaciones, y solo la *sociedad popular restauradora* había predominado para aterrar y perseguir.

De manera que la juventud de mi tiempo no tenía medios para instruirse, ni estímulos para aprender; pero como no quiso resignarse á la ignorancia, luchó y se instruyó como pudo, desarrollándose con mayor pujanza la iniciativa personal, el carácter de cada uno.

Los jesuitas regentearon un Colegio en el que cursaron estudiantes como Rawson, Gorostiaga, Costa, Carranza Viamont, Escalada, los Anchorena, Luis Gomez y tantos otros

que fueron médicos y abogados; pero Rosas expulsó á los P. P. y ese establecimiento quedó cerrado.

El Colegio de M. Persy, el que fundó el Dr Larroque, el de M. Clarmont, y luego el del P. Majesté, Larroque y Romero, eran establecimientos dirijidos por particulares y como medio honesto de especulacion. Enseñanza oficial no había, pues, y mucho menos gratuita. No hablo de otras escuelas menos notables, ni de otros cursos privados, como el que abrió el P. Baylon, ex-jesuita; porque todo era sumamente incompleto y deficiente. Debo recordar el Colegio Filantrópico Bonaerense, el Colegio Argentino y otros. Las niñas se educaban en la escuela de Dª Rosa Guerra, y en el Colegio de Miss Bevans, donde aprendieron el inglés muchísimas jóvenes de las familias más conocidas. Algunos particulares daban lecciones, como Zinny, Bradisih, Frers y otros. No hablo de las escuelas de Peña, M.

Garcia, Sanchez ni Argerich, porque eran elementales.

Cito estos hechos para demostrar lo pobrísimo de la enseñanza de que podía disponer la juventud de mi época; porque la mayoría quedaba así con estudios sumamente embrionarios. De manera que esa deficiencia caracteriza el medio en que se educaron los hombres de ese tiempo, que por sí mismos se han formado y se han instruido.

¿Cuál pudiera ser entónces la idea que tuvieron de lo bello? ¿Cuál su ideal artístico y estético?

«El amor al arte aquilata el alma y la enternece: un bello cuadro, una límpida estátua, un juguete artístico, una modesta flor, un lindo vaso, pone sonrisas en los lábios donde morian tal vez, pocos momentos ha, las lágrimas.»

Nada de eso vió la juventud de mi tiempo. Comenzando por la uniformidad obligatoria

en el traje, en los colores y en el uso del bigote, todo ahogaba la libertad y hacía imposible el desenvolvimiento estético del arte. Aquella juventud nació en el erial sombrío de la dictadura de Rosas.

La escuela primaria, la superior, la vida privada, la sociabilidad en fin, estaba atada al rojo oficial, á los vivas y mueras con que se encabezaban los diarios, los documentos públicos, los almanaques. Todo anunciaba que la vida intelectual y libre estaba de duelo, amordazada y estigmatizada.

¡Qué tristezas las de esos tiempos en que la juventud tiene las espansiones generosas y los sueños rosados! Todo estaba mudo, porque el diarismo se había convertido en la corruptora alabanza del que manda. En los bailes, todos llevaban su uniforme: en el teatro no se alzaba el telon hasta que la hija del Restaurador no estuviera presente.

Pesada, triste, aterradora era la atmósfera,

y eso explica porqué fué un refugio reunirse en el cuarto de un pobre sacristan, á media cuadra de la Policía para no despertar sospechas, para conversar allí de futilidades inofensivas, olvidándose todos de que el porvenir se acercaba á medida que salíamos de la juventud para comenzar la lucha por la vida. Eso demuestra por qué no había en este núcleo aspiraciones ni entusiasmos; sinó esa resignada melancolía con que los pueblos se someten á las terribles dictaduras.

No había ni medios para instruirse. La Biblioteca Pública no tenia libros modernos: los diarios extranjeros circulaban con dificultad, no había ocasion para suscribirse á las revistas europeas. ¿Qué hacer en esos tiempos sin esperanza?

Entónces no había clubs, y los cafées no fueron frecuentados por aquel núcleo de estudiantes, dependientes y empleados, que se reunían á conversar. De esos muchachos de

entónces han salido muchos que se han distinguido en la administracion, en la política, en las finanzas, en las letras, en la medicina, la abogacía, y algunos son hoy coroneles de la República.

Antes del momento en que fué iniciado un número de compañeros juveniles, ya estaba formada la asociacion, predominando como predominó siempre el elemento de la escuela de Medicina ó del Hospital de Hombres, que eran los estudiantes menos escrupulosos, más bromistas, más revoltosos ó fandangueros, capaces de hacer lo que cierto médico humorístico cuenta se hacía en su tiempo, posterior á la época de que me ocupo.

Del núcleo de mi época han muerto algunos, pero aún se conservan otros, viejos ahora. Esa sociedad estudiantil tomó un nombre singular muy raro: *Sociedad de Murciélagos* ó *de Vampiros*, segun vagos recuerdos; pero sus sócios solo chupaban la *bombilla*

de plata en el mate del sacristan, que suponía tal vez que entraba en la índole de sus devociones atraer á los estudiantes á aquella salita donde se elevaba rodeada de flores la imágen del santo de sus predilecciones místicas. Suponía quizá que de esta manera les impedía las tentaciones diabólicas de la edad y de los gustos estudiantiles, y al menos allí los tenía en santa paz y en alegre plática de inofensivas lucubraciones.

La escuela de medicina era la que suministraba mayor número de sócios, á los cuales no arredraba venirse desde el barrio de la Residencia hasta el cuarto del sacristan, atraidos por el olor del mate con azúcar quemada y cáscara de naranja. Mate famoso, que solo era sobrepasado por el que se decía cebaban en ciertos conventos en Córdoba. De modo que el mate era el aliciente, el atractivo y el gasto de aquella sociedad estudiantil. Los estudiantes de derecho estaban en nú-

mero relativamente menor; los empleados y aprendices de comercio eran la excepcion de la regla. Allí imperaba Hipócrates, y Papiniano bajaba la cabeza: sobre todos aparecía la imágen de San Luis Gonzaga, llena de flores, que era el encanto y la pasion del sacristan.

Bien entendido que esa tertulia de conversacion fué ajena á la política, porque tal era la condicion que imponía el sacristan. Rosas no hubiera consentido un club político ni en el cuarto del perrero de la Catedral.

Los tertulianos hacían sus rabonas las noches de teatro, ya hubiera funcion en el Argentino ó en el de la Victoria, á cuyas representaciones iban generalmente pagando la entrada para verlas de pié, en los sitios reservados entónces á los que no compraban *lunetas*, como se llamaban los asientos. No había «paraiso» ni otro sitio para los hombres, sinó las lunetas y los palcos; la *cazuela*

era para las mujeres, y detrás de las lunetas, á la derecha y á la izquierda de la entrada, un sitio sin asientos, donde se agrupaba el pueblo de pantalones que no tenía cómo pagar el asiento. Pero sea de ello lo que fuese, fué alli el punto de reunion de los mismos parroquianos del cuarto del sacristan. Iban á divertirse oyendo y riendo, y luego, en la subsiguiente noche de tertulia se hacía el juicio y la crítica de la funcion, de los actores ó actrices ó de los cantantes, cuando empezó la ópera en el teatro de la Victoria, en los tiempos en que era famosa la Merea, La Nina, Thiolier, Sentati y no sé que otros. Las compañías dramáticas funcionaban tambien por intérvalos, y á unas y á otras asistían los tertulianos del susodicho perrero.

Inútil fuera decir que ese núcleo asistía tambien á las tertulias domingueras, y fueron muy divertidas las que daba don Bernabé

Figueroa, primero en la calle del Perú y luego en la calle de la Piedad; las de Castillo, en la calle del Parque y tantas otras. Las lindas niñas de entónces son hoy madres y abuelas, y los jóvenes ya están en la vejez. Ha pasado el tiempo transformando las costumbres, y los que sobreviven de la tertulia de la salita del mulato sacristan, pasarán hoy graves delante de aquel lugar y quizá hayan olvidado las noches de invierno en las que sentados en las sillas de baqueta, las pasaban conversando ó riendo, criticando y rara vez leyendo. A ese modesto centro concurrían algunos que ya eran hombres entónces, y estos eran como los patriarcas de aquel inofensivo cenáculo.

Esta manera modestísima, casi humilde de pasar el tiempo, prueba que las costumbres eran relativamente morigeradas, y que aquellos estudiantes de la Universidad y de la escuela de Medicina, no tenían muchos

reales para la vida de trueno. Entre ellos había, como ya dije, algunos empleados en la Administracion, en el Banco de la Provincia y dependientes de casas comerciales. En santa paz se pasaban las noches de las ocho á las once, y despues cada cual se iba á su nido. No se suscitaban entre aquel pequeño núcleo, ni envidias ni celos, ni tampoco se daba pábulo á la chismografía pornográfica, se hablaba de todo, y los que entónces pasaron allí reunidos las noches de sus años juveniles, aún conservan de viejos las amistosas relaciones de entónces, aunque ya no exista ningun centro donde verse con la frecuencia de los tiempos pasados.

Del núcleo de aquella sociedad no han salido calaveras ni perdidos, y los que no han llegado á la deseada meta, llevan con honesta dignidad las canas que hoy han reemplazado al cabello negro, castaño ó rubio de aquellos tiempos lejanos.

Faltarían muchos si se les llamase á reunion. La muerte se ha cebado sin piedad en aquel pequeño núcleo: el sacristan ha muerto, otros esparcidos en diversos puntos de la República tambien han muerto, y aquí quedan los restos de aquella sociedad. Sobreviven más de doce de los sócios de aquel tiempo y fúnebre sería celebrar las juntas de la sociedad que en otras épocas festejaron en alegres banquetes y amistosos festines.

Pero ese núcleo no ha llevado jamas el espíritu de cuerpo ni á la política, ni á las empresas, y cada cual se abrió camino en la lucha por la existencia con honradez y dignidad. Todos pueden estrecharse la mano con afecto, porque ninguno se ha manchado.

Por discrecion no nombro á los que aún viven, porque si en la juventud la *sociedad de Vampiros* fué modesta, desconocida y secreta; no habría justicia en dar en letras de molde el nombre de los asociados esparcidos

por los cuatro vientos, viejos ya, padres y abuelos los más.

Llevábase entónces un libro con el encabezamiento ó acta de la fundacion de la Sociedad, y los sócios firmaban en aquel album curiosísimo; ¿dónde está ahora? ¿quién posee ese libro de que Fluchi era el guardian, colocándolo en el cajon de la mesa en que descansaba el nicho de San Luis Gonzaga? ¿Ha sido quemado? La vanidad de los que aún viven no querrá que se conozca ese pacto escrito é inocente de la sociedad del cuarto del perrero de la Catedral. No sé si he equivocado el verdadero nombre de aquella asociacion, que no se ocupaba sinó de entretener honestamente las horas de ócio. Produjo el bien de alejar de los cafés á muchos, les evitó que por distraerse aprendieran á jugar, y reteniendo á todos en el comercio íntimo de la conversacion festiva, conservó las costumbres sanas y morales. No era una sociedad reli-

giosa, no tenía fines literarios ni políticos, era simplemente una sociedad de conversacion.

Los que viven saben que hemos pasado juntos muchas noches, y al ver mi nombre al pié de estas páginas descoloridas, recordarán nuestras largas conversaciones. En cuanto á los estraños ¿ qué les importa de esa asociacion sin trascendencia? Recuerdo algunos nombres entre los muertos.

El Hospital de Hombres era entónces una pepinera de poetas: Mateo Luque, Nicasio Lopez, que murió tan jóven! German Vega, Modestino E. Pizarro, y otros cuyos nombres olvido á mi pesar. Todos eran versificadores, y sus composiciones de distinto género y de diversa índole, fueron el solaz de los que vivían en aquel hospital de la Residencia.

Yo que no pude rimar una letrilla, ni esbozar un soneto, no tenía otro papel que dar al diablo con los libros, con la vida del hos-

pital, y sin decir oste ni moste desaparecer de las aulas. ¡ Viva la holganza ! me dije, y héteme aquí que solo tuve entrada en la sociedad del cuarto del sacristan Fluchi. Ese fué el consejo que me dió el boticario Pina, cuya botica se hallaba en la esquina del hospital.

Eduardo Lezica, delgado y fuerte, risueño, emprendedor, alegre y decidor, con sus dientes agrupados y superpuestos, su boca grande y burlona, sus ojos chispeantes, su cabello corto y esbelta figura, entretenía con sus cuentos y sus aventuras. ¡ Murió tan jóven !

El doctor Robles, médico, cuya voz se había enronquecido por una grave dolencia, enflaquecido al estremo, nervioso y de mal humor, solía absorber la atencion con sus historias, narradas con esa voz ronca y fatigada de un tísico que arrastraba solo el vigor de aquel espíritu fuerte. No llegó á obtener el puesto á que hubiera alcanzado por lo

decidido de carácter y la ambicion que lo consumía, porque cayó vencido por la muerte.

Daniel Rojas, grave en su andar, solemne en la manera de expresarse, ñato y mordaz, tenía siempre sus cuentos, y estaba dedicado al comercio.

El simpático Luis Warcalde, al fin ya de su carrera médica, conservaba su apariencia reposada; alto y grueso, de voz agradable, preparaba entónces su tésis. Despues que recibió su grado de doctor, sus historias se ligaban con su clínica, y sus excursiones profesionales tenían por campo la clientela de los suburbios; pero el asma le perseguía y tuvo que ausentarse, estableciéndose en la ciudad de Córdoba, donde ocupó elevadas posiciones. Fué diputado al Congreso varias veces. Murió jóven cuando aún hubiera podido ilustrar su nombre y servir al país.

Hablaba bien, su palabra era fácil, persuaciva y galana.

Y este y aquel y tantos que ya no existen, y de los cuales apenas queda el recuerdo entre sus amigos. No quiero hablar de los vivos, repito, porque la mayor parte ha llegado á la meta deseada, y no deseo que las indiscretas reminiscencias de la vida de estudiante comprometan la grave seriedad con que ahora se abroquelan. Y sin embargo, cuántas siluetas se asoman tentando mi vagabunda pluma, y cruzan por las blancas carillas de papel!

Yo no terminé mi carrera profesional de médico, seguí el ejemplo de César Favier, creyendo que el gran *desideratum* en la vida era vivir contemplando las obras de Dios, los esplendores de la naturaleza en la tranquila oscuridad del rincon de mi casa. No me atrevía á seguir los cursos del doctor don Claudio Mamerto Cuenca, aquel poeta-médico, porque no olvidaba el libro en blanco que profetizara estaba reservado para que lo lle-

nase el doctor Rawson, como médico argentino.

Y puesto que el maestro ya designaba el candidato para escribir ese libro ¿qué quedaba para los estudiantes porros, como era el servidor de ustedes? Si siquiera hubiera habido otros libros en blanco! Entónces tal vez para garabatearlos habría osado continuar en aquel Hospital de Hombres, asistiendo á la vez al curso privado de obstetricia que dictaba á unos cuantos el excelente médico doctor Almeida, y me llamarían ahora quizá mata-sanos, pero tendría á lo menos una profesion distinguida. Pero no teniendo ya nada que me halagase, porque llegué á tomar por realidad la profética designacion del doctor Cuenca, renuncié á estudiar, y me separé de Robles, Warcalde y tantos otros. No quería alterar la plácida tranquilidad de mi sueño, ni las encantadoras dulzuras de mis siestas, ni las largas horas en que miraba la

tarea de las arañas de mi cuarto. Yo que no podía ser autor de un libro sobre medicina, no quise apurarme.

Esa sociedad inofensiva, decidora pero sin hiel, conversadora sin envidia y sin enojo, procuró muchas horas de amistoso solaz, alejados de los cafées, sin conocer los garitos, sin frecuentar á los bailes de candil, que fueron el teatro de los compadritos del barrio del alto, en las vecindades del Hospital de Hombres. En ese núcleo no germinó la envidia, ni nunca asomó la vil calumnia, ni la rastrera intriga, todos abrían noblemente sus afecciones y todos habían sabido salvarse del contagio de las malas pasiones. Despues he visto la ojeriza, para levantarse recíprocamente ante el vulgo que abre la boca escuchando absorto los descomunales golpes del bombo! Centro de génios extraordinarios, hijos predilectos del Eterno, ellos, pocos pero unidos, son la flor y nata de las pasadas y

de las futuras gentes, y cuando alguno se conserva mudo como una esfinge, para que no sea posible juicio alguno, el círculo lo elogia por esa prudente mudez que es el signo del supremo saber. ¡ Sacro silencio ! En boca cerrada no entran moscas... Y el vulgo pasa ante la esfinge humana, se inclina y admira.

Pues bien, en la época de la sociedad á que he aludido, la juventud no tenía otras distracciones que el café, los billares, los garitos y las tertulias. Ninguna asociacion existía, nadie se hubiera atrevido á promoverla. Era la época en que el cintillo punzó había impuesto la mayor cautela en el decir, en el proceder y casi hasta en el pensar.

II

UN PERIÓDICO LITERARIO EN 1848

En este medio social no era posible verdadera vida literaria, pues los pocos que la ensayaron tuvieron que desistir, ó se vieron forzados á convertirse en obligados admiradores del héroe del desierto.

Empero un pequeño núcleo de jóvenes entónces, escribían de vez en cuando composiciones poéticas. Citaré solo á Juan F. Seguí, José Manuel de La Fuente, German Vega, Mateo Luque, Nicasio Lopez, el presbítero Francisco Carnicer, Miguel Garcia Fernandez, Bernabé C. Quesada, D. M. Hidalgo, P. Rivas, P. Lacasa y Florencio Ramon Perez, y muchos otros que olvido.

Este jóven escritor en prosa y verso falleció

en 1844 y corre impreso (hoy es rarísimo) un volúmen bajo el título *Ensayos literarios en prosa y verso*, con un retrato del autor, de 260 páginas, Imp. de Arzac, 1845.

La muerte de este jóven escritor hizo pulsar la lira en el núcleo de los amigos y con esas composiciones se formó la corona fúnebre.

La coleccion de esos escritos está precedida de una introduccion por el presbítero Carnicer.

F. R. Perez pertenecía á la jóven escuela literaria romántica, en la que descollaba por su chispa como escritor de costumbres.

« Bien podía el señor Perez, dice la introduccion de Carnicer, pertenecer á la escuela romántica sin deshonrarse, ni desacreditarla. Dotado de talento, y entusiástico admirador de sus más célebres profesores, muy naturalmente era, que como imitador y no copista, diese á sus producciones la sabrosa ternura, la grata naturalidad y el colorido

melancólico que, por más que algunos clásicos lo nieguen, resaltan frecuentemente en las creaciones de sus adversarios. »

Carnicer reconoce que no todas las composiciones del jóven autor son dignas de elogio, que hay incorreccion en sus improvisaciones, pero señala como notables algunas, por el exquisito sentimiento. Elogia el tono elegíaco de sus versos con que modula los acentos amorosos y tiernos. Sin embargo, el poeta decía:

¿Por qué he de cantar amores
Si no los puedo gozar?
¡Canten otros su sabores,
Canten otros sus loores
Y déjenme á mí jugar!

Las románticas es una composicion chispeante, burlesca, llena de gracia y donaire. Las critica y lo hace con mucha sal.

. . . . . .

Y aquella del negro trage
Con un guante carcomido
Que puede ser confundido
Con una red de pescar,
¿Qué hace en esa joyería?
¿Ha comprado un aderezo?
¡No señor! ¡que ella no usa eso,
Que es romántica sin par!

Perez era un gracioso escritor de costumbres: sus artículos eran verdaderos ensayos, como él mismo los clasificaba, pero abonan su talento.

« El que con tanta soltura y gracia, dice Carnicer, supo escribir las *Impresiones de un baile* y prestar á sus escenas tanta vivacidad; el que ha formado un diálogo tan rápido y variado como el de *Un barbero*; no quisieramos alucinarnos, pero algun dia con su ingenio más cultivado y con mayor detenimiento al componer, nos parece que se haría tan conspícuo como lo es Larra ó Mesonero.»

Tenía talento, comenzaba á cultivarlo y no era presuntuoso, no era fátuo.

Los contemporáneos estimaban los escritos de Florencio R. Perez, y bastaría recordar la corona fúnebre formada por sus amigos y el apresuramiento con que se suscribieron para costear la edicion de sus *Ensayos*. Estos hechos prueban que el jóven escritor se había captado las simpatías de sus coetáneos, á pesar que sus escritos crítico-burlescos sublevaran á veces la epidermis de los que se suponían fotografiados.

F. R. Perez tuvo un mérito singular.

En sus *Ensayos* no se encuentra ninguna composicion dedicada á Rosas, ninguna alusion política. Su humor festivo, parecía ocultar la clarovidencia de su prematura muerte. En su composicion dedicada á Hidalgo, decía:

El Dios justiciero que un mundo alimenta,
El Dios que ha formado de lodo el mortal,
Cercena mis dias con mano violenta,
Adios caro amigo: adios por mi mal.

En efecto, murió de 23 años.

En esa época no solo faltaban los estímulos sinó lo que es más grave, había desaliento. Sin embargo, no puedo fijar la época, pero poco antes de 1847, me parece, empezó á publicarse *La Lira Argentina*, por entregas. Era una coleccion de los ensayos poéticos de los jóvenes cultores de la gaya ciencia. Don J. M. Arzac era el impresor que estaba más en contacto con los aficionados á las letras, y era por su imprenta que se publicaban algunas traducciones de novelas francesas, ó los ensayos poéticos á que me refiero. Publicaba además el diario: *El Agente Comercial del Plata.*

En esa compilacion están reunidas varias composiciones de los poetas de aquel tiempo

que no era á propósito para dar vuelo á la inteligencia. Ensayos son propiamente esas composiciones, pues no podía cantarse á la libertad, y algunos creyéronse obligados á cantar al Restaurador, al ilustre americano

Evidente es que no conociendo el medio en que se producía, ni el estado social de entónces, podría juzgarse que había decadencia intelectual; pero bajo un gobierno tiránico la literatura es pobre y ramplona. El miedo no es el consejero más fecundo.

Ese pequeño núcleo de poetas pertenece á la escuela romántica y bebían sus inspiraciones en Zorrilla y Espronceda, que constituían su lectura favorita. No conocían los clásicos, y profesaban como escuela literaria la emancipacion de toda regla, reato y trabas, á veces injuriando la lengua castellana.

Eran románticos hasta en el traje, usaban larga la melena, y como era obligatorio el chaleco colorado y el bigote, se hallaban con-

trariados. Pero era de moda el aire taciturno, anchas corbatas de dos vueltas y jamás el cuello visible de la camisa. Y los versificadores hubieran creido faltar á sus modelos, no exajerando las tristezas aparentes.

Hasta en las niñas comenzó la vida romántica, y peregrinas y risibles son las historietas de aquellas lánguidas beldades de luengos rizos y escuálidas formas, ataviadas de blanco en el estío para soñar á la claridad de la luna, en las salas sin luz. ¡Cuántas historietas picarescas y mordaces vienen á mi memoria! ¡Cállate pluma!

F. R. Perez, las pintaba así:

Decídme donosa jóven,
La del veneno en el pecho,
La que dice: « tengo estrecho
El corazon para amar » !
¿No es mejor que en vuestra casa
Clásicamente vestida
Esteis siempre recojida
En vez de romantizar ?

Y vos la del negro pelo,
La del rico velo ondeante,
Que vais como agonizante
En dia de ejecucion;
Decid, — ¿qué objeto os conduce
Noche á noche hácia esta calle?
¿No temeis que el diablo os halle
Y os tiente al fin á pecar?

Piedad con todas aquellas lindas, lindísimas románticas, que enloquecían á los poetas de entónces, y á los galanes, á los *paquetes*, que acosaban á los sastres Vidal, Duarte, Picos y Forat, para lucir los fracs de color, y cabalgar por la calle de la Florida hasta Palermo. Fué Arcos quien introdujo cierto tren de carruages y caballos, de vida verdaderamente elegante y bulliciosa.

Los jóvenes á la moda frecuentaban la corte de Palermo, donde eran recibidos con amabilidad por la hija del Restaurador. Viven muchos, y atestiguarán en sus intimidades la exactitud de mi relato. Prescindo de histo-

riar los manejos de los neófitos en el pequeño cenáculo de Mariño y de la *Gaceta Mercantil.* ¡Ay! que está aún inexplorado el estudio del salon social de Manuelita Rosas.

Pero no quiero estralimitarme, los recuerdos me estraviarían y no se puede decir todo simultáneamente.

Como tentativa de publicacion literaria, recordaré el *Mosáico literario* redactado por J. A. W. y M. N. V. Forma un tomo de 352 páginas, se publicaba por entregas semanales y quincenales, por la Imprenta Republicana, situada en la calle del Restaurador Rosas, número 194. Sus directores eran Wilde y Navarro Viola, como se vé por las iniciales. Fué empresa árdua intentar fundar un periódico!

Vivió en su mayor parte de transcripciones, de versos y de discursos de estudiantes.

Entre los artículos originales de Wilde puede leerse el que lleva por título *Nada,* pá-

ginas 17 á 20. En la páginas 34 empezó á reproducir el *Ensayo histórico sobre la vida del Exmo. señor don Juan Manuel Rosas, gobernador y capitan general de la Provincia*, publicada en 1830.

Esta reproduccion era un tributo obligatorio para que se tolerase la circulacion de una publicacion inofensiva: ensayo peligroso, porque era ponerse en evidencia.

Descúbrese el nombre de German Vega en las iniciales de la poesia titulada: *Huérfanos los dos.*

En la página 89 se empezaron á publicar los versos de Seguí, bajo este título: *Mis entretenimientos, versos por Juan F. Seguí.* Están dedicados al general Urquiza, gobernador de Entre Rios.

Seguí había estudiado con los jesuitas, se hizo despues profesor en el colegio Majesté, y en sus ócios escribía versos. Fué del Congreso Constituyente y Ministro de Relaciones

Exteriores, despues de derrocado Rosas.

Este mismo periódico registra una composicion de Modestino E. Pizarro: *Un médico en sociedad*, dedicada á don Lino Piñero.

Pedro Rivas era otro aficionado á las musas, y este periódico publicó una composicion en verso bajo el título *La Campana*. *El Mosaico* es un daguerreotipo de la época. En la página 161, despues de vivas y mueras se publica: *Discurso pronunciado en los exámenes públicos dados por el Colegio filantrópico bonaerense en el Teatro Argentino, en el acto de matemáticas, por Sabiniano Kier.*

Hay muchas composiciones en verso y anónimas. En la página 194 comienza la publicacion de otro *discurso pronunciado por el director del Colegio filantrópico bonaerense al distribuir los premios á sus alumnos á consecuencia de los exámenes practicados en los dias 4, 5, 6 y 8 del mes de América (Mayo) 1848.*

En la página 209 se leen: *Cuatro palabritas dichas por una de las alumnas del Colegio Argentino, en el último dia de los exámenes.*

Se vé que, no pudiendo sus directores dar vuelo libre á la imaginacion por temor de incurrir en falta respecto de los susceptibles sentimientos del Restaurador, preferían traducir novelas como *Pascual Bruno*, con que llenan numerosas páginas del pequeño periódico, ó transcribir los discursos y composiciones leidas en los exámenes de los colegios.

Por eso se registra en su página 225 el Himno *cantado en el colegio republicano federal de Buenos Aires en el último dia de los exámenes, 1844.*

En la página 333, inserta otro *Discurso pronunciado por Alejo Gonzalez al abrirse los exámenes de la clase de retórica dados por el Colegio filantrópico bonaerense.*

Tal es el ensayo de una publicacion litera-

ria durante la época de Rosas, ensayo que, á pesar del riesgo que se corría en desagradar al gobernador, muestra que la juventud sentía las atracciones inevitables de la vida pública, la necesidad de romper con el mutismo que tenía aletargados á los espíritus. Pero este ensayo es fruto genuino de una época de tiranía, carece de vivacidad, de la ligereza, del calor de una publicacion literaria dirijida por jóvenes. Sus páginas son incoloras y frías y es de admirarse empero la constancia de sus directores para haber impreso un volúmen de 352 páginas, sin tocar ni indirectamente ninguna cuestion política, ni social, cuando más dando cuenta de los exámenes de ciertos colegios, pero sin juzgar del estado sinó limitándose á la reproducion de los discursos, cuidadosamente retocados para que el ilustre restaurador no se enojara con los directores.

Esa publicacion es una muestra de la si-

tuacion moral de los espíritus en esa época que era precursora de los movimientos que en 1851 tuvieron lugar en Entre Rios, para terminar por la caida de Rosas el 3 de Febre- de 1852.

No fué este el primer ensayo de Navarro Viola, propiamente hablando. En efecto, siendo estudiante de derecho hizo sus primeras armas con *La Palmeta*, periodiquillo estudiantil manuscrito, burlesco y de crítica, que circulaba muy reservadamente entre los estudiantes, ó mejor dicho, que se leía en grupos en las horas intermedias de la clase. Victorica parece que colaboró alguna vez, y la víctima expiatoria de las burlescas bromas de los redactores, fué un condiscípulo Vila, que pagó bien caro no sé que rencillas. Este es, pues, el primer ensayo periodístico de estos estudiantes: no se imprimía por falta de fondos y por temor de las censuras de la policía. Pero ya mostraban sus prematuras

aficiones. El público era estudiantil como los redactores y las materias que trataban en prosa y verso.

La Palmeta le llamaron porque entónces los maestros en las escuelas primarias aplicaban ese castigo en la palma de la mano de los estudiantes porros; y *La Palmeta* tenía por mision fustigar á troche y moche á cuanto condiscípulo diese márgen por palabras ó por hechos, al enojo de los redactores. Vivió vida efímera y no sé si mereció algun manteo por punto suspensivo. La crónica no lo dice, yo no lo afirmo y punto concluido.

No quiero recordar los banquetes que en dias pátrios cierto pequeño núcleo de jóvenes daba muy ocultamente en el comedor de una casa inglesa de comercio de Thomas Duguid y C^{a}, situada en la calle de la Piedad, entre 25 de Mayo y Reconquista.

Era dependiente de esa casa Federico Tejo,

jóven alto, delgado, muy elegante, sério é inglesado, quien solicitaba el permiso de reunir en el comedor de dicha casa á un número de amigos, que á prorata costeaban los gastos del banquete. Mr Simpson concedía generalmente el permiso, y en santa paz, bajo la responsabilidad de un domicilio extranjero, tenían lugar aquellas fiestas de los aniversarios patrios.

En esos banquetes ya se hablaba de libertad y de patria, con ese calor con que los corazones jóvenes aman lo desconocido, y el mismo peligro por aquellas reuniones secretas daban mayor realce patriótico á las espansiones generosas de un porvenir que instintivamente se vislumbraba. Luego se salía de aquellas honestas reuniones, como si se estuviese en una conspiracion. Viven muchos de los que asistían á esas fiestas, en aquellos tiempos.

III

LA CASA DE HUÉSPEDES

No debo olvidar otro centro de estudiantes de la Academia de Jurisprudencia, que se reunía en la casa de huéspedes que dirigían las señoras de Larrea, en la calle de San Martin, en el edificio donde se estableció por vez primera el Banco Hipotecario. En esa casa vivían los doctores don Manuel Fernando Paz, tucumano, don Eusebio Ocampo, cordobés, don José E. Uriburu, salteño, y otros. Allí se reunían los doctores Marcelino Ugarte, el mayor en edad de aquel círculo, Benjamin Victorica, Miguel Navarro Viola, Vicente G. Quesada, Juan A. García, Juan F. Monguillot y otros en la época en que prepa-

raba su tésis sobre catalepsia Federico Mayer, estudiante de medicina, muy dado entónces al magnetismo, pretendiendo magnetizar á los que condescendían en someterse á sus experimentos.

Recuerdo la noche de la única exhibicion semi-pública, en el gran salon de la casa de huéspedes.

Mayer, que era eminentemente nervioso, dominante y á la vez creyente en su propio valer, había encontrado su *medium* notable por lo dócil, inteligente y sumiso. Era un estudiante muy bromista, y que pasaba por incrédulo, el cual por razones que él sabía, quiso prestarse á servir de *medium* para desacreditar á los que hacían del magnetismo el don de la clarovidencia. Despues de repetidas experiencias en la casa de Juan A. García, en los altos de la esquina de las calles de Florida y Cangallo, delante de los más íntimos, el magnetizador preparó una sesion

semi-pública para los estudiantes de medicina.

Se reunieron todas las sillas de la casa de las buenas y honestísimas señoras de Larrea, que fueron ocupadas por estudiantes de medicina y de derecho, y en el momento dado se presentaron ante aquel público, Mayer como magnetizador y Victorica como *medium*. Este tenía fama de jugueton, de burlon, de tenaz voluntad, y era sorprendente, cosa inverosímil, verle aparecer como un *medium* sumiso, dócil, sin voluntad propia.

La sesion comenzó. Apareció el magnetizador y dió principio á las experiencias. Un silencio profundo capaz de percibir el volido de un insecto daba mayor solemnidad á aquella escena, alumbrada por lujo en aquella noche con velas de estearina. Nadie hacía comentarios: el magnetizador de semblante pálido, sus ojos brillantes, su frente despejada y su cabellera crespa y larga, atraía todas las mira-

das. El *medium* estaba sentado, y él le hacía tomar actitudes casi imposibles. Respondía á todas las preguntas, era verdaderamente en apariencia un efecto del magnetismo.

Todos estabamos sorprendidos: la razon resistía creer lo que aparecia allí evidente. Pero de repente el *medium* se levanta, se quita la venda que cubría sus ojos y con el más burlesco acento dice:—señores yo he sido un farsante, pero más lo es el que se dice magnetizarme. Yo no he estado ni estoy magnetizado.

Un silvido prolongado y risas estrepitosas terminaron aquella escena de estudiantes; pero el magnetizador había desaparecido. No fué la hilaridad duradera, tornóse en preocupacion de todos, la burla había sido casi cruel y la broma pasaba de castaño oscuro.

Y en efecto, Juan A. García sabe, como testigo presencial, cómo hubo de terminar trágicamente aquella broma y cómo la fatalidad

se mezcló luego en una série de actos y sucesos verdaderamente lamentables.

Esa noche en casa de J. A. Garcia dormían algunos amigos y comentaban preocupados el resultado de la broma estudiantil.

En ese tiempo eran escasos y probablemente malos los hoteles y fondas, y los transeuntes, especialmente los estudiantes de las provincias, se alojaban en casas de huéspedes, dirigidas por familias del país, en donde se hacía una vida modesta, se comía en mesa redonda y había cuartos amueblados y servicio.

Además del establecimiento de las señoras de Larrea, había otra casa de huéspedes en la calle de la Piedad dirijida por don Pedro Antonio Sanchez. En esta vivían los practicantes de jurisprudencia, y doctor Basilio Soto, inteligente y notabilísimo estudiante, hijo de Catamarca, á quien ya habían propuesto hiciese sus ensayos escribiendo de vez en cuando en la *Gaceta Mercantil.*

Ignoro si escribió algo, pero no debió ser sobre política.

Soto no era partidario de un gobierno personal y autoritario: ya se vislumbraba el término de esa época.

El doctor Manuel José Navarro tambien vivía en la misma casa de huéspedes, donde se hospedaba á la sazon el doctor don Luis Caceres, que vino en comision del gobernador Lopez de Córdoba para conferir poderes al gobernador Rosas, una vez que el general Urquiza se pronunció en 1° de Mayo de 1851 contra el gobierno personal del Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederacion Argentina.

Sin duda que habría otros huéspedes, pero no los recuerdo.

Del núcleo de practicantes de jurisprudencia de la casa de huéspedes de la calle San Martin surgió el pensamiento de fundar un periódico, porque ya había sido derrocado

Rosas, todos querían escribir para el público, y usar de la libertad de decir lo que se piensa, de gritar, de criticar, de reir; de hacer en una palabra, lo que nadie podía hacer en la malhadada época del dictador.

¡Un periódico! era el ideal de todos, era un plato vedado, y que era preciso gustar; pero para que fuese sabroso era preciso que fuera burlesco. Así nació el propósito de dar á luz, pero anónimo, el deseado periódico. Se discutió el nombre, las tendencias, y fué el doctor Benjamin Victorica quien redactó el *Prospecto*. Ese periódico se llamó:

EL PADRE CASTAÑETA

Periódico crítico-burlesco, 1852

Fué la expresion del núcleo de estudiantes y doctores nóveles de jurisprudencia, que quiso que fuese el éco de la juventud que no había podido emigrar, pero que se encontraba

con bríos y deseos para defender la libertad civil y las garantías políticas.

Benjamin Victorica y Miguel Navarro Viola, como Eusebio Ocampo y Juan Agustin García, habían frecuentado el centro social de la Casa de Huéspedes, de que he dado ya noticia, y creyeron que debían fundar un periódico que sirviese á las tendencias y á las aspiraciones de la juventud.

Victorica y Navarro Viola, desde el ensayo de *La Palmeta*, habían mostrado inclinacion y cualidades para la sátira y los escritos crítico-humorísticos, y fué de esta naturaleza que creyeron debía ser la que caracterizase el nuevo periódico, para oponerse á *La Avispa* y *El Torito*, periódicos que redactó el español Toro y Parejas, cuya sal gruesa y cuyas burlas groseras contrariaban la índole de las costumbres y los hábitos inofensivos de la sumisa poblacion gobernada por Rosas.

Convinieron entónces en fundar *El Padre*

Castañeta, bajo la condicion que Eusebio Ocampo asumiese el papel y la responsabilidad de redactor, lo que halagaba su juvenil vanidad, y que Juan A. García fuese administrador, co-propietario y colaborador del periódico. Cada cual asumía así un papel adecuado á su carácter. Los doctores Victorica y Navarro Viola querían permanecer ocultos, circunstancia muy explicable, dejando á los otros la ostentacion vanidosa del periodismo. Aparecieron más hábiles y fueron el alma del periódico, puesto que á ellos pertenecen la mayor parte de los artículos en prosa y verso.

García era uno de los sócios contribuyentes más importantes, porque gozaba de las larguezas de hijo único, muy mimado. Su colaboracion, salvo uno que otro articulillo, se reduce á la traduccion de una novela, *El amor de los poetas*.

El prospecto del periódico en verso fué re-

dactado por el doctor Victorica. Era una crítica muy acerba de la situacion política, fué profusamente distribuido y causó novedad y sensacion. Era un síntoma de libertad, puesto que era de oposicion franca y á la vez graciosa y mordaz.

La publicacion del prospecto bajo el nombre *El Padre Castañeta*, fué atacada por el señor Palemon Huergo, aludiendo á los dos jóvenes doctores que detrás de cortinas eran el alma del periódico anunciado: el ataque, personal é hiriente, inició una lucha.

Ese escrito fué publicado en *El Agente Comercial del Plata*, con la mira al parecer de amedrentar á los jóvenes que no blasonasen de víctimas de Rosas.

Esto dió orígen á que tanto Juan A. García como Eusebio Ocampo, bajo sus firmas respectivas, saliesen noblemente á la defensa de los aludidos y esgrimiesen sus armas contra el desfacedor de entuertos. Tales son mis re-

cuerdos, y las confidencias que en ese entónces me hacían Ocampo y García, Uriburu, Ugarte y el mismo Estanislao Frias, en las inolvidables *picatas* en los ideales ingresos de la Academia teórico-práctica.

No he podido reveer el prospecto que probablemente ha envuelto muchas libras de yerba y no pocas de arroz, y no sé por qué causa no fué reproducido en el primer número del periódico, de que fuí suscritor y cuya coleccion, rarísima hoy, conserva mi tio Blas.

El título del periódico es largo, como era difuso el estilo de los tiempos de entónces. Se llamaba:

El Padre Castañeta. Periódico crítico-burlesco, literario, político y de costumbres.

El primer número apareció el 20 de Marzo de 1852.

He dicho que el prospecto fué redactado por el doctor Victorica, pero el primer artículo del primer número: *El R. Padre Castañeta*

enviado extraordinario de la corte celestial en 1852, es una poesía de Miguel Navarro Viola.

Una vez publicado el prospecto, la familia del Padre Castañeda reclamó por el abuso de usar del nombre del ilustre muerto, pretendiendo corregir las costumbres tras la sombra de aquel fraile, escritor humorístico y fecundo.

Los jóvenes escritores encontraron honesto y equitativo el reclamo y por eso decían en el primer número:

« A pesar de lo que acabais de leer, ya de hoy más no seré el Padre Castañeda: me llamaré *Castañeta,* que salvo en una letra es lo mismo. No seré el Padre Castañeda de 1820, seré el Padre Castañeta del año 52. Pero como el mismo Padre Castañeda que escribiera el prospecto, es el mismo Padre Castañeda que escribe ahora y escribirá siempre, vendré á ser siempre el mismo Padre Castañeda, segun me argumenta Lima-Sorda. »

Desde el principio levantó la bandera de la oposicion en un artículo bajo el rubro *Actualidad.* Decía textualmente:

« No sabe adular á los que están en el poder porque no pretende empleos ni dignidades, ni los teme tampoco, porque el colgar un fraile es cosa que se hace muy rara vez.

« Además, el Padre Castañeta no tiene como la mayor parte de los periodistas que andar receloso por su mala vida pasada, ni tratar de merecer perdon, golpeándose el pecho con los cuernos de la luna, que desde el tiempo de Rosas los tienen con mas añadidura que si fueran ciervos, y más enroscados que si fuesen carneros de Berberia.

« Como la vida de mi paternidad depende de la duracion de la libertad en esta tierra, y como su santa mision es conservarla, todas las palabras que diga mi Reverencia tendrán ese solo objeto... »

Esta manera de espresarse en un núcleo

de jóvenes criados y educados bajo el gobierno de Rosas, prueba que el carácter no había amenguado, y que estaban resueltos á defender la libertad adquirida, luchando en la prensa que es el arma más poderosa para defender aquella. No se hallaban, pues, apocados ni medrosos, puesto que en pocos dias se ponían á la altura de la situacion nueva y mostraban nervio, resolucion, habilidad y decision para la vida pública y el periodismo independiente.

El vencedor de Caseros encontraba así á la juventud viril dispuesta á servir con nobleza á las nuevas exigencias de una situacion política libre.

Los redactores escribían bajo diversos seudónimos: el doctor don Benjamin Victorica firmaba *Lima-Sorda*. El doctor M. Navarro Viola se oculta bajo el nombre de *El Padre Castañeta*, de que usó simultáneamente ó por alternativas el doctor Victorica, porque se

proponían desorientar á los lectores. El doctor Eusebio Ocampo firmaba *Fray Polanco*. El doctor Juan del Campillo, el más formado y de más edad del núcleo, llamóse *Fray Ripalda*. ¿Quién fué Cascabel? ¿Quién fué Lauro Pujavante? No lo sé, mis recuerdos no me satisfacen y me quedo con la incertidumbre.

Probablemente en el secreto estaban ciertas jóvenes cortejadas por los colaboradores, que pensaron que la letra de molde era una llave de oro, y ostentaban con juvenil puerilidad el papel de escritores públicos, mostrándose como los caballeros andantes de la pluma; y creyendo que el rollo de papeles que mostraban bajo el brazo al pasearse en la calle de la Florida, era el título de conquistadores patentados. Estos no ocultaban su participacion; mientras que otros tiraban la piedra y ocultaban la mano, riendo á mandíbulas abiertas de su astucia estudiantil.

El éxito del periódico fué excelente, la sus-

cricion relativamente numerosa, pero sus críticas alarmaron á los que mandaban, sorprendidos de encontrar quien osara criticar las medidas con que iniciaban la reaccion contra las damas de la Sociedad de Beneficencia, la destitucion de Camaristas y otras exageraciones de los que no habían vivido bajo la tiranía de Rosas.

El primer artículo suscitó alarma en los periodistas oficiales de la situacion, porque atacaba al gobierno provisorio creado por el general Urquiza.

Con este motivo en el 2° número, decia el *Padre Castañeta*:

« No más arbitrariedades, gobiérnese el país segun sus instituciones, pues una nueva tiranía mataría este pueblo idólatra de su libertad, que al abrazarla despues de haber estado tanto tiempo privado de ella, está conmovido de insofocable entusiasmo. »

Estos escritores noveles no adulaban al ven-

cedor, y daban una prueba de libertad criticando las medidas del gobierno provisorio, la destitucion de empleados inamovibles, defendiendo así las garantías que constituyen el órden dentro de la libertad. Se necesitaba menos carácter para atacar á los vencidos que valor civil para defenderlos, puesto que esto era impopular. Los vencidos nada valían, nada podían ofrecer, de modo que su defensa era generosa y noble.

En esa época se fundó *El Progreso*, diario dirijido por los doctores Diego de Alvear y Delfin Huergo, bajo la proteccion del general Urquiza. La oficina de la redaccion se estableció en los altos de la casa donde funcionaron despues los tribunales nacionales, en la calle de Bolivar.

Con este diario trabó discusion *El Padre Castañeta*, usando de la sátira, del sarcasmo y del ridículo para atacar y defenderse. En este género fué chistosísimo.

Pero esta naciente oposicion irritó á los que gobernaban, y como medida eficaz la policía se apoderaba de los números que llevaban los repartidores y los destruía, como si fuesen *res nullius*.

Número hubo que fué reimpreso tres veces, lo que arruinaba á la empresa del periódico, cuyo cese había sido resuelto por los mandatarios. Se hizo difícil el reparto en la ciudad, imposible fuera de esta y por lo tanto redu cido el número de suscritores, se condenaba á muerte por hambre, la más terrible de las muertes aún para un periódico literario.

¡Y cosa singular! Eusebio Ocampo que había asumido el título, los aires y el garbo de redactor, no quiso malquistarse con el general Urquiza, y no denunciaba los procederes de la policía, de que era gefe, paréceme, don Miguel de Azcuénaga. De modo que nada se dice de estos abusos en las páginas del *Padre Castañeta*, resignado á sufrir disciplina-

zos de los polizontes y malandrines, á trueque que el redactor obtuviese no sé qué favores en su provincia gobernada por Lopez, de cuyo mando querían emanciparse por aburrimiento.

Sin tales cuitas, decían en esa época los doctores más escribidores del periódico, esta empresa sería una mina de billetes de Banco, puesto que la suscricion valía quince pesos! No eran muy exigentes, pero los consumidores lo eran menos. Puesto que son frailes, decían, pobrecitos! que ganen este estipendio, y las viejas, los viejos, los muchachos y las solteronas se constituyeron en protectores del pobre *Padre Castañeta*, y cuando pasaba por la calle de la Florida Juan A. García con su enorme rollo de pruebas: *¡Ese es del Padre Castañeta!* decían las muchachas, mirándole como un bicho raro.

Sin eso el periódico habría alcanzado una gran suscricion, me decía con tristeza hace

algun tiempo uno de sus redactores. Ya se sabe que eliminando las causas que impiden la propaganda por la prensa, esta no solo sería un poder sinó una mina.

La nueva época trajo á la vida muchos diarios y periódicos. *La Prensa Nacional, El Organizador Federal,* cuyos prospectos circularon profusamente. *La Avispa* fué un periodiquillo burlesco. *El Torito* y otros. *La Camelia,* periódico redactado por damas, mereció unos versos en los cuales decía el *Padre Castañeta* (N. V.):

Mas no es la desgracia peor
De meteros á escritoras,
Hallar pocos suscritores
Y lo mismo suscritoras
Sinó que si alguna vez
Escribís con ciencia suma,
No faltará quien esclame
Leyendoos ¡hábil pluma!
Y hasta habrá tal vez alguno
Que porque sois periodistas,
Os llame mujeres públicas
Por llamaros publicistas.

El Diario de Avisos se transformó en *Correo Argentino*, y aparecieron *Los Debates* redactados por don Bartolomé Mitre. *El Diario de la tarde* fué transformado en *El Nacional*, redactado por el doctor Velez Sarsfield.

El periodismo tomaba así una vida nueva, activa y ardiente, discutiéndose todas las cuestiones y agitándose las pasiones é intereses políticos.

El escritor más fecundo, más variado y más asíduo del *Padre Castañeta*, fué *Lima-sorda*: escribía en prosa y verso, y sus audiencias son chispeantes, sarcásticas y mordaces. No le iba en zaga el *Padre Castañeta*.

En el número del 3 de Abril se publicó un artículo, RECUERDOS DE LA INDEPENDENCIA, *Los sargentos del Tambo*, que aparece anónimo y cuyo autor fué el doctor Modestino E. Pizarro. Es una narracion histórica muy dramática y bien escrita.

El Cholo y el Manchego, *Romance histórico* en castellano antiguo, pertenece al doctor don M. Navarro Viola, dado en esa época á imitar la fabla de las Partidas.

Escribían entre otros el doctor Juan del Campillo y el doctor José M. Zuviría, autor de la letrilla publicada en el primer número. El remitido en verso del mismo número pertenece al doctor Victorica.

En el 2° número el artículo *Pensamientos del Padre Castañeta*, es escrito por el doctor Victorica y el que lleva por rubro *Instruccion Pública* es de Navarro Viola. La composicion en verso *A otra cosa,* pertenece al doctor Victorica, y á Navarro Viola los articulillos *El Progreso* y *Otro diario nuevo.*

En ese número la correspondencia de Córdoba aunque firmada por fray Polanco es escrita por Juan del Campillo.

Se habían propuesto bajo un mismo pseudónimo escribir varios para desorientar á los

lectores sobre quienes eran los redactores. Juzgaban, con razon, que el misterio es un gran aliciente periodístico.

Eusebio Ocampo escribió en ese número los artículos que tienen por título *Interior de la República* y el siguiente.

En el número 3°, escriben Victorica, J. A. Garcia y dos artículos más del primero.

En el número 4°, los artículos pertenecen á Victorica y Navarro Viola. Son del primero los que llevan el rubro: *Guardia Nacional, Empleomanía y Maledicencia de Lima-Sorda,* el inmediato es de Navarro Viola, y los otros pertenecen á estos dos escritores.

En el número 5° escriben Victorica, Modestino Pizarro, Ocampo y Navarro Viola.

Los artículos *Elecciones de los representantes del pueblo, El Progreso y las cosas del hermano Lima-Sorda,* son escritos por el doctor Victorica. Los salmos de este número son originales del doctor Navarro Viola. Los

otros artículos son de Victorica y J. del Campillo.

Sería muy pesado si hubiera de anotar número por número el nombre de los autores. Basta con lo que he recordado para que se pueda juzgar la parte que cada cual tenía en esta publicacion humorística y política.

Paréceme estar probado que los verdaderos redactores fueron los doctores Victorica y Navarro Viola, y los otros eran colaboradores más ó menos asíduos.

El Padre Castañeta terminó en el número 13, correspondiente al 13 de Mayo de 1852, de manera que el fatídico número fué la loza sepulcral que cubrió al humorístico periódico, no sin publicar un *Manifiesto del Padre Castañeta* (N. V.) diciendo:

« Cuando leais, mis muy queridos hermanos y suscritores, este número trece, ya el *Padre Castañeta,* arremangados los hábitos, y enroscado el cordon, correrá sobre esos cam-

pos de Dios no en el caballo de San Francisco, sinó en un buen y verdadero caballo, capaz de aguantar mi terrible y gran paternidad.

«...Pero tengan entendido, ministros, diputados, periodistas; todos los que valgan algo en esta tierra, hasta el que vale tan poco como el Palomo de Jove, que Lima-Sorda irá apuntando todos sus pecados para imponerles á mi vuelta la correspondiente penitencia con buena racion de sendos cordonazos. La tregua no será larga y ¡ay! del que poco caballerosamente me ofenda en mi ausencia.

« Este es, pues, el último número de la primera série de *El Padre Castañeta*, con los que queda completa la docena del fraile, y por una coincidencia que no deja de ser honorosa, queda igualado en la primera época de la vida pública de mi Reverencia, al número de la coleccion del célebre *Pobrecito Hablador*, que vivió diez meses.»

Termina, pues, sin desmentir el chiste y

gracejo con que se mantuvo, sin faltar jamás á la cultura y á la decencia, usando del sarcasmo como medio, de la chispa como estimulante y de la crítica como fin para corregir abusos y necedades de los inmaculados del dia siguiente de caido el dictador.

En el mismo número se registra la *Ultima audiencia de Lima-Sorda* (B. V.). Con agudeza critica un artículo del diario gubernativo *El Progreso*, y dirije algunas broma al periodiquillo *La Avispa*.

Hay en la misma entrega una composicion en verso titulada *Adios*, dirijida á los periódicos y suscritores al terminar las tareas periodísticas, y el doctor don Eusebio Ocampo espresa bajo su firma que se vé obligado á suspender la publicacion del *Padre Castañeta* por una urgencia que lo obligada á salir del país.

Asi concluyó este periódico.

Durante su corta vida falleció el doctor don Basilio Soto, el 16 de Abril, de quien tal vez

insertó algun artículo al comienzo. En el número inmediato se publicó un artículo necrológico y una composicion en verso con motivo de su muerte.

Preciso es recordar que la agitacion política había llegado á un estremo crítico, porque se resistía el *Acuerdo de San Nicolás*, firmado en la ciudad de este nombre por los gobernadores convocados por el general Urquiza, entre los cuales figuraba necesariamente el de Buenos Aires, doctor don Vicente Lopez.

La discusion en la Cámara provincial fué una verdadera revolucion, y la situacion se hizo tan tirante que produjo el golpe de Estado y la disolucion de la Legislatura. En esa crísis política fué envuelto el periódico, y el *Padre Castañeta* desapareció antes de la disolucion de la Legislatura.

No hago, no quiero hacer por ahora ni la simple crónica política de aquel tiempo, recuerdo únicamente que la juventud criada y

educada bajo el gobierno de Rosas fué la más decidida, la más entusiasta, la más apasionada en la defensa de las autonomías provinciales, que caían heridas por el golpe de Estado y por los sucesos que precedieron y sucedieron á aquel acontecimiento.

A esa juventud podía faltarle los hábitos y la escuela de las instituciones libres, pero tenía vivo y ardiente el sentimiento de la independencia personal y amó tanto más la libertad política, cuanto que había vivido privada de ella. La tiranía no había postrado la energía genial de los hijos de esta tierra, y en el primer momento fueron los jóvenes los que mostraron que manejaban la pluma y la palabra para sostener sus doctrinas, porque temían volver al imperio irresponsable de los gobiernos personales.

Esta noble predisposicion fué explotada por los que eran veteranos en las luchas de la revolucion; pero la juventud fué noble y generosa en sus propósitos.

Entre el *Mosáico* de 1848 y *El Padre Castañeta* de 1852 hay un abismo, el que separa el despotismo de la libertad.

Por ello es muy importante estudiar la índole y tendencias de estas dos publicaciones literarias, manifestaciones genuinas de dos épocas distintas. La juventud aficionada á las letras fué dúctil para comprender los deberes de la nueva época, como había sido prudente para no comprometerse durante la tiranía.

Pero los sucesos políticos deshicieron aquel núcleo literario, ligado más por los afectos que por los intereses y cada cual tomó rumbo diverso.

El doctor Ocampo fué á Córdoba, donde su albornoz produjo sensacion, cuando se calaba su capucha, dándose aires de ser el representante del núcleo literario del *Padre Castañeta*, periódico ya desaparecido.

Monguillot fué á servir á la legacion de Chile, confiada á Mármol. Quesada salió en la

Legacion argentina nombrada para Bolivia, bajo la direccion del coronel D. Juan Elías. Victorica se fué más tarde á Entre Rios. Ugarte y Navarro Viola se hicieron abogados.

Alvear y Huergo, que pertenecían á otro centro, electos diputados al Congreso Constituyente de Santa Fé, siguieron rumbo distinto; el primero declinó su puesto, el segundo permaneció en Santa Fé.

Pero preciso es que mis recuerdos no me saquen del estrecho cuadro que les fijé al evocarlos, limitado á decir lo que fué la juventud durante los últimos años de la época del gobierno de Rosas.

Pongo, pues, punto acabado á estas reminiscencias, y coloco mi pluma en el tintero, porque entra mi tio Blas.

Febrero, 1883.

LA TERTULIA LITERARIA

DEL DOCTOR OLAGUER FELIÚ

(RECUERDOS INTIMOS)

En la plaza de la Victoria al lado del Palacio arzobispal, se vé una antigua casa de teja, con dos elevadas ventanas y una puerta grande pintada de verde, por la cual se entra al zaguan, cuyo piso es mucho mas elevado que el plano de la plaza. El patio está enladrillado, y entrando hácia la izquierda se halla la puerta de una pequeña sala, donde recibía á sus amigos el doctor don Miguel Olaguer Feliú, descendiente del antiguo virey de este

nombre. Se ven allí algunas ventanas altas y salientes, con rejas que dan á este patio, sobre el cual abre tambien la puerta de la sala principal. Otra puerta conduce al segundo zaguan y á las habitaciones de la familia, que ocupan tres costados del cuadrilongo. Algunas enredaderas se enlazan entre las rejas de las ventanas, y hoy en el centro de este patio se ha formado un jardin.

La construccion es española, pesada pero cómoda; tiene patios y tras patios espaciosos con corredores para el servicio. Es una casa conventual, como las que edificaban las familias pudientes de la época colonial. Esta es la casa abolenga que ocupan todavía los descendientes de Olaguer, Azcuénaga y Basavilbaso.

Pertenecen á la misma propiedad los altos de la esquina Victoria y Reconquista, que ocupó don Mariano Lozano, casado en la familia de Azcuénaga. Fué allí tambien el lu-

gar de una tertulia íntima de personages distinguidos, de los cuales solo conozco algunos, pues eran ya ancianos cuando yo estaba en la primera juventud. Este círculo merecía encontrar su cronista, pues tuvo su relativa importancia histórica por el papel que habían desempeñado muchos de los tertulianos. El señor Lozano era tio político del doctor Olaguer Feliú.

La sala de recibo de este último tenía su ventana sobre la misma plaza, sillas de jacarandá de pié de cabra, estantes del mismo estilo y época guardaban su libros americanos y el archivo de papeles históricos. Algunos cuadros originales de la escuela española adornaban las paredes, y una mesa cuadrilonga, delante de un canapé forrado en crin negra, era el lugar habitual del pequeño cenáculo, de diversas edades, pero aficionados á las letras, sobre todo á la historia americana.

Ese círculo, que ha deshecho la muerte,

merece ser esbozado ligeramente. Esta vez quisiera fotografiarlos.

El doctor don Miguel Olaguer Feliú poseía una inteligencia cultivada, espíritu sereno, amigo de las letras y de los aficionados á su culto, fué un cultor distinguido de ellas, y en su tiempo se hizo notar entre sus condiscípulos y amigos. Por una fatalidad singular su vista se iba extinguiendo y terminó al fin por la ceguera, en la plenitud de la vida, cuando por su posicion social, su fortuna y sus estudios, pudo servir á su país y vivir en la memoria de la posteridad. Tal vez esa pupila yerta que no reproducía las imágenes esternas, le hizo renunciar á sus ambiciones, reconcentrándose en sí mismo, y condenándose al celibato. Poseia la dulce calma de los espíritus creyentes, se resignó á la profunda oscuridad á que estaba condenado en esa noche sombría de los ciegos. Pero su espíritu indagador y metódico no podía vivir en la holgan-

za que mata y postra, y por medio de secretarios ó de sus contertulianos, emprendió el arreglo de su archivo de manuscritos históricos... Los fué clasificando, y cada documento que examinaba, ya que no podía leerlo con sus propios ojos, lo tomaba en sus manos, lo palpaba con inquieta curiosidad, pasaba los dedos por los bordes, los dobleces, los desperfectos que la humedad ó la polilla hubieran causado, y desques de obtener todas las noticias sobre el color del papel, de la tinta, de la forma de la letra, de los sellos que tenía, si era autógrafo ó copia, lo doblaba él mismo con amoroso cuidado y ordenaba se le pusiera un estracto del contenido y el número de órden en un medio pliego de papel blanco que lo guardaba á guisa de carpeta. Ese recuerdo lo conservaba en las gabetas de su memoria notable, y así iba organizando esos papeles, que formaban la única y piadosa pasion de su vida de hombre de letras. Su ocu-

pacion era modesta, pero levantada en sus objetos.

¿Por qué no dictaba el fruto de sus meditadas indagaciones? No lo sé. Fué su secretario durante mucho tiempo el doctor Grimau.

Todo libro americano ó toda Revista que se ocupase de cosas americanas, le llamaba la atencion, se hacía leer los capítulos cuyos epígrafes le impresionaban y ese era el tema de la conversacion que él iniciaba entre sus contertulios. Criticaba con moderacion, juzgaba con acierto, se complacía en el elogio y le entristecía lo acerbo de los juicios. Tenía calidad de crítico, porque era imparcial y sereno, no conoció la envidia, ni los celos, ni las pasiones menguadas. Se levantaba sobre sus propias imperfecciones, porque tenía un ideal en sus gustos literarios. Amaba lo bello y su amor al arte abrazaba todos los medios de manifestacion: amó la pintura, la escultura y la música. ¡Y qué desgracia! ¡No podía ad-

mirar lo que había amado tanto! Sus cuadros, los buenos cuadros que conservaba su familia, no hacía sinó mostrarlos á sus amigos; y escuchaba con inquieta curiosidad los juicios que se emitían. Amó la poesía, y le deleitaban los grandes poetas; gustaba de oir la lectura de las composiciones, cuando el lector sabía comprenderlas. Le molestaban los malos lectores.

Nunca hablaba de su ceguera. Cuando se trataba del último libro, decía siempre: lo he leido. Quería conservar ante los demás la ilusion de que aquellos ojos muertos le servían para percibir lo que le rodeaba, mientras tanto solo se guiaba por el oido, que había adquirido mayor penetracion. Sus amigos le amaron, y él mereció ese cariño.

Su círculo no fué muy numeroso, pero era selecto.

El doctor don Juan Maria Gutierrez era puede decirse el patriarca de aquella sociedad:

su espíritu cáustico, su mordacidad y sus burlas volterianas, constituían la sal ática de la tertulia, cuando el *spleen* no le hacía demasiado acerbo. Este gustaba de descarnar todo cuanto caía bajo su vista, y buscaba en los libros el punto vulnerable, aunque fuese un defecto ortográfico ó gramatical. Tenía tan alta idea de sí mismo, que todo lo creía secundario, inferior, subalterno: con sus contemporáneos era severísimo: con las generaciones más jóvenes era más benévolo, y solo tenía indulgencia hácia los muy jóvenes ó casi niños, que no podían hacerle sombra.

En los últimos tiempos empezó á hacerse menos exigente, quería ser el apóstol de la nueva generacion de entónces, y le halagaba la idea de ver germinar el ultra-liberalismo incrédulo. Se fué haciendo intolerante en nombre de la tolerancia: rechazaba el principio de autoridad, su norma era el libre exámen, pero cuando en uso de esa misma liber-

tad encontraba creyentes, se irritaba. En ese círculo íntimo y diario se le podía apreciar con todas sus calidades y defectos. Todos le respetaban.

Este hombre erudito, laborioso y meritorio tenía puerilidades y celos singulares. Necesitaba embriagarse con el aplauso, él tan desdeñoso por el éxito y por el lucro de la vida real! No perdonaba una herida literaria, y creía que como hablista era incomparable, empero rechazó con enojo la alta honra de miembro correspondiente de la Real Academia Española. Espíritu lleno de contradicciones, era versátil en sus afectos, y sus amigos tenían que sufrir las irregularidades de su carácter burlesco.

A veces era espansivo, festivo y chispeante en la conversacion: otras era cáustico y cortante, se irritaba y quería irritar. Luz y sombra eran las alternativas cambiantes del crítico, del erudito, y del que en sus buenos

años fué poeta laureado. Honrado y pobre, vivía en una modestísima decencia; su mundo fueron sus libros, sus ambiciones sacar del olvido tanta celebridad desconocida, y sus críticas de los poetas de la época colonial forman un trabajo interesantísimo. Escritor fecundo, laborioso é infatigable, no emprendió empero ninguna de esas grandes obras que viven en la posteridad; pero sus escritos literarios merecen el honor de una edicion. Colaboró con empeño en la *Revista de Buenos Aires,* y á penas cesó esta, fundó con los señores Lopez y Lamas *La Revista del Rio de la Plata.*

Con motivo de sus trabajos críticos á veces tenía interesantísimas conversaciones describiendo el carácter, los méritos y las obras de los poetas de la época colonial. Esos eran sus buenos momentos, porque era espansivo, su conversacion colorida y á veces juguetona y maliciosa. Pero en los dias en que la polí-

tica le agriaba, se irritaba por el olvido en que vejetaba, inmerecido é injusto, pero de cuya modesta oscuridad no quería salir por ningun acto que fuese solicitud de favores ó de gracias. En esos dias, en que reconcentrándose en sí mismo, se veía en la vejez, viviendo apenas con su sueldo de Rector jubilado de la Universidad de Buenos Aires, de cuyo sueldo gozó hasta su muerte; en esos dias, digo, tenía el humor negro.

Quiso ser gefe del Departamento de Escuelas de la Provincia, y cuando el Senado Provincial no le prestó su acuerdo, quedó profundamente herido. No perdonó á ninguno de los senadores que le hubieron negado el acuerdo, y fué acerbo y cruel con algunos.

Era un hombre difícil en su trato familiar. Su muerte fué una verdadera pérdida para las letras argentinas, y es lástima que no se piense en reunir sus escritos y levantarle en una esmerada edicion el más apetecido mo-

numento para un cultor de las bellas letras.

Los que ven su busto, con aquellos lábios gruesos, su sonrisa zafada y burlona, pueden ya formarse idea del razgo más característico de este notabilísimo escritor.

Don Ignacio de las Carreras, si no fué un hombre de letras, era un amigo de los bibliógrafos, y durante muchos años se ocupó de adquirir publicaciones argentinas para completar las colecciones de la *Biblioteca Americana de Beeche*. En ello ponía una actividad, un interés y un desprendimiento de verdadero aficionado á las letras. Anciano ya y achacoso concurría á la tertulia, y su conversacion sencilla y amistosa tenía su gracia en las numerosas anécdotas que sabía sobre los hombres notables del país y de Chile, donde había estado emigrado.

Con motivo de sus compras de libros argentinos se había hecho un aficionado á la bibliografía argentina, pues necesitaba saber

cuándo una coleccion de un periódico estaba ó no completa, cuáles fueron las publicaciones de esta ó aquella fecha. No era un hombre de letras, pero amaba el comercio de los aficionados á su culto.

José Nicolás Jorge, coleccionista infatigable, concurría á veces á la tertulia en la mañana, para hablar de sus colecciones, hacer sus canges y completarse recíprocamente los periódicos. Estaba muy lejos de ser un cultor de las letras, fué sencillamente un guardador de papeles, muy útil para los bibliógrafos, muy servicial: llano, sin pretension, su vida la había consagrado á reunir los impresos argentinos. En su casa, amontonados y en desórden los iba depositando; pero ha contribuido á impedir que muchos diarios fuesen destinados á envolver yerba, azúcar ó arroz. Visitaba á todos los aficionados á libros.

Francisco Basabe tenía la fisonomía abier-

ta, blanca la tez, negros los ojos, de mirada serena, su calvicie le hacía aun más simpático.

Era de elevada estatura, de modales cultos, insinuante en la espresion con ese acento castizo del español bien educado; era un hombre que había leido muchísimo, tenía una memoria muy feliz, y si no fué un hombre de letras, era competente para juzgarlas y estimarlas: se podía escuchar con provecho sus ideas. Poseía una biblioteca selecta, y era franco y simpático.

El doctor don Adolfo Peralta, médico y profesor en la escuela de medicina, concurría con frecuencia: espansivo, amigo de bromas y muy apasionado en política, era difícil que la conversacion no fuese animada cuando él tomaba parte. Tenía pasion por la medicina, pero no era un hombre de letras: gustaba empero del trato de los pocos cultores de las musas, y entre los médicos tenía muchos amigos.

Alto, trigueño, de palabra fácil y de carácter comunicativo, fué muy alegre en el trato familiar. Era asíduo á la tertulia y todos gustaban de su conversacion.

Jaime Arrufó completó sus estudios en Barcelona y se hizo agrimensor. Era una inteligencia ilustrada y un espíritu curioso. Se había hecho fotógrafo para representar en las mensuras las mejores vistas de la estancia, chacra ó tierra que mensuraba. Era un hábil prestidigitador y un conversador incansable. Alto y bien conformado, con la edad se había hecho algo pesado. Tenía el acento español: franco y comunicativo, su trato era agradable. No sé si escribió algo en su carrera laboriosa, pero en los últimos tiempos el mal que lo llevó al sepulcro había enflaquecido sus rostro, y su antigua papada aparecía suelta, caida y marcaba su semblante un sello de tristeza, que causaba pena. Fué benévolo y modesto.

Prilidiano P. Pueyrredon, el retratista renombrado de su época, iba tambien de vez en cuando, y á pesar que empezaba á decaer la chispa de su ingenio, era de una conversacion variada y agradable. Su talla corpulenta le hacía aparecer más pesado: su calvicie daba á su fisonomía simpática más espresion.

Don Miguel J. de Azcuénaga, ya en sus últimos años, concurría á veces á la tertulia de la mañana: era entónces municipal y las cuestiones de la administracion del municipio le preocupaban. Alto, sumamente grueso, tenía en su fisonomía un no sé qué de apoplético por su color sanguíneo. Aún cuando su estatura y su abdómen eran muy desarrollados, empero marchaba con ajilidad, se notaba á veces alguna fatiga cuado hablaba. No tomaba parte en las conversaciones literarias, pero si discutía las cuestiones administrastivas. Había sido gefe de policía,

presidente de la municipalidad, miembro de las cámaras legislativas, de modo que conocía prácticamente el movimiento político y legislativo durante un largo período, despues de la caida de Rosas. Conocía á todos los hombres políticos.

¡He hablado de los muertos! Pero entre ellos debo mencionar á Camilo y Juan Berdier, á Juan Antonio Argerich, á Fermin Rezaval Bustillo, y otros quizá, que no recuerdo ahora.

Pero ¿por qué no hablaré de los vivos?

Miguel Cuyar era tertuliano asíduo. Ha leido mucho, claro ingenio, penetrante en su juicio pero modesto y bueno, juzgaba á todos con bondad. Gustaba de atenuar los defectos y buscaba los méritos, que ponía de relieve. Ha desdeñado las letras, cuando las letras le hubieran quedado gratas si hubiera querido cultivarlas. Amigo de sus amigos, años tras años le han visto inalterable en sus afectos. Antiguo empleado del Banco de la Provincia,

su gerente, hoy jubilado, descansa de sus nobles fatigas en su tranquilo hogar. Rehusó toda posicion política, y se vinculó al Banco en el que ha pasado su vida. Es uno de los amigos más leales en los tiempos en que los intereses y las pasiones alteran los sentimientos: ha amado la tranquiladad, no gusta del ruido, pero los libros fueron y supongo sean, sus constantes amigos. Tiene una memoria feliz, y si quisiera su conversacion sería utilísima para los que le escucharan. ¿Por qué no escribiría las *Memorias de su tiempo?* Ha conocido tantos hombres!

Nunca le oído un juicio que pudiera perjudicar á nadie; ni en aquellas conversacioá veces calorosas, no le escuché una palabra descompuesta. Su diccion es fácil, concibe con celeridad y se espresa con calor.

Alto y delgado, tiene un perfil característico.

Cárlos Guido y Spano era de los ménos así-

duos, pero cuanto se le veía en este círculo se le escuchaba con gusto. Llevaba su largo cabello, entónces negro, sus ojos eran brillantes; su luenga barba daba relieve á su tez sonrosada. En su boca maliciosa se veía á veces una sonrisa amarga y desdeñosa. Pasaba con frecuencia su mano blanca y muy cuidada por su barba, y se distraía en acariciarla. Poeta de formas cultísimas, su decir puro y castizo, sus tendencias clásicas y lo cincelado de sus versos, lo hacen un poeta notable entre los notables. Prefiero sus composiciones sentimentales. *Al Pasar* es una de esas creaciones dulces y tiernas que se leen repetidas veces con placer, como su cancion á la madre.

Es un prosista galano y elegante: como polemista es hábil, fecundo, mordaz; pero su causticidad revela el caballero de la sociedad distinguida. No usa las palabras soeces, ni injuria, su dulce carácter se revela en la dis-

cusion misma. Es sarcástico y acerado. Los dos volúmenes, titulados: *Ráfagas*, en que ha coleccionado sus escritos de la prensa periódica; su libro lírico *Hojas al viento* y la *Vindicacion histórica*, son títulos justísimos para colocarlo entre los literatos y poetas argentinos, en primera línea.

Cuando hablaba se le oía con cariño: su palabra es insinuante, acentúa los vocablos con cuidado y dá á la espresion el sonido peculiar para valorizar más la idea que quiere poner en relieve. Es un *causeur*.

Vestía antes como viste ahora. Su largo y ancho gaban negro, pantalones anchos, sombrero de enormes alas como para dar sombra á su luenga cabellera, hoy completamente blanca como su barba. La singularidad de su trage le dá un tipo especial. Al verle se piensa en el poeta Oscar Wilde, de quien decía hace poco un cultísimo escritor:

«No viste como todos nos vestimos, sinó de

singular manera... El cabello le cuelga cual el de los caballeros de Elisabet de Inglaterra, sobre el cuello y los hombros: el abundoso cabello partido por esmerada raya hácia la mitad de la frente. Lleva frac negro, chaleco de seda blanco, calzon blanco y holgado, medias largas de seda negra, y zapatos de hebilla. El cuello de su camisa es bajo como el de Byron, sugeto por caudalosa corbata de seda blanca, anudada con abandono.»

¿Qué similitud de gustos acercan á estos dos poetas? Ambos visten de singular manera y ambos usan larga y suelta la cabellera. ¿Quieren por ventura revelar en el traje que llevan, que hay en su espíritu un ideal que los aleja del vulgo? El hecho es que la escentricidad del poeta argentino tiene su analogía con la del poeta británico.

«No queremos, decía Oscar Wilde, cortar las alas á los poetas, sinó que nos hemos habituado á contar sus innumerables pulsacio-

nes, á calcular su fuerza ilimitada, á gobernar su libertad ingobernable.»

En una lectura pública que dió en Nueva York, *Chickering Hall*, decía á los norte-americanos estas palabras notables:

«Os falta en vuestras ciudades como en vuestra literatura, esa flexibilidad y gracia que dá la sensibilidad de la belleza. Amad todo lo bello por el placer de amarlo. La devocion á la belleza y á la creacion de cosas bellas, es la mejor de todas las civilizaciones: ella hace de la vida de cada hombre un sacramento, no un número en los libros de comercio. La belleza es la única que el tiempo no acaba. Mueren las filosofías, extínguense los credos religiosos; pero lo que es bello vive siempre...»

Esto mismo podría decir en el seno de la sociedad argentina, mercantilizada, atareada y absorbida exclusivamente por la sed de la acumulacion de la riqueza. De modo que en

esta ciudad donde no hay modelos que levanten la idea de lo bello y enseñen la estética del arte, la prosa avasalladora del dinero lo domina todo, contra lo cual luchan en vano uno que otro poeta, que parecen ser los primeros en caer en la lucha por la vida, como Encina y Andrade.

Guido y Spano está tambien atado al carro de la prosa, es gefe del Archivo de Buenos Aires y miembro del Consejo general de educacion, y estas tareas le hacen olvidar su vocacion de poeta. Su lira está muda.

Gutierrez y Guido y Spano eran los dos poetas de la tertulia de Olaguer Feliú, pero de distinto género.

El doctor don Juan F. Monguillot frecuentaba de vez en cuando el cenáculo, pero no fué de los más asíduos. Periodista lleno de recursos y abogado inteligente, no ha querido tal vez abrirse camino en la política en la lucha por la existencia, y ha sido diarista por

accidente, mostrando mucha fecundidad para la polémica y muchos medios para la prensa diaria. Publicó el diario *La Prensa* en 1857-58.

En posterior época había fundado una *Revista de Legislacion*, y concurría á la tertulia para retemplar su espíritu á veces acobardado por la indiferencia desdeñosa del público que no gusta de las publicaciones sérias. Lástima es que ese esfuerzo no hubiera tenido éxito, porque hoy sería una *Revista* que daría honra al país. Al fin, desencantado, abandonó la empresa.

No debo hablar del doctor don Vicente G. Quesada, asíduo contertulio, porque fué fundador y director de la *Nueva Revista*, y hoy ausente en una importante mision diplomática. Mi juicio pudiera no ser imparcial, puesto que me ligan lazos de afectuosa amistad. Si le elogiase no sería severo, y puesto que por el momento ha abandonado

las tareas periodísticas, que otros le juzguen, ya que por desgracia hay tantos que le han atacado y no pocos intrigado. Seguro que conservará la serenidad de su alto cargo, con razon sonreia ante las acerbas é irritantes acechanzas de sus desafectos. Mis votos son por el éxito de sù mision dificil y al partir le he prometido ser asíduo colaborador de la *Nueva Revista*, dirijida por su hijo.

Don Antonio Zinny hacía de vez en cuando sus apariciones, porque Olaguer Feliú no negaba el estudio de sus papeles y libros, sobre todo cuando allí mismo se tomaban apuntes para lo que ofrecía todas las facilidades. Zinny, infatigable en sus indagaciones bibliográficas, le veia para estos objetos, pues se ocupaba en esa época de los libros que publicó más tarde y le han dado notoriedad. Ya entónces estaba cano, pero hoy tiene el bigote blanco y empieza á mostrar que la vejez se acerca. Lo encuentra en

su labor incansable, y los años no han quitado vigor á su espíritu, ni disminuido su amor á las indagaciones pacientes. Sus obras son numerosas, conocidas y estimadas.

El doctor don Angel J. Carranza fué tambien algunas veces, pero no era tertuliano constante. El amor á las letras era un vínculo que atraía en torno del doctor Olaguer Feliú á todos los que las cultivaron, y el doctor Carranza, tan meritorio y notable en sus estudios sobre las guerras marítimas argentinas, no podía dejar de tener abiertas las puertas de aquella sala donde tantos compañeros en gustos análogos se encontraban.

De constitucion atlética, su calvicie pronunciada dá á su cara abierta y escasa de barba, un aspecto benévolo. Los estudios históricos y sus colecciones, especialmente de curiosidades, su biblioteca americana y su insaciable curiosidad de bibliógrafo, lo llevaban á la agradable sociedad y al co-

mercio social con el doctor Olaguer Feliú.

No recuerdo que fuese de los tertulianos nocturnos, porque entónces era relator de la Cámara de Justicia, y sus noches se hallaban absorbidas por sus tareas oficiales.

Los estudios históricos del doctor Carranza le han conquistado merecida reputacion; pero aún no ha publicado todo lo que tiene preparado, porque es laboriosísimo.

Tratándose de un círculo social íntimo, he agrupado los nombres conforme han venido á mi recuerdo, y si coloco los últimos á estos dos escritores, es porque no formaron parte de la tertulia diaria y nocturna del doctor Olaguer Feliú. Pero ellos estaban unidos á ese pequeño centro por el cultivo de las letras, que han sido enriquecidas por sus numerosos estudios. ¿Esta tertulia literaria ha ejercido alguna influencia indirecta en el culto de las bellas letras? No me atrevería á afirmarlo; pero lo cierto es que servía tal vez

de tíbio aliento para sus raros cultores.

El doctor Olaguer Feliú tenía interés en que se radicaran las *Revistas* como la forma más adecuada para trabajos reposados, y suponía que ya era tiempo que el país las sostuviera por suscricion. Causábale pena lo escaso de esta, y no comprendía el egoismo anti-literario de los ricos, que lo menos que deben hacer es suscribirse para radicar ese medio de manifestacion del pensamiento.

Ese centro pudo quizá ser el éco de la *Revista de Buenos Aires* y de la *Revista del Rio de la Plata*, pero ni lo pretendió, ni tal vez hubiera sido posible conseguirlo.

Pero Gutierrez, Guido y Spano, Quesada, Carranza y Zinny, colaboraron en la primera, y basta recorrer los índices de sus 24 volúmenes para apreciar la labor con que cada cual contribuyó á mantenerla. Sus dos fundadores eran amigos del doctor Olaguer Feliú.

En cuanto á la última, servía casi exclusi-

vamente para imprimir los trabajos de sus tres redactores; sin embargo en ella figuran los nombres de algunos de los tertulianos del doctor Olaguer.

Ahora no existe ningun centro ó tertulia íntima entre los contemporáneos de esa época, y las nuevas generaciones tienen en la *Sociedad Científica* y en el *Instituto Geográfico*, centros más importantes para el culto de las ciencias y el progreso literario.

Pero en ese comercio diario y amistoso se alentaban recíprocamente los aficionados á las letras, y muchos trabajos quizá se continuaron por la aprobacion é instancia de ese cenáculo amistoso. Ahora, los que aún sobreviven y continúan en la labor, sin estímulos y sin proteccion, tal vez buscarán en el recuerdo de ese pasado y en las honestas tradiciones de ese íntimo trato, aliento para no decaer, como puede juzgarse por la importancia de la *Nueva Revista*, que ha querido

honrarme franqueándome sus columnas. Verdad sea dicha que solo para ella escribo, y es legítimo que ella reclame el derecho de propiedad literaria, si así le ocurre.

Los tertulianos que sobreviven ya no me recordarán quizá al ver mi firma; porque, introducido en ese centro por la presentacion del doctor don Adolfo Peralta, dejé de frecuentarlo despues de su muerte. Tal vez el doctor Grimau recuerde al que alguna vez ayudaba al doctor Olaguer Feliú en el arreglo de sus manuscritos. De todas maneras, he querido reconstruir por el recuerdo aquella tertulia tan séria, tan íntima, tan honesta! Allí se conversaba de literatura, de política y de administracion; pero no fué un círculo político, porque todos vivían entónces retirados de las agitaciones de los partidos.

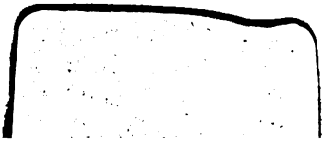
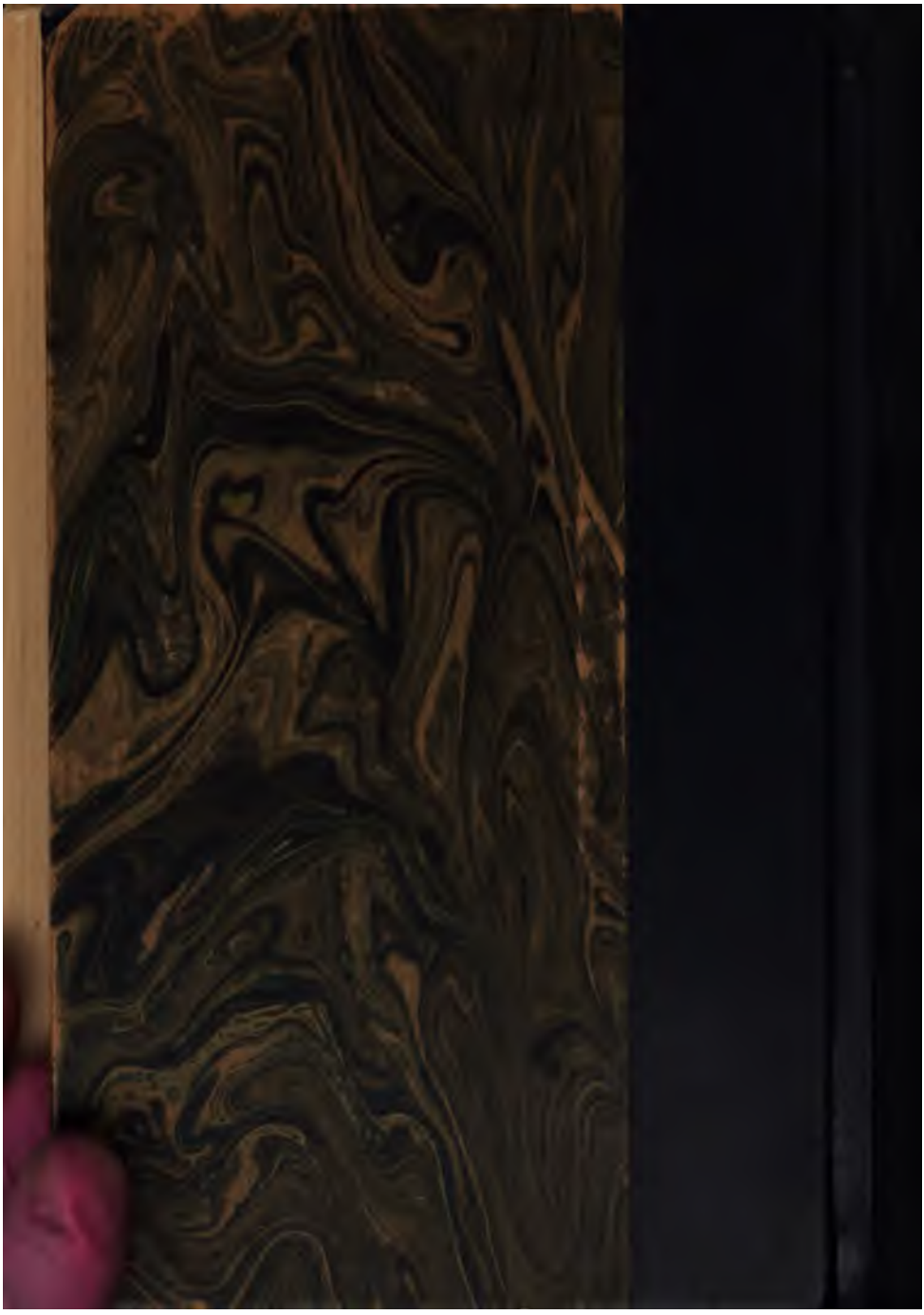
Marzo, 1883.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

	Páginas
ADVERTENCIA	5
INTRODUCCION	9
Los ancianos	53
Mi retrato	89
El teatro de Colon	123
La ciudad de Buenos Aires	151
Escenas de los tiempos pasados	195
¿Quién soy yo?	215
La tertulia de Don Canuto	237
Mi tio Blas	281
La juventud en la época de Rosas, 1847–1852	319
La tertulia literaria del Doctor Olaguer Feliú	393

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD AUXILIARY LIBRARY
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004
(650) 723-9201
salcirc@sulmail.stanford.edu
All books are subject to recall.
DATE DUE

NOV 19 2002

JAN 0 1 2003